

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA
8 REALES TOMO.

FERNANDEZ Y GONZALEZ

HISTORIA DE UNA VENGANZA



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29
1863

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

HISTORIA DE UNA VENGANZA.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD 29.

HISTORIA

DE

UNA VENGANZA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



MADRID

FORTANET Y MARZO, EDITORES
calle de Jardines, 22, principal
1863

HISTORIA DE UNA VENGANZA.

I.

Amigo lector: la que te voy á referir, es una historia inverosímil: tan inverosímil, que yo mismo, á quien esa historia coge de medio á medio, creeria que esa historia habia sido un sueño, si no tuviese pruebas tangibles, al alcance de mi mano, de que no he soñado.

II.

Yo era el hombre más feliz de la tierra: tenia y tengo veinticinco mil duros de renta, ciento veinticinco mil libras que diria un francés; una casa que habia sido construida allá por los tiempos de Mari-castaña, cuando reinaban los señores Reyes Católicos, de feliz

HISTORIA DE UNA VENGANZA.

I.

Amigo lector: la que te voy á referir, es una historia inverosímil: tan inverosímil, que yo mismo, á quien esa historia coge de medio á medio, creeria que esa historia habia sido un sueño, si no tuviese pruebas tangibles, al alcance de mi mano, de que no he soñado.

II.

Yo era el hombre más feliz de la tierra: tenia y tengo veinticinco mil duros de renta, ciento veinticinco mil libras que diria un francés; una casa que habia sido construida allá por los tiempos de Mari-castaña, cuando reinaban los señores Reyes Católicos, de feliz

Berruguete y de Borgoña; allí, sobre aquellos muros rojos, están los retratos de los abuelos y de las abuelas, los unos en tabla, los otros en lienzo, pintados en la época de la juventud de cada uno de los personajes, formando una especie de panteon, una cronología, una escala colorida de nuestra raza, una transicion sucesiva de trajes y de costumbres, desde el sayo de terciopelo carmesí de descote cuadrado de la Edad media, hasta la casaca y la chupa bordadas del siglo pasado, y la levita negra del segundo tercio de nuestro siglo: allí los mantos capitulares, las cruces, los uniformes, las condecoraciones de cuatrocientos años: allá en el testero el gran árbol genealógico, y acá y allá entre estos retratos, algun cuadro místico, alguna obra maestra de nuestros grandes artistas: todo esto alumbrado de una manera opaca por la luz casi siempre gris que á través de una estrecha calle, de los altos claros de unos balcones, abiertos en muros de un espesor monstruoso, penetra en el salon cansada y fria.

Y allí los antiguos y ricos muebles; las colgaduras de damasco amarillo, y como haciendo simetría con la gran puerta de la antesala, la puerta del dormitorio con sus dos grandes hojas vidrieras con pequeños vidrios verdes emplomados, que yo habia pensado sustituir con cristales de Venecia, y no los sustituí, que los sustituyó otro, porque amaba yo hasta el polvo de mi vieja casa.

VI.

En cuanto al dormitorio de mis abuelos, en cuanto á aquella venerable alcoba donde han sido esposas tantas doncellas, y tantas esposas madres, y tantos vivos difuntos, yo hice una piadosa modificacion: frente al lecho histórico, cuyas ropas estaban revueltas como quedaron cuando fué sacado de entre ellas el cadáver de mi padre, levanté un altar sencillo, con un gran Cristo crucificado: una lámpara ardia constantemente allí: el dormitorio, bendecido á instancias mias, se habia convertido en capilla: allí se celebraba un oficio de difuntos el dia de los finados, y el dia del aniversario de la muerte de mi padre y de mi madre.

Despues, la puerta vidriera se cerraba, y sólo se abria la puerta de escape para que mi mayordomo cuidase de la lámpara.

VII.

Yo no habia dormido nunca en aquel lecho, donde todos mis abuelos han dormido, porque, segun costumbre inmemorial de la familia, ninguno de mis ascendientes habia ocupado aquel dormitorio hasta la noche de sus bodas.

Yo no pensaba casarme nunca, y convertí en capilla el dormitorio.

—Cuando llegue mi última hora, decia yo, me haré trasladar á ese lecho, y moriré en las mismas ropas en que murió mi padre, con los ojos vueltos á ese Santo-Cristo crucificado; y como yo no tengo parientes que me hereden, dejaré mis bienes á los hospitales, y será de esta casa lo que Dios quiera.

VIII.

Yo pensaba sin duda temerariamente, cuando pensaba que no me casaria jamás.

El hombre proviene de la familia y propende á la familia.

Llega un dia en que veis que el amor de los criados es un sueño; que el amor no se compra ni se vende ni se asalaria: han pasado ya aquellos buenos tiempos en que los criados formaban parte de la familia; en que entraban jóvenes en la casa y se casaban ó morian en ella partiendo la alegría ó el pesar de sus amos.

Es verdad, tambien, que los buenos amos han pasado; que hoy se exige más de lo que humanamente pueden los criados dar de sí; se les trata con dureza, se les despide por cualquier cosa, ó cuando enferman se les manda al hospital.

El criado no encuentra amor en el amo ni porvenir

bajo su servicio, y por consecuencia, ni puede amar al amo, ni sufrirle con paciencia, ni servirle bien.

IX.

Yo, por mi parte, habia descubierto que don Anselmo, mi mayordomo, que tenia todas las apariencias del mejor criado del mundo, me robaba, á pesar de que le pagaba bien y de que le trataba mejor: que mi cocinera, de acuerdo con mi mayordomo, me servia en la mesa géneros que habia comprado baratos y que me ponia en la cuenta caros: que mi mozo de cuadra sisaba á los caballos, no el quinto, sino el tercio de su pienso, y me tenia muertos de hambre los perros, y que Pedro, el mozo de limpieza, ya que no podia quitarme otra cosa, me quitaba los cigarros y las pastillas de jabon, y alguno que otro pañuelo, cuando limpiaba mi cuarto.

De mi ayuda de cámara Sebastian nada habia que decir, porque éste abusaba de mí de una manera verdaderamente escandalosa.

Pues bien; á pesar de que conocia todo esto, yo no despedí mientras estuve soltero á ninguno de ellos, porque estaba seguro de que tomando otros, no habia de estar mejor servido, ni menos sisado, y á lo ménos ya estaba acostumbrado á ellos.

HISTORIA DE UNA VENGANZA.

I.

Amigo lector: la que te voy á referir, es una historia inverosímil: tan inverosímil, que yo mismo, á quien esa historia coge de medio á medio, creeria que esa historia habia sido un sueño, si no tuviese pruebas tangibles, al alcance de mi mano, de que no he soñado.

II.

Yo era el hombre más feliz de la tierra: tenia y tengo veinticinco mil duros de renta, ciento veinticinco mil libras que diria un francés; una casa que habia sido construida allá por los tiempos de Mari-castaña, cuando reinaban los señores Reyes Católicos, de feliz

XII.

Yo, pues, no me habia propuesto morir soltero, ni por conservar mi libertad, ni porque creyese que no podria encontrarse la felicidad en el matrimonio.

Por el contrario: hacia un sacrificio en vivir soltero.

En no abrir mi corazon seco como una esponja al rocío del amor.

Yo procuraba no ver dos veces á una jóven que me habia enamorado á primera vista, porque por fuerte que fuese la impresion que en mí causase la belleza moral ó física de una jóven, no volviendo á repetirse aquella impresion, el tiempo con menor ó mayor rapidez debia borrarlo.

Yo lo creia así.

Yo no sabia que á los séres que han nacido para unirse, les basta conocerse, mejor dicho, verse, para que se apodere de ellos ese amor de raza pura, incontrastable, poderoso, que crece con la lucha, contra el cual la razon es impotente; que una vez apoderado de nuestra alma, no la abandona jamás, que le da una nueva y eterna vida, y que, hijo de Dios, debe vivir con nuestra alma en la eternidad.

XIII.

¡Ah! ¡yo no lo sabia!

Y como creia que el hombre podia amar ó no amar á su albedrío, yo huia de la mujer que me enamoraba, porque yo creia que no podria hacer feliz á la mujer que uniese conmigo su existencia, su destino.

XIV.

Porque yo, bueno es decirlo; estaba acostumbrado á hacer mi voluntad, y mis costumbres no eran lo más á propósito para la vida del matrimonio.

Pedirme á mí regularidad, era pedir lo imposible.

Yo no he tenido, como suele decirse, nunca horas: yo jamás he dividido mi tiempo asignando una hora dada á mis necesidades ó á mis quehaceres.

Es verdad, que yo no tenia nada que hacer más que vivir.

Mis padres me dejaron hecha la vida, es decir, rentas para vivir sin fatiga y sin trabajo.

Yo era ocioso de nacimiento, de estos á quienes no se puede llamar vagos, y que son en realidad los vagos más perjudiciales del mundo, porque el ocio, generalmente no aconseja nada bueno.

Si yo no hubiera sido tan sencillo, hubiera estu-

diado mucho, para halagar mi vanidad llegando á sabio y formando parte de un cuerpo científico, ó por lo ménos de una academia: me hubiera quemado las cejas emborronando papel en las altas horas de la noche para adquirir nombre de autor, apropiándome pensamientos de otros, que esto sabe hacerlo todo el mundo, de lo que proviene el enjambre de escritores que zumban por todas partes: hubiera gastado mucho lápiz, mucho lienzo y mucho color para llegar á ser un dia pintor primoroso, ó como si dijéramos, artista al uso.

Pero en nada de esto pensé, porque modesto por temperamento, para nada me hacia falta la celebridad: ni áun siquiera pensé en ser artista fotógrafo.

XV.

No es esto decir que yo no haya estudiado algo; estudié latin, filosofía y derecho; pero no me pongais en las manos á Virgilio, porque seria inútil; no me pregunteis qué escuela filosófica sigo, porque yo tengo un horror decidido á los filósofos, desde los antiguos griegos á los modernos alemanes, porque no quiero volverme loco ni perder mi autonomía intelectual pensando por un libro que otro pensó; no me hableis ni una palabra de física, porque á mí me basta con ver los fenómenos, y no pretendo entrar en su análisis.

Yo no conozco, en fin, otra ciencia que el trato de gentes.

Yo, no me avergüenzo de decirlo, no paso de ser un honorable individuo del vulgo ilustrado, una persona decente, pero lega, que puede tratar sin ponerse en ridículo con las personas de mejor tono.

XVI.

Soltero, medianamente rico, y completamente solo en el mundo, es decir, completamente sin familia, mi vida era un desarreglo contínuo: irregularidad en las horas de dormir, irregularidad en las horas de comer, movilidad continua, porque me fastidiaba de una manera imponderable, y para aliviar mi fastidio apelaba al movimiento contínuo.

Cuando ménos lo esperaban mis criados, les mandaba hacer mi maleta, me marchaba á Madrid, á los ocho dias me iba á Paris, daba un salto á Lóndres, me paseaba un mes por Italia, atravesaba la Alemania, me iba á soplarme los dedos á Rusia, y si nunca fui á América, fué por miedo á la fiebre amarilla y al vómito negro.

A los seis meses cuando más, volvia á encontrarme en Toledo, cansado sí, pero sin acordarme de haber pasado un solo dia en que durante la mayor parte de sus horas no hubiese estado aburrido: la vista de un bello paisaje, de un buen monumento, de un gran

cuadro, me galvanizaban por un instante, pasado el cual, recaia en mi insoportable fastidio.

Y luego, por todas partes hay ferro-carriles, y á mí un viaje largo en ferro-carril, me amodorra, me hace sentir todo lo pesado de la monotonia.

XVII.

Era sin duda que estaba encarnado en mí el espíritu del fastidio.

XVIII.

El hastío de la vida es una enfermedad terrible que hace caer al que la padece en la desesperacion, en la locura, en el absurdo de los absurdos, en el deseo de la muerte.

Yo pensé en el suicidio.

Pero afortunadamente, ó yo soy un hombre muy honrado, ó no acabé de volverme loco por completo.

El suicidio no se comprende, no se encuentra su razon de ser, sino en la perversion del juicio y del sentimiento.

Si no se creyese en la locura de los suicidas, seria necesario considerar el suicidio como el más cobarde de los crímenes.

Para ser suicida, es necesario no creer en Dios, y para no creer en Dios, es necesario estar loco.

XIX.

Sólo una vez pasó por mi pensamiento como un relámpago la idea del suicidio, y de tal modo me espanté de mi cobardía, de tal modo me avergoncé de mí mismo, que no he vuelto á pensar en destruirme para dejar de ser desgraciado, ni creo posible que vuelva á pensar en ello.

XX.

Llegué, pues, á mis treinta años, aburriéndome y resignándome á aquella enfermedad de mi espíritu.

De repente, cesé un dia de aburrirme.

Mi sér se llenó de una vida nueva, de una vida que yo no conocia, que habia procurado no conocer.

Amaba, ó más bien, creia amar.

Habia visto una mujer de la cual hubiera pretendido huir como de tantas otras, pero de la que no habia podido huir, porque para huir de élla me hubiera sido necesario renegar de mí mismo, de mi corazon, de mi conciencia.

Aquella mujer, más bien, aquella niña, me la habia presentado asida de la mano la desgracia.

XXI.

Era rubia, blanca, pálida.

Tenia los ojos azules, del color del cielo en una noche sin luna, era alta y delgada, y tenia diez y siete años.

Una chica de diez y siete años, alta, delgada, blanca con los ojos azules y los cabellos rubios, puede muy bien ser fea.

Puede pertenecer á una clase degradada.

Vestir sucia y miserablemente.

Conocer á pesar de sus diez y siete años lo impuro y lo miserable.

Ser en fin, un arbusto seco con las raíces podridas, ántes de haber llegado á ser árbol.

No era esto, nada de esto la mujer á quien yo amaba, y sin embargo, se encontraba en la situacion más miserable del mundo.

XXII.

Una rubia puede tener los cabellos del color del oro vírgen, sedosos, ricos por su abundancia y por su longitud.

Estos cabellos pueden estar agrupados en gruesas

trenzas de una manera bellísima sobre una cabeza de suave y gracioso contorno, colocada sobre un cuello esbelto que naçe sobre unos hombros y sobre un seno delicados, pero mórvidos.

Estos cabellos pueden coronar un semblante de frente nacarada y pura, de mejillas pálidas, en las cuales se percibe como una leve indicacion, un suave matiz rosado.

Los ojos azules oscuros pueden ser grandes y hermosos, sombreados por largas, y espesas, y curvas pestañas.

Puede trasparentarse en ellos un alma de ángel.

Puede brillar en su fondo una chispa luminosa del fuego sacro de la vida; pueden inspirar la idea soñada de un ser ideal.

Pueden enloquecer al que los mira: el semblante en que brillan estos ojos, puede ser dulcemente oval, de nariz correcta y fina, de boca pequeña y suspirante, de labios mórvidos y purpúreos.

Una chica delgada, de diez y siete años, puede ser admirablemente esbelta, y una chica así, es admirablemente hermosa.

Si á esto se añade elegancia y sencillez en el traje, una capotita de paja de Italia sobre los cabellos, una manteleta negra, y un traje ancho y espléndido en la forma, de seda á estrechas líneas blancas y azules, llevado con una gracia infinita, y una gran finura, y una gran distincion en las maneras, tendremos una tentacion irresistible para todos

los que tengan ojos que sepan ver, y corazon que sepa sentir.

Esto era Enriqueta.

XXIII.

Si cuando yo la ví no hubiera visto á su lado la desgracia bajo su aspecto más horrible, hubiera procurado en vez de seguirla, perderla de vista cuanto ántes.

Me hubiera dado miedo, hubiera temido enamorarme de ella.

A suceder esto, es decir, si yo me hubiera enamorado, hubiera pretendido saber si ella aceptaba mi amor, y una de dos, ó hubiera sufrido horriblemente y de una manera incurable por su negativa, ó al ser feliz obteniendo su amor, la hubiera hecho desgraciada casándome con ella.

Porque yo me creia entónces, lo repito, el ménos á propósito para hacer dichosa por su union conmigo á una mujer.

XXIV.

No he podido olvidar la fecha del dia en que la ví. Eran las seis de la mañana del 15 de Julio de 185... Salia yo de la catedral por la puerta del claustro,

que tiene el originalísimo nombre de Puerta del Mollete, habia recorrido la calle del Palacio arzobispal, y entraba en la del Nuncio Viejo.

Marchaba como de costumbre profundamente distraido, cuando reparé que iba á tropezar con uno de los dos mozos que conducian una camilla del hospital del Nuncio.

Es decir, del hospital de locos.

Al apartarme, fué cuando vi á Enriqueta.

Iba al lado de la camilla con su capotita de paja de Italia, su manteleta negra, su ancho y elegante traje de seda á estrechas rayas blancas y azules.

Pero no llevaba guantes.

Esto lo reparé despues, porque en el momento en que la vi, solo reparé en sus ojos.

Yo no veia en ella más que sus hermosos ojos azules oscuros, en que se notaba esa terrible expresion que da la pérdida de toda esperanza, la aceptacion de todo lo horrible, exceptuando todo lo miserable.

Enriqueta no lloraba, y sin embargo, la enferma que iba en la camilla, era su madre loca.

Esto lo supe despues.

XXV.

Nadie acompañaba á Enriqueta.

Ella iba sola acompañando á su madre loca.

Porque los mozos del hospital llevan, pero no acompañan.

XXVI.

No sé qué de horrible, no sé qué de espantoso se revolvió como un monstruo informe en mi imaginacion al ver aquella niña tan pura, al parecer, tan visiblemente desesperada y tan hermosa, marchando lenta y rígida, sin que nadie la acompañase, al lado de la camilla del hospital de locos.

Yo permanecí inmóvil durante algunos instantes, en el lugar en que me encontraba en el momento en que la ví.

La camilla y Enriqueta pasaron á mi lado rozándome el traje de la jóven.

Cuando me volví, ya estaban á alguna distancia.

XXVII.

Instintivamente sin poder contenerme, seguí tras ella.

Yo me decia: — Cuando va sola acompañando esa camilla, debe estar sola en el mundo; el mundo es egoista, y la proteccion que puede esperar una jóven tan hermosa, es la proteccion humillante de esas gentes que abundan por todas partes, y que explotan

la desesperácion y la agonía del débil: pues bien, si esa jóven está sola, si necesita proteccion, yo seré para ella un hermano.

Este pensamiento era la traduccion genuina de lo que mi alma habia sentido al adivinar de una manera vaga, y por lo mismo más terrible, la situacion de la jóven.

XXVIII.

La camilla y Enriqueta entraron en el hospital del Nuncio Nuevo.

Su puerta, aquella terrible puerta, tras la cual sólo se encuentran séres sin conciencia de sí mismos, porque donde no hay razon, no puede haber conciencia, se cerró tras ellos.

Yo no quise llamar á aquella puerta, porque no quise seguir de cerca á Enriqueta.

Esperé en el portal.

Enriqueta debia salir por allí.

El hospital de locos no tenia otra puerta.

XXIX.

Me senté en uno de esos poyos de ladrillo que hay en los anchos portales de las casas antiguas.

Me resigné á esperar el largo espacio que debia

necesariamente tardar Enriqueta ántes de dejar instalada en la casa de locos á la persona á quien acompañaba.

Y digo, que me resigné á esperar, porque sentia una viva ansiedad por volver á ver á Enriqueta, por hablarla, por ofrecerme á ella.

Yo estaba decidido á hacer por ella y de la manera más desinteresada del mundo todo aquello que estuviese en mi mano por costoso que me fuese.

Yo la amaba ya, ó creia amarla.

XXX.

Dieron las siete, las ocho, las nueve, en el reló de la catedral.

Durante estas tres horas, la puerta del hospital se habia abierto varias veces, y á cada una de ellas ántes de ver á la persona para quien se abria, mi sangre se habia dilatado, causándome un vértigo pasajero.

Ninguna de las personas que habian salido era Enriqueta.

Mi ansiedad se habia convertido en un tormento inexplicable.

¿Se habria quedado Enriqueta en la casa de locos?

¿Deberia permanecer en ella?

Pero esto no era posible.

Y si por acaso se la habia concedido permanecer

allí, era necesario estremecerse por lo horrible de la situacion de una jóven como Enriqueta, sentenciada por la desgracia á vivir entre locos!

XXXI.

Pero áun duraba la vibracion del reloj de la catedral al dar las nueve de la mañana, cuando se abrió de nuevo la puerta, y apareció en ella Enriqueta acompañada de un hombre que al parecer era el director del establecimiento.

Enriqueta lloraba y hablaba en voz baja con el que yo suponia el director.

Este parecia preocupado y como ansioso de quitarse cuanto ántes de encima á la jóven.

—Indudablemente esta es una gran desgracia, dijo; pero lo que usted pretende es imposible: el reglamento se opône: ¿bajo qué concepto podriamos tener á usted aquí? lo siento, lo deploro, pero no puedo autorizar por más tiempo su permanencia de usted en el hospital.

Enriqueta contestó algunas palabras en voz tan baja, que yo no pude oirlas.

—El gobernador, señorita, no puede hacer nada en esto: lo único que puede hacer es permitir que usted vea á su madre todos los dias á una hora dada, cuando no se opongan á ello las prescripciones del médico del establecimiento.

Enriqueta respondió con un tanto de impaciencia, con un tanto de irritacion, pero tampoco pude oir las palabras que dijo.

—No, no, señorita; dijo ya con acento descortés aquel hombre, el cumplir con el reglamento no es ejercer un acto de crueldad, ¿á dónde iriamos á parar si se permitiese todo lo que piden los parientes de los locos?

—Adios, caballero, dijo Enriqueta volviéndose y dejándome oir al volverse estas palabras.

—Adios, señorita, dijo el hombre, y cerró de un golpe groseramente la puerta.

Enriqueta se lanzó fuera, pasó junto á mi sin verme, y yo me lancé tras ella.

XXXII.

Iba tan deprisa, que me vi obligado á correr para no perderla de vista.

Enriqueta torció á la izquierda, se deslizó á lo largo de la calle del Palacio arzobispal, entró en el claustro de la catedral por la puerta del Mollete, luego en la catedral por la puerta del Perdon, se entró en la ante-capilla de la Vírgen del Sagrario, y se arrodilló delante de la verja mirando al altar de la Vírgen.

Yo no me atreví á entrar tambien en la ante-capilla.

Hubiera sido una indiscrecion.

Además, mientras estuviese en la catedral, no podia hablar á Enriqueta.

Esperé, pues, vagando cerca de la capilla de la Vírgen del Sagrario, afectando ocuparme en examinar las bellezas góticas de aquella magnífica basílica, pero sin perder de vista la capilla.

XXXIII.

Enriqueta permaneció allí de rodillas, agoviada ante el altar de la Vírgen, durante una hora.

Yo sufria horriblemente.

Aspiraba, sentia, apuraba todo el dolor de la jóven.

Oraba con ella, y á cada momento me sentia más interesado por ella, más impaciente por hablarla, por ofrecerme á ella, por hacerla comprender la lealtad de mi ofrecimiento.

XXXIV.

Entró en la capilla un eclesiástico viejo y al parecer pobre.

Uno de esos clérigos que á primera vista se comprende no tienen beneficio alguno, y viven de la misa, del entierro y de la funcion de iglesia.

Uno de estos pobres indivíduos desheredados del clero.

Se arrodilló tambien delante de la verja á alguna distancia de Enriqueta, y al poco tiempo ví que volvia la cabeza hácia la jóven y la miraba fijamente.

Poco despues se levantó, se acercó á Enriqueta y la habló.

La jóven levantó la cabeza, miró al eclesiástico, se puso de pié, y luego siguió al eclesiástico, que entró en el confesonario de la capilla, junto al cual se arrodilló Enriqueta.

La confesion duró media hora.

Enriqueta se levantó al fin, salió del confesonario el eclesiástico, y luego ella y él se pusieron en marcha, saliendo de la catedral por la puerta de los Leones.

Yo los seguí á la larga para no ser notado.

XXXV.

Recorrieron algunas calles, y al fin entraron en una gran casa.

Yo esperé de nuevo, y esperé anhelante una hora que tardaron en salir Enriqueta y el eclesiástico.

Tampoco esta vez reparó la jóven en mí.

Salieron del portal el clérigo y Enriqueta, y un poco más allá se despidieron, y se separaron tomando distintas direcciones.

XXXVI.

Durante un momento, yo vacilé entre ir detrás del eclesiástico y hablarle, ó seguir á Enriqueta: al fin mi corazon me arrastró hácia ella.

Enriqueta no andaba ya deprisa.

Comprendí que no tenia á donde ir: su paso era lento y vago.

La situacion para mí era difícil.

No sabia qué pretexto adoptar para hablarla, para hacerme oir de ella.

Mi irresolucion crecia de momento en momento, y Enriqueta seguia marchando lentamente, tomando por las calles que conducian hácia la salida de la ciudad.

XXXVII.

De repente, Enriqueta se irguió como aquel que abatido, desesperado, toma una resolucion decisiva.

Su paso se hizo rápido y firme, hasta el punto de serme difícil seguirla.

Un cuarto de hora despues, llegaba al extremo del arrabal donde en lo alto de un derrumbadero sobre el Tajo, está situada la que se llama en Toledo, no sé con cuanta razon, *Roca Tarpeya*.

XXXVIII.

Se me heló la sangre.

Enriqueta avanzaba con rapidez hácia la roca.

—¡Señorita! grité.

Pero no me oyó Enriqueta dominada por su situacion, ó no atendió á mi voz.

Yo me lancé rápidamente sobre ella, y la alcancé y la así por las ropas, cuando la faltaban pocos pasos para llegar al borde del derrumbadero.

Un momento más, y Enriqueta se hubiera despeñado.

Yo la hubiera visto caer rebotando por el violento declive al Tajo.

Si esto hubiera sucedido, yo no sé lo que habria sido de mí.

XXXIX.

Enriqueta llevaba tal impulso cuando yo la así, que á pesar de que no soy débil, me arrastró consigo, y llegó al borde de la roca.

La jóven lanzó un grito horrible, y al tirar yo violentamente de ella, vaciló, y cayó desmayada en mis brazos.

Yo la aparté de allí y la puse sobre el suelo á la

sombra de una tapia, porque hacia un calor sofocante.

XL.

No pasaba un alma viviente por aquel apartado andurrial, compuesto de solares de casas arrasadas.

Aunque hubiese pasado alguien, yo no le hubiera llamado para que me auxiliase, para que fuese á buscar socorro.

La situacion de Enriqueta desmayada, á algunos pasos de la Roca Tarpeya, hubiera podido inspirar sospechas.

Aquellas sospechas pudieran haber llamado la atencion de los encargados del cumplimiento de las leyes, sobre Enriqueta, y con harta razon, porque el suicidio es un crímen.

Esperé, pues, muriendo de ansiedad á que Enriqueta volviese en sí por sí misma.

XLI.

Enriqueta estaba pálida como una difunta: inmóvil.

Sólo se comprendia que vivia, por su violenta y difícil respiracion.

Todo el horror de la situacion en que se encontraba estaba pintado de una manera enérgica en su semblante.





De sus ojos no se desprendia ni una sola lágrima; pero á través de su gemido, ronco y contínuo, creia yo escuchar una corriente de lágrimas dentro de su alma.

Yo, en cambio, estaba tan conmovido, que de tiempo en tiempo brotaba de mis ojos una ardiente lágrima que iba á caer sobre el semblante de Enriqueta.

XLII.

El desmayo de la jóven, esto es, su inmovilidad, su insensibilidad, duró algunos minutos.

Lanzó al fin un gemido más fuerte y más fácil, y abrió los ojos.

Al verme, se incorporó rápidamente, y me miró de hito en hito, con sus bellos ojos azules oscuros.

—¡Ah! ¿dónde estoy? ¿qué es esto? exclamó.

Y se pasó las manos por la frente.

Fué á levantarse, y no pudiendo, se vió obligada á aceptar mis manos.

Se alzó, y hube de retenerla para que no cayese.

—Acepte usted mi brazo, la dije; es necesario que nos apartemos de aquí; hace un calor insoportable.

Enriqueta no contestó.

Me miraba de una manera profunda, como pretendiendo adivinar por mi semblante hasta qué punto podia confiar en mí.

—Está usted muy conmovido, me dijo; usted sabe...

—Nada sé, la respondí; la he encontrado á usted desmayada, y me he detenido para auxiliarla.

Enriqueta se asió á mi brazo, porque tenia una absoluta necesidad de apoyo, y me dijo:

—Apartémonos, apartémonos cuanto ántes de este horrible lugar.

Y nos pusimos en marcha en direccion á la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito, junto á la cual habia pasado poco ántes Enriqueta para dirigirse á la Roca Tarpeya.

XLIII.

Enriqueta callaba, y yo callaba tambien por respeto á su silencio.

Al fin Enriqueta le rompió.

—La situacion en que me encuentro, dijo, debe ser muy extraña para usted: temo lo que usted pueda pensar de mí: recuerdo, como se recuerda un sueño, que al llegar al borde de ese precipicio, me sentí asida: despues hasta que he vuelto en mí, nada recuerdo. Usted ha debido ser mi salvador, y le estoy á usted vivamente agradecida, porque no es la existencia sola la que usted me ha salvado: me ha salvado usted el alma. ¡Oh! ¡qué horror! ¡si usted no hubiera llegado tan á tiempo!...

—Es necesario que se olvide usted de eso, la dije; la Providencia me ha permitido llegar á tiempo de impedir que sea usted víctima de un momento de desesperacion.

—Me ha encontrado usted sola, á punto de cometer un crímen espantoso; usted no me conoce, usted puede atribuir mi tentativa de suicidio á una causa vergonzosa.

—¡Ah! ¡no, no! lo sé todo.

—¡Todo!

—¡Sí!... pero estamos ya cerca de Nuestra Señora del Tránsito; es necesario que usted descanse, que se recobre, que tome algo; está usted muy afectada, muy impresionada.

—No, yo no entraré en ninguna parte con usted: no hay nada que autorice el que usted me acompañe.

—¿Qué sabe nadie si usted es mi hermana?

—¡Hermana! murmuró Enriqueta con voz apagada y casi ininteligible; pero esto no es verdad, yo no tengo hermanos.

Y calló.

—Es necesario, de todo punto necesario, que entremos.

—No, de ningun modo, vagaremos algun tiempo por estos andurriales, mientras yo digo á usted cuál ha sido la causa que me ha llevado á tal punto de desesperacion, y despues nos separaremos.

—¿Para no volvernos á ver más? dije con ansiedad.

—No lo sé; me contestó: é inclinando la cabeza sobre el pecho, guardó de nuevo silencio.

XLIV.

Habiamos pasado de Nuestra Señora del Tránsito, y nos acercábamos á las ruinas del palacio del marqués de Villena.

Enriqueta reparó en ellas.

—En esas bóvedas, dijo, hay sombra, y podremos descansar y hablar un momento. Despues nos separaremos.

Y me impulsó levemente, dirigiéndose hácia las ruinas.

Cuando estuvimos á la sombra de aquellas viejas y corroidas arcadas de ladrillo, se sentó sobre un pedazo de paredon, y me dijo:

—Dicen que los hombres saben leer la pureza en la mirada, en el semblante de una mujer. Yo no sé si eso es cierto; lo he leido en las novelas, porque yo no conozco el mundo, sino á través de la novela. ¿Es esto cierto?

—El semblante de usted es tan elocuente, es tan diáfana su mirada; se ve á través de ella un alma tan pura, tan jóven, tan candorosa, que es imposible dudar.

Debió ser tal la expresion apasionada de mis ojos al decir estas palabras, debió ser tan inteligible, tan

clara, que en la mirada de Enriqueta, ardió no sé qué llama divina, y se puso vivamente encendida é instantáneamente palideció y bajó los ojos.

—Además, añadí, yo sé la causa de la desesperacion de usted.

—¡Usted sabe la causa de mi desesperacion! dijo con asombro y mirándome de una manera profunda.

—¿No me ha visto usted hasta ahora?

—No; no he visto á usted hasta el momento en que he vuelto de mi desmayo.

—Yo la he visto á usted á las seis de la mañana.

—¡Oh, Dios mio! ¿entónces habrá usted visto?...

—Que iba usted sola acompañando una camilla del hospital de locos.

—¡En aquella camilla iba mi pobre madre! dijo Enriqueta de una manera terriblemente conmovedora.

Y sus ojos se nublaron, y rompió á llorar.

XLV.

Estaba yo tan impresionado, era la situacion tan excepcional y tan solemne, que no supe qué decirla.

Enriqueta se enjugó los ojos, se levantó, y me dijo:

—Ya sabe usted por qué he llegado al punto de atentar á mi vida, desesperada; estrechémonos la mano y separémonos.

La miré, sin duda, con la expresion de la más dolorosa agonia, porque me dijo:

—Usted ya ha hecho cuanto puede hacer un hombre de honor y de corazon: ha comprendido usted al verme sola, acompañando una camilla del hospital, que yo estaba sola en el mundo, y ha creido usted que me debia acompañar, y me ha acompañado, me ha seguido: esto ha sido para mí providencial: pero usted ha hecho ya todo lo que puede hacer, yo se lo aseguro: sólo me resta pedir á usted su nombre.

—¿Y para qué?

—Para bendecirle y... para demostrar á usted mi agradecimiento si un dia me es posible demostrárselo.

—Es imposible que nos separemos de este modo; usted está sola en el mundo.

—Sí.

—¿Sin parientes?

—Sí.

—Adivino, no en su historia de usted, porque usted áun no tiene historia, sino en la historia de su madre, algo horriblemente espantoso.

—Sí; la desgracia terminada por la locura.

—Voy á hacer á usted una proposicion muy grave.

—¿Cuál?

—¿Quiere usted no estar sola?

—¿Y cómo?

Yo vacilé.

Ella me dijo tendiéndome la mano:

—He visto pasar una esperanza por entre el oscuro fondo de mi situacion.

—¿Y qué ha visto usted en esa esperanza?

—Un asilo digno, aunque humilde, para entrar en el cual, sólo se necesita una recomendacion de usted. Me han dicho en una casa á donde usted ha debido verme entrar con un eclesiástico, que podria ser admitida como hermana de la Caridad para la asistencia de los enfermos en los hospitales, mediante una recomendacion; y cuando pedí á aquel señor que me recomendase, sufrí un sonrojo, porque me negó su recomendacion, á pretexto de que no me conocia: usted tampoco me conoce, pero me comprende; usted, si puede, no me negará su recomendacion, estoy segura de ello.

—Para ser hermana de la Caridad, nunca.

—¡Ah! ¡usted tampoco me conoce bien!

Y la esperanza que brillaba en el semblante de Enriqueta, se nubló, como se nubla el sol tras una densa nube.

—¿Pero no comprende usted, la dije, es usted tan inocente de la historia del corazon, que no ha comprendido usted la única proposicion grave que yo podia hacerla? ¿no ha leido usted nada en mis ojos?

—¡Sí! ¡caridad!

—La caridad es muchas veces madre del amor.

Enriqueta soltó mi mano, y con una expresion de altiva dignidad, me dijo:

—Se ha olvidado usted de decirme su nombre

cuando se lo he preguntado, y no le quiero saber ya. La generosidad y el honor son, sin duda, un sueño. Adios.

Y echó á andar.

XLVI.

Adelanté rápidamente, y le intercepté el paso.

—Usted no tiene derecho, la dije, para juzgar de mí de una manera tan desfavorable, sin escuchar la explicacion de mis palabras.

—He oido por primera vez la palabra amor dirigida á mí: en la situacion en que me encuentro, esa palabra es un insulto, me dijo, acreciendo en altivez.

—La palabra amor que he dejado oir á usted, no es otra cosa que la proposicion de un enlace con un hombre de honor, con un hombre que no ha amado hasta ahora, con un hombre que ofrece á usted su vida, su alma, su porvenir.

La dura expresion que la dignidad ofendida habia dado al semblante de Enriqueta, desapareció, cambiándose en una expresion de tristeza.

Se puso pálida, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ah! ¡eso no puede ser! dijo con la voz apagada.

—¿Será tal mi desgracia, que un enlace conmigo la repugne á usted?

—¡Ah! ¡no! ¡no diga usted eso! por agradecimiento, por simpatía, viviria yo contenta al lado de usted: mi pobre madre no estaria encerrada en un hospital de locos, yo sola, pobre, débil, desesperada...

Y Enriqueta rompió de nuevo á llorar.

—Si yo no acepto, continuó entre sus lágrimas, habiéndome usted salvado, siéndome usted simpático, representando usted el mejoramiento de la suerte de mi madre en cuanto es posible, debe usted comprender cuán difícil es mi situacion: usted no sabe...

—No puedo comprenderlo, pero me atrevo á todo: consienta usted, y ahora mismo la llevo á una casa donde dignamente quede usted depositada, bajo el amparo de las leyes, hasta el momento en que llenas todas las formalidades, sea usted mi esposa.

—¿Sí? me dijo de una valiente y ardorosa manera Enriqueta.

—¡Sí! la contesté con toda la energía de mi alma.

—Pues bien: yo tambien me atrevo á todo; estoy loca, desesperada; estoy viendo á mi madre en el hospital, en manos de los médicos, sujeta por hombres brutales, porque al verse separada de mí, la acometió uno de los terribles accesos que han hecho necesaria su entrada en el hospital: sí, yo me atrevo á todo. Pero vamos ántes á casa del buen sacerdote de quien me ha visto usted acompañada esta mañana.

Y se asió de mi brazo.

XLVII.

Emprendimos la marcha algo de prisa, porque el calor se hacia á cada momento más insoportable.

Atravesamos el paseo del Tránsito y el de San Cristóbal, internándonos en las calles.

Enriqueta se apoyaba en mi brazo, haciéndome sentir con su contacto el contínuo estremecimiento nervioso que la agitaba.

Estaba encendida, pero aquel color que embellecia imponderablemente su semblante, era el color de la fiebre.

Parecia, sin embargo, que habia renacido.

Que vivia una vida ardiente, pero fácil.

De sus ojos emanaba un flúido poderoso que yo sentia en su contínua oscilacion como se siente el calórico que emana de la llama de una hoguera.

Y á través de aquel flúido brillaba su mirada pura, tímida, apenada, pero más tranquila.

Su seno se agitaba violentamente al impulso de su respiracion poderosa, y aquel contínuo estremecimiento nervioso se dejaba sentir más fuerte de tiempo en tiempo, semejante á una convulsion.

XLVIII.

—Usted sufre mucho, la dije.

—Sí; pero más por lo pasado que por lo presente; ya no estoy sola en el mundo; ya tengo esperanza, y sufro ménos.

Guardó silencio un instante, y luego dijo mirándome con interés y sonriéndome.

—Pero entretanto, áun ignoro el nombre de quien ha de unir su suerte á la mia.

—Me llamó Juan de Acebedo: ¿y usted?

—Enriqueta.

—¿Enriqueta de qué?

—Por el momento, Enriqueta sólo.

—¿No tiene usted apellido?

—¡Oh! ¡sí, si señor! no soy hija natural, sino hija legítima, de legítimo matrimonio, y mi apellido es muy conocido.

—¿Y por qué ocultarme entónces?...

—Dice usted bien; aunque pasada la impresion que he causado en usted por la situacion excepcional en que la desgracia me ha colocado, medite usted á sangre fria que el compromiso que conmigo ha contraido no es obligatorio, porque le ha contraido usted bajo la impresion del sentimiento excitado de su alma apasionada y buena, aunque nuestro enlace no se verifique, siempre será usted mi amigo; y á un amigo no

debemos ocultar nuestro nombre. Me llamo Enriqueta de Arévalo.

—¡Ah! exclamé: yo conozco ese apellido.

—Sí, es muy conocido.

—En cuanto á lo de meditar á sangre fria, en cuanto á arrepentirme del compromiso formal que he contraido con toda mi alma, se equivoca usted, Enriqueta.

Enriqueta bajó los ojos y se puso más encendida.

XLIX.

—Pero nos hemos perdido entre estas callejas, dijo esquivando el contestarme.

—¿Dónde vive el eclesiástico á cuya casa vamos? la pregunté.

—En la calle del Sacramento número 35.

—¡Ah! ¡pues estamos cerca!

Y seguimos.

—Yo no habia creido nunca en un amor como el nuestro, la dije.

—¡No más, por piedad! me contestó; déjeme usted gozar y sufrir, y esperar en silencio; me parece un sueño lo que pasa por mí: todo esto es terrible.

Y calló.

Yo respeté su silencio.

Yo necesitaba tambien callar y sentir.

L.

Al fin llegamos á la puerta del número 35 de la calle del Sacramento.

Era una casa vieja, fea, pobre é irregular, pero blanqueada y limpia.

En su pequeño portal habia una empinada escalera con balaustre de pino, en cuya parte superior habia una estrecha puerta, y pendiente junto á ella una cuerda con una anilla de metal en un extremo.

Subimos, yo delante, ella detrás, porque no cabia más que una persona por las escaleras, y ántes de tirar del llamador dije á Enriqueta.

—¿Por quién pregunto?

—Por don Ginés.

Metí el dedo en aquella anilla y tiré de aquella cuerda.

Sonó dentro una exígua y ronca campanilla.

Un poco despues, se abrió el ventanillo que habia en el centro de la puerta, y apareció el semblante puro é infantil de una niña.

LI.

—¿Por quién vienen ustedes? nos preguntó con su voz delgada, pura, sonora.

—Por el señor don Ginés, le respondí, ¿está en casa?

—Si señor, me contestó.

—Haga usted el favor de decirle, señorita, que le busca su hija de confesion de esta mañana, de la capilla de la Vírgen del Sagrario.

—Usted se lo dirá, dijo con suma gracia la niña abriendo la puerta; porque yo no quiero hacer esperar á ustedes; y luego, mi tio recibe á todo el que viene á buscarle. Pasen ustedes.

Entramos, y la niña que estaba elegantemente vestida, aunque con suma sencillez, y con un trajecito de pobre tela, nos precedió por un estrecho y corto corredor, y dijo abriendo una puerta á su extremo.

—Tio, unos señores buscan á usted.

—Adelante, dijo una voz franca y simpática desde adentro.

La niña abrió por completo la puerta, se apartó para que pasáramos, pasamos, y nos encontramos en un cuartito muy reducido; en una especie de despacho: un estante de pino con libros, una mesa cubierta con un tapete de bayeta verde, un crucifijo y un tintero sobre la mesa, un sillon de anea y algunas sillas del mismo género, eran los únicos muebles que habia en aquel cuartito de paredes blanqueadas, delante de cuyo balcon por la parte de afuera se extendia una cortina de lienzo crudo.

LII.

Delante de nosotros y desviviéndose porque nos sentáramos, habia un hombre á quien no podia llamarse anciano por el estado de vigor y de agilidad en que se encontraba, pero en cuyo semblante se marcaban al ménos sesenta y cinco años.

Este señor tenia los cabellos completamente blancos, y vestia una estrecha sotana, no muy nueva, por la cual asomaban las mangas de una chaqueta negra, no muy fina, pero todo cuidadosamente cepillado y limpio.

Este señor era don Ginés.

Su semblante era franco y jovial: se comprendia por él, que don Ginés era honrado y hombre de corazon, sin dejar de ser hombre de mundo.

No era ese clérigo pobre de espíritu que parece haberse amparado de la sotana para garantirse con la inviolabilidad del sacerdocio, contra los excesos de los demás.

Don Ginés parecia valiente; pero el valor se comprendia en él, se adivinaba; porque don Ginés no hacia ni remotamente gala de su valor, ni pretendia pasar por hombre de brios.

Era un hombre completamente simpático.

LIII.

—¿Quién es este caballero? preguntó á Enriqueta apenas nos hubimos sentado; usted me dijo esta mañana que estaba sola en el mundo.

—Es verdad, dijo Enriqueta, pero ya no lo estoy; este caballero, don Júan de Acebedo, con quien me presento á usted, ha aparecido delante de mi al volver de un desmayo.

—Señora, usted debió aceptar el ofrecimiento que yo la hice de mi pobre casa y de mis pobres recursos, dijo don Ginés.

—Yo habia concebido un medio por el cual debia llegar á un estado en que nada me fuese necesario, y cuando me separé de usted marché en direccion á la Roca Tarpeya.

—¡Oh! dijo don Ginés, usted no merece la suerte de los sceleratos, de los traidores á la patria en los antiguos tiempos de Roma: y luego, sólo la situacion horrible en que usted se encuentra, puede disculpar un atentado semejante. Vamos, es necesario no pensar más en ello; es necesario olvidar que se ha incurrido en esta terrible tentacion; es más valiente, más digno, y sobre todo más cristiano, levantar el corazon á Dios y pedirle fuerzas para el martirio.

—Sin mi buen amigo, padre Alvarez, ya no tendria remedio.

—¡Sin la Providencia, Enriqueta, sin la Providencia de Dios!... Yo no sé, yo no sé cómo se sienten hoy las creencias religiosas: hay algo mortal en la atmósfera de nuestro siglo; algo de gentílico en la manera de sentir á Dios: yo no sé, yo no sé como puede vivirse sin fe y sin esperanza.

El padre Alvarez no habia dicho estas palabras dándolas el acento duro de la reprension severa.

Por el contrario, sus palabras eran dulces, sentidas, y estaba conmovido al pronunciarlas.

—Hay que reconocer la mano de Dios en todo, continuó, mientras los dos callábamos dominados; el amor mundano ha conducido hoy á un hombre á la caridad cristiana: yo creo que la Providencia de Dios ha salvado hoy, el uno por el otro, á dos desesperados.

—Tal vez, dije.

—Sí, sí, estoy seguro de ello: usted esperaba á Enriqueta en la catedral, y sólo el amor mundano puede hacer que un hombre espere á una jóven sola, bella y triste, bajo la santa bóveda de un templo, donde no debe entrarse más que á rendir adoracion á Dios. Cuando salimos de la catedral, usted nos siguió: no sigue á una jóven que va acompañada de un sacerdote, más que un loco, ó un malvado. Cuando entramos en una casa, usted esperó; luego al separarse Enriqueta de mí, la siguió usted; yo no podia oponerme á ello, y por otra parte, yo habia comprendido á Enriqueta, aunque no la he conocido

hasta hoy: la habia comprendido lo bastante para saber que eran suficiente defensa para ella contra un importuno, su educacion, sus costumbres, su decoro, y la pureza de su alma. Yo no preví, no pude prever que Enriqueta fuese á buscar la muerte; y vea usted, el impulso que llevaba á usted tras Enriqueta, ha sido la causa de que Enriqueta se haya salvado: y es que Dios se vale muchas veces del mal para producir el bien.

El padre Alvarez pronunció con alguna severidad las palabras que iban dirigidas á mí.

—Permítame usted padre, le dije, cuando yo vi á Enriqueta, la vi al lado de una camilla del hospital de locos y sola; la seguí con interés, por compasion, no por un sentimiento bastardo.

—¡Ah! pues me alegro mucho, eso es completamente distinto. Y bien, vengamos al momento: ¿por qué causa vienen ustedes á mi casa?

—Antes de ser depositada Enriqueta, ha querido venir á ver á usted, le respondí.

—¡Depositada! exclamó con asombro don Ginés. ¿Y para qué?

—Para casarse, le respondí.

—¡Casarse! exclamó con doble asombro el padre Alvarez. ¿Y con quién?

—Conmigo, contesté con acento firme.

—¡Casarse por una primera impresion, por un impulso impremeditado! dijo gravemente don Ginés: ¡el tiempo! ¡el tiempo! En cuanto á depósito, mi

casa es lo mejor; mi anciana madre, mi hermana viuda, mis sobrinas, son suficiente garantía para el honor de una jóven.

Y sobre sus palabras, el padre Alvarez se levantó, fué á la puerta, y dijo llamando desde ella:

—¡Madre! ¡hermana! venid acá.

Y luego, volviéndose á Enriqueta, la dijo:

—Va usted á conocer á mi madre, que parece mi hermana, porque sólo me lleva trece años: yo tengo sesenta y cinco, y ella setenta y ocho: mi hermana en cambio, sólo tiene treinta, y representa cuanto más veinte y cuatro; como que mi madre tuvo hijos hasta los cuarenta y ocho años, y Genoveva es la menor como yo el mayor de los hermanos. Los otros han muerto todos: mi pobre madre ha llevado veinte veces luto, y no se olvida jamás de ninguno de sus hijos.

LIV.

En aquel momento entraron dos mujeres, que parecian la abuela y la nieta, á pesar de que como sabemos, eran la madre y la hija.

La anciana estaba tan entera y tan firme como el padre Alvarez, y en su semblante lucia una dulce expresion de benevolencia.

Genoveva era una jóven muy linda, morena, pelinegra y con ojos negros, y como habia dicho muy

bien su hermano, apenas representaba veinticuatro años.

Dos niñas, la una al parecer de once años y la otra de siete á ocho, asomaban sus rubias y delicadas cabezas á la puerta.

Allí estaba la familia entera del padre Alvarez.

LV.

—Esta señorita, doña Enriqueta de Arévalo, va á quedarse entre nosotros: dijo el padre Alvarez dirigiendo con respeto la palabra á su madre.

—En buen hora Ginés, dijo la anciana; sólo siento que no podamos procurar á esta señorita aquello á que esté acostumbrada.

—¡Ah, señora! ¡veo ya que en esta casa encuentro lo que no tengo: una familia! dijo Enriqueta.

Y asió de una manera apasionada y espontánea las manos de la anciana y de Genoveva.

La anciana estrechó cariñosamente entre sus manos la mano derecha de Enriqueta, y Genoveva llevando la otra mano de Enriqueta sobre su corazon, se acercó á ella, y la besó en las mejillas.

—Enriqueta está sola en el mundo, dijo el padre Alvarez.

—¡Oh, Dios mio! ¡y tan jóven! ¿cómo es eso? dijo la anciana.

—Su madre ha entrado hoy en el hospital de locos del Nuncio, dijo el padre Alvarez con la voz poco firme.

—¡Oh, Dios mio! ¡qué desgracia tan terrible! dijo la anciana; pues bien: ya que Dios me ha quitado tantos hijos, acepto la hija que me envia.

Y la atrajo á sí, la abrazó, y la besó en la boca.

Enriqueta no pudo resistir más á tanta emocion, y lloró con todo su corazon, con toda su alma.

Es verdad que todos llorábamos.

El padre Alvarez, que parecia un hombre de grande espíritu, tenia tambien los ojos arrasados.

La madre, la hija y Enriqueta, solo formaban un grupo.

Las dos niñas asidas la una á su madre, la otra á su abuela, formaban, conmovidas tambien, los dos extremos de aquel grupo.

LVI.

—Vamos, vamos, dijo el padre Alvarez: llévensela ustedes y que descanse. Ha estado sufriendo un martirio, para el cual ha necesitado de toda la ayuda de Dios, desde las seis de la mañana despues de haber pasado en una fonda, sola, al lado de su madre una noche horrible. ¡Ah! á propósito de fonda: ¿ha dejado usted en ella algo, Enriqueta?

—Sí: un neceser, una pequeña maleta con ropa blanca, y tres baules vacíos.

—¡Oh! dijo el padre Alvarez aspirando toda la elocuencia de la frase *tres baules vacíos*. Bien, bien; pues á descansar y, ahora nó, algo más adelante, un poco de alimento.

Las dos señoras se llevaron á Enriqueta, y ésta ántes de salir, me tendió la mano y estrechó la mia de una manera fuertemente expresiva.

La pequeña mano de Enriqueta abrasaba.

Luego salió, y el padre Alvarez y yo quedamos solos.

LVII.

—Concluyamos por el momento la instalacion de Enriqueta en mi casa, me dijo el padre Alvarez: tiempo nos queda para discutir acerca de esa determinacion de enlace tomada de una manera tan extraña.

—Y, sin embargo, señor don Ginés, le respondí, estoy completamente decidido.

—Ya hablaremos de eso: ahora, y puesto que usted viene consagrándose desde esta mañana á Enriqueta, vaya usted á la fonda de Madrid, donde ha estado con su madre, y avise usted que envien su equipaje á mi casa: yo iria, pero mis manteos no son

el traje más á propósito para ir á esto: seria llamar la atencion, y no tengo criados.

—¡Oh! basta, basta, señor don Ginés, yo iré, yo debo ir.

—Pues, hasta luego; espéreme usted en su casa dentro de dos horas.

—¿Y por qué no aquí?

—Nó, aquí nó: Enriqueta pertenece ya á mi familia, y si mi hermana se casa otra vez, ó cuando mis sobrinas, más adelante se casen, el hombre que en ellas piense no entrará en mi casa hasta que sea su marido.

—Me resigno; pero procuraré cuanto ántes poder volver á entrar en su casa de usted.

—Eso, usted y Enriqueta lo decidirán: ahora, hágame usted el favor de decirme dónde vive.

Dí una tarjeta con mis señas al padre Alvarez, me despedí de él, y salí.

LVIII.

Ahora bien, mi querido lector, ¿no te parece un sueño todo lo que te he referido?

¿No te parece todo esto fuertemente inverosímil?

A mí me lo parecia tambien.

Ya fuera de la casa de don Ginés, me froté los ojos y me palpé, como temiendo que todo aquello fuese una pesadilla.

Pero nó, no lo era.

Estaba en medio de la calle del Sacramento, despierto y bajo un sol que abrasaba.

Volví anhelante la cabeza para mirar á los pobres balcones de la pobre casa de don Ginés, y á nadie ví en ellos.

Me fué necesario un duro esfuerzo de la voluntad para apartarme de aquella casa que me atraia.

Mi primer amor se quedába con Enriqueta en ella.

Salí de la calle del Sacramento delirante, enfermo, trasformado, pero lleno de vida, y de una vida ardiente y deliciosa.

Amaba á un ángel; protegia á un ángel.

Mi aburrimiento, mi fastidio, habian desaparecido por completo.

Me habia curado radicalmente de mi humor negro.

Vivia.

Soñaba.

Yo devoraba en mi sueño con el alma hambrienta de felicidad, no sé qué deliciosas y embriagadoras esperanzas.

Respiraba con una facilidad dulcísima.

Me sentia más ágil, más fuerte.

Todo para mí era bello, todo riente, todo puro.

La luz, el sol, el azul del cielo, tenian para mí color de gloria.

¡Oh! ¡y qué feliz era yo en aquel momento!

LIX.

Y luego, la satisfaccion de la conciencia, el recuerdo de una buena accion que habia recibido inmediatamente un hermoso premio.

Despues, embellecer la vida de Enriqueta, consagrarme á su felicidad, salvar, si me era posible, á su madre de la locura.

Yo estaba loco, pero loco de felicidad.

LX.

Maquinalmente, sin saber por donde iba y sin ver á nadie, porque no tenia ojos más que para mi pensamiento, me encontré dentro del despacho de la fonda de Madrid y delante de su obesa dueña doña Gertrudis.

—¡Hola! ¿usted por aqui, don Juan? me dijo en cuanto me vió: hacia mucho tiempo que no teniamos el gusto de verle.

—He tenido poco humor, doña Gertrudis.

—Ya le he dicho á usted el remedio de su enfermedad: enamórese usted y es probado: se pone usted bueno en dos dias. ¡Cristóbal! una mesa para el señor de Acebedo; que se le sirva bien; ya sabes, cubierto de á tres duros.

—No, no vengo á comer doña Gertrudis, la dije; pero que me pongan media copa de rom en un vaso de agua.

La servicial doña Gertrudis me sirvió por sí misma lo que habia pedido.

Yo bebí con ánsia y de un tiron el contenido del vaso. Tenia una sed abrasadora.

—Doña Gertrudis, dije; usted ha tenido en casa hasta esta mañana dos señoras.

—¡Ah! ¡calle usted, no me lo recuerde usted! me contestó vivamente, ¡qué cosas pasan en el mundo, y sobre todo en las fondas! como que á estas casas viene todo el que quiere...

—¿Pero qué le ha sucedido á usted?

—Eran dos; la una como de treinta y cinco años, y todavía buen bocado, aunque pálida y flaca, y con unos ojos negros y hermosísimos, eso sí; pero que echaban fuego. Yo decia ¿qué tiene esta señora en los ojos? ¡Y qué habia de tener! ¡que estaba loca! ¡si yo lo hubiese sabido!...

—¿Pero le ha traido á usted eso algun perjuicio?

—¡Un destrozo, un verdadero destrozo! me ha roto un espejo, la jofaina, una botella, vasos, platos, me ha estropeado muebles...

—¿Pero no le han pagado á usted?

—¡Ah! eso sí; pues buena soy yo para que no me paguen... y mire usted, se me han metido en casa sin dinero, en el mejor cuarto, en el número tres; con una cuenta de ocho duros diarios. Dos meses han

estado en casa y á la primer vez que las llevé la cuenta, á los ocho dias, porque yo paso la cuenta á los ocho dias, me dijeron poniéndose muy encarnadas la madre y la hija:

—Esperábamos recibir dinero; pero eso no importa, haga usted que venga una prendera. —Yo me quedé como quien ve visiones, porque por el lujo que traian parecian muy ricas.

—Y para pagarla á usted vendieron sus trajes, ¿no es esto?

—¡ Y qué trajes don Juan! ¡qué trajes! ¡qué telas! ¡qué blondas! y quemados... hubo traje por el que les dieron una onza, y habria costado veinte. Para pagarme han vendido la ropa de tres baules llenos; un equipaje magnífico que valia mucho dinero, mucho.

—Pero este es un misterio.

—Eso digo yo: ¿quiénes son esas mujeres?

—¿No ha venido nadie á verlas?

—Nadie.

—¿Sabe usted cómo se llamaban?

—La madre se llama doña Inés de Falces, y la hija, que es una pollita de diez y siete años, guapísima, se llama doña Enriqueta de Arévalo. Lo sé por las cédulas de vecindad que traian de Madrid, porque yo no recibo en mi casa á nadie sin que traiga documentos, para evitar multas, disgustos y compromisos.

—¿Y dice usted que nadie las visitaba?

—Nadie.

—Y... ¿qué género de vida tenian?

—Se levantaban á las once; se peinaban la una á la otra; se vestian y se iban á la catedral á las doce á oir la misa de Nuestra Señora del Sagrario; volvian, y almorzaban en su cuarto: á las seis de la tarde salian á paseo y volvian á las ocho; comian y se encerraban, pero no se acostaban hasta las dos ó las tres de la mañana, porque se oia hasta esa hora la voz de la jóven que leia novelas á su madre: novelas muy bonitas, porque yo algunas noches subia de puntillas, me acercaba á la puerta, y me estaba las horas enteras escuchando.

—¿Con que nada ha podido usted averiguar?

—Nada más, sino que esperaban una carta que nunca venia, porque la jóven preguntaba todos los dias á los criados: —¿Ha venido el cartero? ¿ha traido carta para nosotras?— Y cuando la decian que nó, se entristecia.

—Y... dígame usted, doña Gertrudis, ¿qué sucedió anoche?

—¡Ay! ¡déjeme usted! ¡me estremezco sólo al recordarlo! Estábamos ya acostados todos, y no se oia una mosca en la fonda, cuando de repente, ¡plum! suena un estrépito terrible en el cuarto número tres, en el de las señoras: parecia que en él andaban sueltos todos los diablos; rodaban los muebles, crugian las vasijas que se rompian; ¡aquello era atroz! La doña Inés daba unos gritos horribles, y doña Enri-

queta lloraba y pedia socorro. Entramos, y nos encontramos á doña Inés desgreñada, furiosa: ¡se habia vuelto loca! Fué menester tres hombres para sujetarla. Vino el inspector, se llamó á uno, á dos, á tres médicos, y dijeron que doña Inés habia perdido el juicio. Como no tenian aquí casa, se mandó que doña Inés fuese llevada al hospital de locos; porque ¿cómo se la tenia aquí? Trajeron una camilla y metieron en ella á la enferma. Doña Enriqueta no quiso que la acompañase nadie, quiso ir sola, y como la loca estaba dominada por la calentura, la dejaron ir.

—Pero ¿cuándo ha pagado á usted el destrozo hecho por su madre?

—¡Ah! ántes de que se la llevasen; mientras venia la camilla del hospital.

—¿La ha pagado á usted en trajes?

—No. ¿Para qué queria sus trajes si no podian servirme? Me ha pagado con alhajas.

—¡Con alhajas!

—Sí, y alhajas, no de mucho valor, pero muy elegantes y muy lindas: se las voy á enseñar á usted. Ya verá usted; no he hecho mal negocio.

Doña Gertrudis se levantó y se entró en su habitacion que estaba inmediata al despacho.

LXI.

El corazon me latia violentamente: doña Gertrudis estaba representando para mí el egoismo frio que explota la desgracia.

Hay crímenes que no tienen nombre ni pena, para los cuales los hombres no han inventado un código, pero que están consignados en el tremendo é inexorable código de Dios.

De Dios, que no necesita para sentenciar, ni jueces, ni testigos, ni pruebas, porque Dios lo ve todo, lo sabe todo.

¡Dios! ¡Dios! ¡sino creyéramos en Dios, como pudiéramos creer en la justicia!

LXII.

Doña Gertrudis volvió al poco tiempo con un joyero de muy buen gusto, de plata sobredorada y de última moda, en las manos.

Le puso sobre una mesa y le abrió con delicia, con fruicion.

—Mire usted, me dijo, sacando los objetos á medida que los nombraba, y mostrándomelos. Dos relojes con sus cadenas; tres pares de pulseras, bro-

ches, alfileres, pendientes: ¿cuánto cree usted que puede valer todo esto?

—Hay aquí algunos hermosos brillantes, le dije, pero no de gran valor. Estas alhajas las hace valer la moda, la parte artística; el valor intrínseco del oro y de las piedras no es gran cosa. Todo esto podrá valer de nueve á diez mil reales.

—Se conoce que usted es inteligente. Don José el platero me ha dicho, que los diamantes, los rubíes y las perlas, á más del oro, valen cerca de nueve mil reales. No he ganado gran cosa, porque el espejo sólo valía seis mil reales; como que cogia todo un testero: y lo otro...

—Sepamos, dije interrumpiéndola: ¿usted es ya dueña de estas alhajas?

—¡Vaya! ¡sí señor! ¡como que las he recibido en pago de lo que se me ha roto!

—¿Quiere usted mil duros por ellas?

—¿Lo dice usted de veras?

—Cójame usted la palabra.

—¿Sí? pues se las va usted á llevar.

—Se lo iba á decir á usted. Envie usted esta tarde á casa por los mil duros.

—No corre prisa, no nos vamos á morir.

Y doña Gertrudis metia las alhajas en el joyero.

—Creo, dije; que doña Enriqueta ha dejado aquí una maleta llena, un neceser, y tres baules vacíos.

—Y quince ó veinte libros, quince ó veinte novelas. ¿Pero cómo sabe usted del equipaje que ha dejado

aquí esa jóven? Vamos, comprendo; un encuentro, y como es tan linda... Doy á usted la enhorabuena; pero ándese usted con cuidado, porque estas desconocidas...

—Esa señorita, doña Gertrudis, vive desde hoy en casa de un presbítero, que se llama don Ginés de Alvarez, y entre su familia.

—Sí, sí; ya sé, le conozco; es un clérigo que ha sido coronel de caballería. ¡Vaya! ¡le conozco mucho! esa es una historia. Han sido muy ricos y han venido á ménos; él es hijo de un general; pero no creia yo que hubiese llegado á tener casa de huéspedes: pues que se ande con tiento, porque yo no sé con qué le ha de pagar la chica; á no ser que usted pague por ella...

—Vamos, doña Gertrudis, usted no sabe una palabra de esto. Esa señorita ha sido recibida como hija, como hermana, en la familia de don Ginés.

—¡Ah! ¡ya! Pues ella no pensaba quedarse en Toledo, porque cuando salió me dijo: —Yo no volveré. —¿Y el equipaje? la dije. —Déjele usted ahí, yo enviaré por él.

—Pues bien, doña Gertrudis, yo soy el enviado de esa señorita.

—Repito la enhorabuena.

—La acepto. Envie usted su equipaje, menos los libros, á casa del padre Alvarez, calle del Sacramento, número 35.

—¿Qué hago yo con los libros?

—Que se venga un mozo conmigo para llevarlos á mi casa.

Doña Gertrudis llamó á Cristóbal, y yo subí con él al cuarto número 3.

LXIII.

Todo estaba en aquel cuarto en el mayor desórden.

Un mediano espejo de marco dorado, roto; los muebles esparcidos; entre ellos fragmentos de loza y de cristal; los libros que yo buscaba tirados acá y allá.

Pero todo el daño causado por aquel destrozo, podia llegar á duras penas al valor de dos mil reales.

Recogimos los libros Cristóbal y yo, y salí del cuarto número 3, preocupado de una manera singular.

Me parecia que en aquel cuarto dejaba algo vivo, algo punzante, que pertenecia á Enriqueta.

LXIV.

Me despedí de doña Ger[illegible]
acompañado de Cristóbal [illegible]
con el joyero de Enriq[illegible]

—Cuente usted [illegible]
doña Gertrudis, la de[illegible]

mayordomo, cuando hube despedido á Cristóbal.

—Cuidado señorito, me dijo don Anselmo, que doña Gertrudis es un culebron de vallado. ¿Ha dado usted ahora en gustar de las mujeres gordas? Tiene buena cara, eso sí, está frescota...

—¿Qué diablos dice usted, don Anselmo? Cuente usted los mil duros, lléveselos usted, y no se meta usted en honduras.

—¡Nada! ¡nada! ¡por mí nada! me respondió don Anselmo: se hará lo que usted manda y punto concluido.

Y don Anselmo salió refunfuñando.



LXV.

Apenas me quedé sólo, me puse á leer los *títulos* de los libros que habia encontrado en el *cuarto de* Enriqueta.

El primero que me vino á [illegible] *las* [illegible] *rias del Diablo.*

Despues, [illegible] y el cigarro

La piel de [illegible] conve-

rante y [illegible] rbata,

los a[illegible] ni mal

[illegible] la sala,

[illegible] antigua

[illegible] amente ves-

Lo excepcional, presentado como verdadero y engalanado con la frasecologia hueca y fofa de nuestra moderna literatura.

El sueño calumniando á la verdad.

Y despues de todo, yo no tengo derecho para apostrofar á la novela, porque yo soy una novela andando; porque prescindiendo de los libros, la realidad ha tomado hoy la ampulosa forma de la novela: porque hoy se procura embellecerlo todo, hasta lo repugnante: porque nuestra civilizacion es puramente estética: porque ha inventado la manera de idealizarlo todo: hasta el vicio.

Gracias á los grandes estilistas.

A los grandes sacerdotes de una psicologia nebulosa é incomprensible.

Gracias á la gran expansion que ha dado al espíritu humano, la civilizadora progresion del saber.

No conociendo la felicidad, la inventamos á nuestra manera.

La humanidad avanza hácia la luz.

Marchemos hácia la luz corriendo en tropel con la humanidad.

¡Oh! maldita sea la primera novela que se escribió y las que la han seguido, aunque al maldecirlas me maldiga yo á mí mismo.

Ellas han viciado el corazon de la mujer, haciéndola soñar y desear lo imposible.

LXVI.

Así filosofaba yo, no sé si con razon ó sin ella, y hubiera seguido filosofando de la misma manera, á no haberme distraido la voz de Sebastian, mi ayuda de cámara que me llamaba.

—No cómo hoy, le dije, creyendo que se trataba de la comida: comed vosotros.

—No es eso, señorito, es que hay aquí un caballero que pregunta por usted.

—¿Un clérigo?

—No señor, un clérigo nó, un caballero.

—¿Ha dicho su nombre?

—Dice que no le conoce usted.

—Que pase, pues; pero á la sala, aquí no.

LXVII.

Arrojé la bata, el gorro, las chinelas y el cigarro que fumaba, me calcé de una manera más conveniente, me puse una levita, me arreglé la corbata, y procurando encubrir mi contrariedad y mi mal humor, abrí la puerta de escape y entré en la sala, ó mejor dicho, en el inmenso salon de mi antigua casa solar.

Me encontré con un hombre completamente ves-

tido de negro, de frac, con las manos juntas atrás, con guantes blancos y en las manos el sombrero.

Aquel hombre era largo, porque no se le podia llamar alto, ni delgado; más que delgado, era largo.

No he visto en mi vida hombre más estrecho y más recto.

Era una figura inverosímil.

No sé por qué en vez de aparecer ridículo, aparecia terrible.

Cuando yo entré, estaba mirando el retrato de cuerpo entero de una tia mia, de una hermana de mi madre, de una mujer hermosísima, de la cual sólo sabia yo que habia sido muy desgraciada.

Mi visitante largo y recto no se movió, á pesar de que mis pasos resonaban sobre el embaldosado de azulejos.

Continuaba mirando con un gran interés el retrato de mi tia.

Yo me detuve, y le contemplé á mi vez.

La pequeña cabeza de aquel hombre repugnaba.

No era una cabeza, era una calavera.

Su frente prominente y amarilla; sus pequeños ojos profundamente hundidos; sus pómulos salientes; sus mejillas hundidas; su nariz pequeña y corta; sus labios delgados y deprimidos: el corte cuadrangular de este semblante, y sus cabellos de un negro impuro, ásperos, abultados, no por su abundancia sino por su rigidez, daban á aquel hombre toda la apariencia de un espectro, de una momia viviente.

Entónces comprendí lo largo de aquel hombre.

Su parte muscular habia desaparecido.

Sólo quedaba en él la piel adherida á los huesos.

Yo atribuí el estado físico de aquel hombre á una enfermedad que existe, y cuyo nombre no sé, porque no entiendo una palabra de medicina.

Pero aquel hombre estaba enfermo; puedo asegurarlo.

Respiraba con una dificultad tal, que fatigaba el oirle respirar.

LXVIII.

Me habia sentido sin duda, aunque no habia dado muestras de ello, porque á los cuatro ó cinco minutos de haberme detenido yo junto á él, se volvió de la manera más natural del mundo á mí y me dijo, extendiendo lentamente su largo brazo derecho y señalándome el retrato de mi tia.

—¿Se llamaba Magdalena?

La voz del desconocido era gruesa, vibrante, áspera, cavernosa.

Aquella era la voz lógica, por decirlo así, de un tal espectro.

—Magdalena se llamaba, respondí á aquel hombre con extrañeza.

—¿Y por qué está ese retrato allí? dijo dejando caer lentamente su brazo.

—Porque era hermana de mi madre.

—Entónces, usted se llama don Juan de Acebedo.

—Cabalmente: ¿pero cómo es que sin conocer mi nombre ha venido usted á buscarme? Comprenderá usted que esto tiene algo de extraordinario.

—Sentémonos y hablemos, me dijo, y se sentó en el sofá, dejó el sombrero sin esperar mi invitacion, sacó una petaca, de ella un cigarro habano, y sin ofrecerme otro cerró la petaca y la guardó.

Yo empecé á sentirme irritado.

Tiré del cordon de la campanilla ántes de sentarme, y dije á Sebastian que acudió inmediatamente.

—Tráeme cigarros y fuego.

—¡Ah! me dijo el visitante; ha extrañado á usted y le ha ofendido sin duda, el que yo me haya tomado la libertad de sacar un cigarro y que despues haya cometido la grosería de no ofrecerle otro: esto consiste en que nunca me contrarío, en que prescindo de las fórmulas, y en que no quiero hacer daño á nadie: un cigarro mio le hubiera á usted envenenado, señor don Juan.

—¿Cómo?

A este tiempo me presentaba Sebastian una bandeja de tabacos maduros de la vuelta de abajo, y la pequeña lamparilla de alcohol encendida.

—Fume usted de esos, que todo el mundo puede fumar sin peligro: los mios tienen una cantidad espantosa de opio, dijo el hombre espectro encendiendo

su terrible cigarro en la lamparilla que tenia en la mano Sebastian, que le miraba absorto.

Yo á mi vez encendí un cigarro, Sebastian dejó sobre un velador la bandeja y la lamparilla, y salió.

LXIX.

Yo procuraba averiguar por su aspecto la edad y el carácter general de aquel hombre, y esto era inaveriguable.

Lo mismo podia ser muy jóven que muy viejo; y en cuanto á su carácter, como no habia expresion en aquel semblante, nada se podia sacar en claro.

Yo me sentia mal.

Aquel hombre pesaba sobre mi espíritu.

Yo sentia que se iba elaborando en mí un cólico moral.

Esta frase podrá parecer atrevida ó disparatada, pero yo no encuentro otra para expresar el malestar que la proximidad de aquel hombre me causaba.

¡Qué horrible pesadilla!

Aun no he podido arrojar léjos de mí su recuerdo.

Aquel hombre me miraba de una manera fria é inmóvil con sus pequeños y hundidos ojos grises.

LXX.

—¿Puedo saber cómo se llama usted? pregunté á mi visitante.

—¡Oh! ¡sí! es lo más natural. Soy el marqués de Puertoseco.

—Pues bien, señor marqués, ¿á qué debo el honor de su visita?

—A una singularidad. Ha debido usted extrañar que sin conocer yo su nombre haya venido á buscarle. ¿Qué quiere usted? ¡Soy padre!

—¡Padre! no comprendo.

—Sí, si señor, padre, y vengo á pedir á usted su mano.

No supe, no pude contestar: era evidente que el marqués de Puertoseco, me pedia mi mano para su hija.

—¡Ó su mano de usted, ó una satisfaccion! dijo el marqués sin perder su fria impasibilidad.

—Si no estuviera seguro de que estoy despierto, le respondí, lo tomaria esto por un sueño fatigoso de una siesta de verano: usted sin duda, marqués, se vale de un pretexto: vengamos á la verdadera situacion.

—La verdadera situacion es, que mi hija Sofía se ha enamorado de usted; es un ángel, calla, sufre, llora...

—Pero por Dios, caballero, permítame usted que le diga que esto es incomprensible.

—Pues se comprende perfectamente que yo no quiero que mi hija sufra.

—¿Y... esa señorita sufre por mí?

—Ella vivia tranquila, alegre, feliz; empalidece más de dia en dia: padece, en una palabra, y de una manera que me lastima extraordinariamente. Porque yo soy padre, señor de Acebedo, y un padre como no hay dos en la tierra. Y luego, ¿qué tiene de extraño que una jóven se enamore de un hombre, sea este hombre feo ó hermoso, jóven ó viejo, excéntrico ó vulgar? ¿Sabe nadie lo que es el amor, ó por qué se incurre ó se deja de incurrir en él? No hay porque usted se vanaglorie de haber enamorado á mi hija, porque las mujeres se pueden enamorar y se enamoran de todo. Yo mismo que nada tengo, ni he tenido de bello, he sufrido el amor volcánico de muchas mujeres, y le estoy sufriendo aún: usted por lo que veo, no comprende que lo horrible pueda tener atractivo: usted cree sin duda que es un disparate ocuparse sériamente de lo feo, y lo que es más extraño aún, del atractivo de lo repugnante, de lo horrible. ¡Bah! el corazon humano propende á todo, y nada hay extraño filosóficamente considerado: el absurdo y la aberracion no existen si se traducen en hechos: todo consiste en que el hombre sabe muy poco acerca de sí mismo.

—Pero viniendo al objeto de nuestra conversa-

cion, dije con impaciencia, ¿dónde me ha conocido esa señorita?

—¿Usted va con frecuencia á Madrid?

—Si señor.

—¿Usted estuvo en Madrid á principios de la primavera última?

—Si señor.

—¿Usted frecuentaba la Fuente Castellana?

—Efectivamente.

—¿Acostumbraba usted á sentarse en un banco de piedra cerca de la noria?

—Sí, si señor.

—Pues bien, cuando mi hija le vió á usted por primera vez, y se interesó por usted, estaba usted sentado en aquel banco leyendo un libro.

—Es posible.

—No, no sólo posible, sino cierto: usted leia; si usted no hubiera leido cuando mi hija le vió á usted, de seguro Sofía no se enamora.

—¿Tiene usted la bondad de explicarme por qué el estar yo leyendo en aquel momento, ha sido la causa de que esa señorita me favorezca de tal modo? dije, perdida ya casi la paciencia.

—Porque usted leia llorando; es decir, no precisamente llorando, pero con los ojos arrasados en lágrimas, que se deslizaban de tiempo en tiempo por su semblante; Sofía que está dotada de una sensibilidad exquisita, como que es puramente nerviosa, se enamoró de la sensibilidad de usted.

—¡Ah! ¡las novelas! ¡Malditas sean las novelas! yo leia aquel dia la Genoveva de Lamartine; juro no volver á leer ningun libro de Lamartine sino en mi casa á solas y encerrado.

—Me alegraria mucho que jamás hubiese usted leido una sola página escrita por el tal señor; porque francamente, me contraría de una manera tremenda el casar á usted con mi hija. Yo tenia otros proyectos, pero la pobre chica se muere.

—¿Y usted cree que yo voy á prestarme á esta ridícula cosa? dije, no pudiendo contenerme ya y estallando.

—Sitio, hora, y armas: me dijo con su irritante sangre fria y sin cambiar de tono el infernal marqués de Puertoseco.

—Amigo mio, dije soltando la carcajada, porque á pesar de que los extraordinarios sucesos de aquel dia me habian impresionado de una manera tal que tenia fiebre, lo ridículo de aquella situacion violentamente excéntrica, violentamente extraordinaria, se sobrepuso en mí á todo; amigo mio; no extrañe usted que me ria, porque mi risa es involuntaria, irresistible: esto no puede tomarse de otra manera.

—Sin embargo, la situacion es perfectamente séria, me contestó el marqués, sin incomodarse ni alterarse por mi risa.

—Pero efectivamente, dije, entrando de nuevo en el terreno de lo serio, ¿su hija de usted?...

—Sí, mi querido Acebedo, sí; se ha enamorado,

se ha fingido en su imaginacion no sé qué sér ideal, maravilloso, no conocido; un poema completo, y se le ha puesto en la cabeza, no sólo que ese sér existe, sino que ese sér es usted; el desconocido de la Fuente Castellana, el sensible lector: en vano yo he pretendido desimpresionarla; en vano he pretendido convencerla de que usted indudablemente era un hombre vulgar como todos, mejor ó peor educado, en mejor ó peor posicion; materia pura por este ó por otro concepto; un hijo de Adan, en una palabra.

—En efecto, marqués, yo no pretendo ser excepcional; pero preciso es confesarlo, soy un poco soñador, un poco dado al idealismo.

—Esto es, al disparate: Dios los cria y ellos se juntan. Pues peor mil veces: ya que mi hija está loca y se ha de casar con usted, porque usted se casará con ella, yo se lo afirmo, quisiera que no estuviese usted loco; porque se van ustedes á llevar muy bien.

—Prescindiendo de esa apreciacion que tal vez sea exacta, querria saber en qué funda usted la seguridad de que yo me casaré con esa señorita.

—¡Bah! mi hija tiene veinte años, y por cada año diez mil duros de dote; es decir...

—Sí, cuatro millones.

—Lo cual es ya una tentacion.

—Para mí nó; me sobra con lo que tengo.

—Me afirmo en mi creencia, de que usted está casi tan loco como mi hija. ¡El dinero! el dinero es

la gran razon; sin el dinero todo es falso, todo es mentira: sin dinero, ni áun se puede ser hombre de bien.

—¡Calumnia! exclamé irritado por el repugnante escepticismo del marqués.

—No discutamos: mi visita se va haciendo larga contra mi costumbre: el estado anómalo en que se encuentra el espíritu de mi hija, me ha hecho ya hablar demasiado acerca de este asunto, y quiero concluirle cuanto ántes, para no volver á ocuparme de ello: por desgracia, he acudido tarde á poner el remedio: hacia ya mucho tiempo que yo observaba que Sofía estaba triste; cada dia más triste; veia en sus ojos señales de lágrimas, de insomnio; palidecía, enflaquecia, y esto, se lo aseguro á usted, me tenia de muy mal humor.

—¡Oh! es muy natural.

—¿Qué te aflige Sofía? la decia yo.—Me siento muy bien, papá, me contestaba.—Tú has llorado.—Es que acabo de leer algunas páginas de Nuestra Señora de París, ¡y es tan sentimental Victor Hugo!...—Voy á quemar ahora mismo Nuestra Señora de París; voy á tirar por la ventana todos esos librotes vacíos de sentido que no sirven para otra cosa que para volver locas á las muchachas. —¿Te has enojado papá? me decia desarmándome con un beso; no son las novelas las que me tienen triste, es mi corazon.—¿Pero por qué sufres?—No lo sé.—Y yo me daba á los diablos. Al fin, hace ocho dias, la

pobre chica me confesó llorando que estaba mortalmente enamorada.

—¡Ah! exclamé, pues siento mucho ser la causa involuntaria del padecimiento de esa señorita.

—Yo lo siento mucho más que usted: pero es el caso, que con sentirlo no se remedia. Sofía ha ido nutriendo en su imaginacion su fantasma soñado, su sér ideal; le ama, no sé cómo ponderárselo á usted, y su organismo se ha resentido. Esto es demasiado grave, y vengo á pedirle á usted la vida de mi hija, ó la suya.

—Pero esa señorita ¿sabe quién soy?

—Nó; y esta era mi desesperacion. Un dia faltó usted de la Fuente Castellana y no volvió usted á aparecer en ella.

—Como que me vine á mi casa de Toledo y desde entónces no he vuelto á Madrid.

—Casualidades; negocios graves me han traido á Toledo, y como Sofía es muy dada á todo lo romancesco, á todo lo tradicional, me la traje, á ver si se distraia con la vista de las románticas antigüedades de este viejo poblachon: la catedral ha enamorado á Sofía, y me obliga á levantarme ántes del amanecer para oir bajo las ojivas bóvedas de la catedral, la que Sofía llama poética misa del alba. Despues permanecemos un par de horas dando vueltas por la catedral, por el cláustro, subiendo á la torre, metiéndonos por mechinales para dar pábulo al romancesco gusto de Sofía: á esto se debe el que hayamos encon-

trado á usted, ó mejor dicho, el que ella haya encontrado á su bello ideal, saliendo del claustro de la catedral á las seis de la mañana.

—¡Ah! esta mañana á las seis... ¿Y me ha seguido usted desde entónces?

—Sí; paso á paso: ni me hubiera sido posible hacer otra cosa.—Síguele, síguele papá, me dijo Sofía, y mira donde entra; averigua quién es, síguele, que se va.

—Pero, ¿y tú? ¿cómo dejarte sola?—Nuestra fonda está muy cerca de aquí, apenas hay gente por la calle, yo me iré sola y nada me sucederá.

—Usted no debió ceder: su condescendencia de usted es inverosímil.

—Como es inverosímil mi amor, mi pasion, mi delirio por Sofía: ¿qué no haria yo? ¿qué no he hecho ya por ella?

Y la voz del marqués se hizo más cavernosa al pronunciar sus últimas palabras.

Parecia como que unida á aquella voz zumbaba la voz del remordimiento.

—Sofía, continuó el marqués, se fué sola á la fonda, y yo seguí á la larga tras de usted.

—¿Y por qué no me alcanzó usted y me habló?

—¿Por qué? dijo el marqués, cuya voz tomó una entonacion singular, porque cuando yo pude alcanzarle á usted, usted iba visiblemente siguiendo á una jóven que acompañaba una camilla del hospital de locos: en la manera con que usted seguia á aquella jó-

ven, se comprendia que estaba usted vivamente interesado por ella: al comprenderlo, sentí en mi espíritu algo de la locura del espíritu de Sofía, y tuve célos de aquella mujer en nombre de mi hija: yo queria saber en qué terminaba aquello, y no me acerqué á usted, no me dejé ver de usted.

—¿Y nos ha seguido usted hasta el fin? dije con una cólera mal contenida.

—Sí: á los dos, hasta que ella entró en la casa número 35 de la calle del Sacramento, donde se ha quedado: á usted, solo despues, hasta que ha entrado en su casa: he vuelto rápidamente á la fonda, y he tomado, aprovechando la ocasion de estar reposando Sofía, su retrato que he traido conmigo para mostrárselo á usted, por lo cual no he empezado, porque he visto el retrato de Magdalena de Ávila, tia de usted.

La voz del marqués se hizo de nuevo terriblemente cavernosa.

Yo me sentí cubierto de sudor frio, agoviado por no sé qué ansiedad vaga, pero terrible.

—¿Qué tiene de comun con lo que estamos hablando mi pobre tia Magdalena?

El marqués no contestó.

Sacó del bolsillo interior de pecho de su frac un estuche ovalado y plano, como de seis pulgadas de longitud, le abrió, y me dejó ver en silencio un admirable retrato en miniatura, de mujer.

Al ver aquel retrato, se me nublaron los ojos.

Cuando volví á ver, observé con asombro que el retrato que el marqués mantenia delante de mis ojos era exactamente el retrato de mi tia Magdalena: pero más hermosa, más jóven.

—Usted me ha hablado del retrato de su hija, exclamé, y éste es el retrato de mi tia Magdalena.

—Es verdad; la madre y la hija se parecian exactamente, dijo el marqués con aquel acento lúgubre que ya otras veces me habia aterrado.

Me levanté del sillon de una manera violenta, pero involuntaria.

—¡Ah! ya lo sabia yo, pero queria evitar revelaciones hasta que fuese necesario hacerlas, y por eso no habia dejado ver á usted este retrato.

—Y... ¿qué sabia usted? pregunté con afan.

—Que en cuanto usted viera el retrato de mi hija, se enamoraria de ella, como estoy seguro de que cuando usted la vea se volverá loco.

—¡No! dije aturdido, yo amo, yo no me pertenezco ya, yo tengo un compromiso de honor y de corazon con una mujer.

—¡Con Enriqueta de Arévalo! respondió friamente el marqués.

—¡Ah! ¡usted la conoce! dije recibiendo un rayo de luz, ¡usted debe ser el infame que ha causado la locura de la madre de Enriqueta! ¡la orfandad y la desesperacion de Enriqueta!

—Yo soy el marido de Magdalena de Avila; yo soy tu tio, Juan.

—Que se venga un mozo conmigo para llevarlos á mi casa.

Doña Gertrudis llamó á Cristóbal, y yo subí con él al cuarto número 3.

LXIII.

Todo estaba en aquel cuarto en el mayor desórden.

Un mediano espejo de marco dorado, roto; los muebles esparcidos; entre ellos fragmentos de loza y de cristal; los libros que yo buscaba tirados acá y allá.

Pero todo el daño causado por aquel destrozo, podia llegar á duras penas al valor de dos mil reales.

Recogimos los libros Cristóbal y yo, y salí del cuarto número 3, preocupado de una manera singular.

Me parecia que en aquel cuarto dejaba algo vivo, algo punzante, que pertenecia á Enriqueta.

LXIV.

Me despedí de doña Gertrudis, salí de la fonda acompañado de Cristóbal, y me trasladé á mi casa con el joyero de Enriqueta debajo del brazo.

—Cuente usted mil duros y lléveselos usted á doña Gertrudis, la de la fonda de Madrid, dije á mi

mayordomo, cuando hube despedido á Cristóbal.

—Cuidado señorito, me dijo don Anselmo, que doña Gertrudis es un culebron de vallado. ¿Ha dado usted ahora en gustar de las mujeres gordas? Tiene buena cara, eso sí, está frescota...

—¿Qué diablos dice usted, don Anselmo? Cuente usted los mil duros, llévesclos usted, y no se meta usted en honduras.

—¡Nada! ¡nada! ¡por mí nada! me respondió don Anselmo: se hará lo que usted manda y punto concluido.

Y don Anselmo salió refunfuñando.

LXV.

Apenas me quedé sólo, me puse á leer los títulos de los libros que habia encontrado en el cuarto de Enriqueta.

El primero que me vino á las manos, fué las *Memorias del Diablo*.

Despues, *La Nueva Eloisa*, *Monte Cristo*, *Amaury*, *La piel de Zapa*, *Los Misterios de París*, *El Judío Errante* y algunos tomos más de novelas francesas de los autores más conocidos.

Lo comprendí todo.

Enriqueta habia anegado en la novela su jóven é impresionable imaginacion y la habia viciado.

¡El mundo de la novela!

estado en casa y á la primer vez que las llevé la cuenta, á los ocho dias, porque yo paso la cuenta á los ocho dias, me dijeron poniéndose muy encarnadas la madre y la hija:

—Esperábamos recibir dinero; pero eso no importa, haga usted que venga una prendera. —Yo me quedé como quien ve visiones, porque por el lujo que traian parecian muy ricas.

—Y para pagarla á usted vendieron sus trajes, ¿no es esto?

—¡ Y qué trajes don Juan! ¡qué trajes! ¡qué telas! ¡qué blondas! y quemados... hubo traje por el que les dieron una onza, y habria costado veinte. Para pagarme han vendido la ropa de tres baules llenos; un equipaje magnífico que valia mucho dinero, mucho.

—Pero este es un misterio.

—Eso digo yo: ¿quiénes son esas mujeres?

—¿No ha venido nadie á verlas?

—Nadie.

—¿Sabe usted cómo se llamaban?

—La madre se llama doña Inés de Falces, y la hija, que es una pollita de diez y siete años, guapísima, se llama doña Enriqueta de Arévalo. Lo sé por las cédulas de vecindad que traian de Madrid, porque yo no recibo en mi casa á nadie sin que traiga documentos, para evitar multas, disgustos y compromisos.

—¿Y dice usted que nadie las visitaba?

—Nadie.

—Y... ¿qué género de vida tenian?

—Se levantaban á las once; se peinaban la una á la otra; se vestian y se iban á la catedral á las doce á oir la misa de Nuestra Señora del Sagrario; volvian, y almorzaban en su cuarto: á las seis de la tarde salian á paseo y volvian á las ocho; comian y se encerraban, pero no se acostaban hasta las dos ó las tres de la mañana, porque se oia hasta esa hora la voz de la jóven que leia novelas á su madre: novelas muy bonitas, porque yo algunas noches subia de puntillas, me acercaba á la puerta, y me estaba las horas enteras escuchando.

—¿Con que nada ha podido usted averiguar?

—Nada más, sino que esperaban una carta que nunca venia, porque la jóven preguntaba todos los dias á los criados: —¿Ha venido el cartero? ¿ha traido carta para nosotras?—Y cuando la decian que nó, se entristecia.

—Y... dígame usted, doña Gertrudis, ¿qué sucedió anoche?

—¡Ay! ¡déjeme usted! ¡me estremezco sólo al recordarlo! Estábamos ya acostados todos, y no se oia una mosca en la fonda, cuando de repente, ¡plum! suena un estrépito terrible en el cuarto número tres, en el de las señoras: parecia que en él andaban sueltos todos los diablos; rodaban los muebles, crugian las vasijas que se rompian; ¡aquello era atroz! La doña Inés daba unos gritos horribles, y doña Enri-

queta lloraba y pedia socorro. Entramos, y nos encontramos á doña Inés desgreñada, furiosa: ¡se habia vuelto loca! Fué menester tres hombres para sujetarla. Vino el inspector, se llamó á uno, á dos, á tres médicos, y dijeron que doña Inés habia perdido el juicio. Como no tenian aquí casa, se mandó que doña Inès fuese llevada al hospital de locos; porque ¿cómo se la tenia aquí? Trajeron una camilla y metieron en ella á la enferma. Doña Enriqueta no quiso que la acompañase nadie, quiso ir sola, y como la loca estaba dominada por la calentura, la dejaron ir.

—Pero ¿cuándo ha pagado á usted el destrozo hecho por su madre?

—¡Ah! ántes de que se la llevasen; mientras venia la camilla del hospital.

—¿La ha pagado á usted en trajes?

—No. ¿Para qué queria sus trajes si no podian servirme? Me ha pagado con alhajas.

—¡Con alhajas!

—Sí, y alhajas, no de mucho valor, pero muy elegantes y muy lindas: se las voy á enseñar á usted. Ya verá usted; no he hecho mal negocio.

Doña Gertrudis se levantó y se entró en su habitacion que estaba inmediata al despacho.

LXI.

El corazon me latia violentamente: doña Gertrudis estaba representando para mí el egoismo frio que explota la desgracia.

Hay crímenes que no tienen nombre ni pena, para los cuales los hombres no han inventado un código, pero que están consignados en el tremendo é inexorable código de Dios.

De Dios, que no necesita para sentenciar, ni jueces, ni testigos, ni pruebas, porque Dios lo ve todo, lo sabe todo.

¡Dios! ¡Dios! ¡sino creyéramos en Dios, como pudiéramos creer en la justicia!

LXII.

Doña Gertrudis volvió al poco tiempo con un joyero de muy buen gusto, de plata sobredorada y de última moda, en las manos.

Le puso sobre una mesa y le abrió con delicia, con fruicion.

—Mire usted, me dijo, sacando los objetos á medida que los nombraba, y mostrándomelos. Dos relojes con sus cadenas; tres pares de pulseras, bro-

ches, alfileres, pendientes: ¿cuánto cree usted que puede valer todo esto?

—Hay aquí algunos hermosos brillantes, le dije, pero no de gran valor. Estas alhajas las hace valer la moda, la parte artística; el valor intrínseco del oro y de las piedras no es gran cosa. Todo esto podrá valer de nueve á diez mil reales.

—Se conoce que usted es inteligente. Don José el platero me ha dicho, que los diamantes, los rubíes y las perlas, á más del oro, valen cerca de nueve mil reales. No he ganado gran cosa, porque el espejo sólo valía seis mil reales; como que cogia todo un testero: y lo otro...

—Sepamos, dije interrumpiéndola: ¿usted es ya dueña de estas alhajas?

—¡Vaya! ¡sí señor! ¡como que las he recibido en pago de lo que se me ha roto!

—¿Quiere usted mil duros por ellas?

—¿Lo dice usted de veras?

—Cójame usted la palabra.

—¿Sí? pues se las va usted á llevar.

—Se lo iba á decir á usted. Envie usted esta tarde á casa por los mil duros.

—No corre prisa, no nos vamos á morir.

Y doña Gertrudis metia las alhajas en el joyero.

—Creo, dije; que doña Enriqueta ha dejado aquí una maleta llena, un neceser, y tres baules vacíos.

—Y quince ó veinte libros, quince ó veinte novelas. ¿Pero cómo sabe usted del equipaje que ha dejado

aquí esa jóven? Vamos, comprendo; un encuentro, y como es tan linda... Doy á usted la enhorabuena; pero ándese usted con cuidado, porque estas desconocidas...

—Esa señorita, doña Gertrudis, vive desde hoy en casa de un presbítero, que se llama don Ginés de Alvarez, y entre su familia.

—Sí, sí; ya sé, le conozco; es un clérigo que ha sido coronel de caballería. ¡Vaya! ¡le conozco mucho! esa es una historia. Han sido muy ricos y han venido á ménos; él es hijo de un general; pero no creia yo que hubiese llegado á tener casa de huéspedes: pues que se ande con tiento, porque yo no sé con qué le ha de pagar la chica; á no ser que usted pague por ella...

—Vamos, doña Gertrudis, usted no sabe una palabra de esto. Esa señorita ha sido recibida como hija, como hermana, en la familia de don Ginés.

—¡Ah! ¡ya! Pues ella no pensaba quedarse en Toledo, porque cuando salió me dijo: —Yo no volveré. —¿Y el equipaje? la dije.—Déjele usted ahí, yo enviaré por él.

—Pues bien, doña Gertrudis, yo soy el enviado de esa señorita.

—Repito la enhorabuena.

—La acepto. Envie usted su equipaje, menos los libros, á casa del padre Alvarez, calle del Sacramento, número 35.

—¿Qué hago yo con los libros?

—Que se venga un mozo conmigo para llevarlos á mi casa.

Doña Gertrudis llamó á Cristóbal, y yo subí con él al cuarto número 3.

LXIII.

Todo estaba en aquel cuarto en el mayor desórden.

Un mediano espejo de marco dorado, roto; los muebles esparcidos; entre ellos fragmentos de loza y de cristal; los libros que yo buscaba tirados acá y allá.

Pero todo el daño causado por aquel destrozo, podia llegar á duras penas al valor de dos mil reales.

Recogimos los libros Cristóbal y yo, y salí del cuarto número 3, preocupado de una manera singular.

Me parecia que en aquel cuarto dejaba algo vivo, algo punzante, que pertenecia á Enriqueta.

LXIV.

Me despedí de doña Gertrudis, salí de la fonda acompañado de Cristóbal, y me trasladé á mi casa con el joyero de Enriqueta debajo del brazo.

—Cuente usted mil duros y lléveselos usted á doña Gertrudis, la de la fonda de Madrid, dije á mi

mayordomo, cuando hube despedido á Cristóbal.

—Cuidado señorito, me dijo don Anselmo, que doña Gertrudis es un culebron de vallado. ¿Ha dado usted ahora en gustar de las mujeres gordas? Tiene buena cara, eso sí, está frescota...

—¿Qué diablos dice usted, don Anselmo? Cuente usted los mil duros, lléveselos usted, y no se meta usted en honduras.

—¡Nada! ¡nada! ¡por mí nada! me respondió don Anselmo: se hará lo que usted manda y punto concluido.

Y don Anselmo salió refunfuñando.

LXV.

Apenas me quedé sólo, me puse á leer los títulos de los libros que habia encontrado en el cuarto de Enriqueta.

El primero que me vino á las manos, fué las *Memorias del Diablo*.

Despues, *La Nueva Eloisa*, *Monte Cristo*, *Amaury*, *La piel de Zapa*, *Los Misterios de París*, *El Judío Errante* y algunos tomos más de novelas francesas de los autores más conocidos.

Lo comprendí todo.

Enriqueta habia anegado en la novela su jóven é impresionable imaginacion y la habia viciado.

¡El mundo de la novela!

LXXII.

Si los hombres escuchasen la voz de su conciencia, habria ménos malvados.

La conciencia es la amiga severa que nos dice siempre la verdad.

Pero la cuestion es, que no hay hombre que anteponga al consejo de la conciencia el mandato de sus pasiones.

La conciencia injuriada se venga despues corroyendo nuestra alma con el tósigo lento y tenaz del remordimiento.

Porque no hay falta que no lleve consigo su pena.

La pena que Dios la ha impuesto.

Yo no debí vacilar: si Sofía por lo excéntrico de su manera de sér me amaba, á nada estaba yo obligado con ella; nada la habia prometido; no la habia hecho concebir una esperanza que dilatase su alma.

Y luego, no se muere de amor.

LXXIII.

Contemplaba yo á cada momento con más ánsia el retrato de Sofía, viendo á través de él por una fascinacion incomprensible la imágen de Enriqueta, pare-

ciéndome que habia entre ellas algo de comun que yo no podia comprender, volviéndome loco en fin, cuando apareció Sebastian y me dijo:

—Un eclesiástico que dice llamarse don Ginés de Alvarez...

—¿Está ahí? dije cerrando instintivamente el estuche en que estaba el retrato de Sofía, y guardándole en el bolsillo interior de mi levita, con la misma precipitacion y el mismo terror con que un criminal oculta las pruebas de su crímen.

—Si señor, me contestó Sebastian.

—Que entre, que entre al momento.

Y salí para recibirle.

Don Ginés adelantó, me estrechó con efusion las manos, y entró conmigo en el salon, yendo á poner su sombrero de canal sobre el velador.

—¿Han llevado ya el equipaje de Enriqueta á casa de usted? le pregunté.

—Sí: y por cierto un bien pequeño equipaje.

—Sí: han robado á la madre y á la hija en la fonda, de esa manera miserable, que no trae, ni puede traer sobre el ladron castigo alguno. Será pues necesario proveerla.

—Haremos lo que podamos, dijo don Ginés.

—Eso corre de mi cuenta, dije.

—No, mientras esté en mi casa, dijo con dulce firmeza el padre Alvarez.

—Sentémonos, dije al padre Alvarez, no encontrando otra cosa mejor que decir.



Al volverse el padre Alvarez vió el retrato de mi tia Magdalena, y retrocedió pálido como un difunto, y fijando una mirada de espanto en el rétrato.

—¿Qué señora es esa? dijo con voz trémula.

—Mi tia Magdalena.

—¡Magdalena! ¡tia de usted! pero usted se llama don Juan de Acebedo.

—Es verdad. Mi tia Magdalena era hermana de mi madre.

Al pronunciar estas palabras, ví que la palidez del padre Alvarez tomaba un aspecto bilioso, que sus labios se pusieron cárdenos, que apareció en sus ojos una horrible expresion de muerte y exterminio.

El clérigo habia desaparecido: de él no quedaban más que la sotana y el manteo.

Se habia transformado.

Era entónces un hombre iracundo y bravo, sediento de sangre.

Pero instantáneamente aquella terrible expresion se borró.

Quedó sólo la palidez densa y el cárdeno color de los labios, y el temblor convulsivo que rápidamente fué extinguiéndose.

—¡Oh! ¡todavía! ¡todavía! exclamó, yo creia...

Y se detuvo.

Luego, alzando los ojos al cielo, dijo:

—¡Nó! ¡nó, Dios mio! yo no soy ya el coronel

don Ginés de Alvarez; yo no soy otra cosa que el humilde sacerdote que olvida y perdona.

Y se sentó fatigado en el sofá.

LXXIV.

Yo, asombrado por lo que veia, aterrado porque se desplegaba ante mí un nuevo y terrible misterio, callé, no atreviéndome á preguntar nada al padre Alvarez.

¡Oh! si yo hubiera podido adivinar lo que se encerraba bajo aquel misterio, jamás le hubiera preguntado nada.

El padre Alvarez acabó de dominarse y me dijo, como si nada hubiera pasado por él.

Es necesario, tratándose de la suerte de esa infeliz, no aventurarse demasiado: todo lo que hoy han hablado ustedes, no tiene verdaderamente fuerza alguna: estaban ustedes dominados por impresiones demasiado fuertes, demasiado extraordinarias; ella está gravemente enferma: apenas mi madre y mi hermana la han puesto en el lecho, se ha dormido profundamente; pero con un sueño muy peligroso, porque más que sueño es letargo: aletargada la ha examinado el médico, aletargada la han sangrado, y la sangría ha aprovechado muy poco ó nada: no debo ocultarlo á usted: el estado de Enriqueta es muy grave; se teme por su vida.

Al oir esto me olvidé completamente de Sofía, y para mí no existió en el mundo nada más que Enriqueta.

—¡Ah! ¡yo quiero verla! dije, ¡yo quiero estar á su lado!

—¿Y para qué? ¿por qué contraer compromisos delante del mundo? tenga usted valor, yo cuidaré de informar á usted de su estado; cuidados no la han de faltar en mi casa: la hemos recibido en ella con todo nuestro corazon; como si fuera nuestra hija.

—Sin embargo, yo...

—Nada, nada: usted no sabe cómo pensará mañana cuando se haya usted curado de la fiebre que le domina: ella, de seguro, si se salva, cuando recobre la salud no se acordará de usted.

—¡Ah! ¡nó! nó, eso es imposible, no quiero creerlo: dije.

—Lo más probable es que se olvide, dijo el padre Alvarez: cuando yo me volví á ella en la capilla del Sagrario, porque la sentí gemir, cuando la hablé, cuando me reveló en el confesonario su triste situacion, estaba ya calenturienta: cuando usted la conoció, volvia de un desmayo causado por su terror á la vista de la muerte; puede usted suponer, sin engañarse, que ha estado usted hablando con una loca: lo repito, cuando recobre la salud, no se acordará ni áun de que ha dejado á su madre en el hospital de locos.

—Pues bien; dejemos correr el tiempo, y luego

veremos si se ha equivocado usted, ó si me he equivocado yo.

—Sí, sí, el tiempo es el mejor consejero, porque el tiempo es la reflexion: el tiempo cura por sí mismo muchas enfermedades.

—Pero entretanto, yo no puedo permitir que se vea usted agoviado por la enfermedad de Enriqueta.

—La caridad y el buen deseo hacen milagros, señor don Juan: la providencia de Dios basta para todo.

—Esto es ya una exageracion.

—Exageracion nó, insisto en ello con toda la fuerza de mi carácter; pero si usted quiere satisfacer su caridad, en el hospital está su madre loca: haga usted todo lo que pueda por la madre, que yo haré por la hija todo lo que pueda, esto es, partir con ella mi techo, mi pan, la suerte de mi familia.

—¡Oh! es usted un hombre admirable.

—Nó, no por cierto; yo no soy más que un hombre desengañado, cruelmente herido por el desengaño, que busca su consuelo y su fortaleza en Dios: quede usted con él don Juan, y espéreme usted todos los dias; yo vendré á traer á usted noticias de nuestra enferma; pero le suplico no envie usted un solo recado; que no vaya usted, que no pase usted siquiera por la calle del Sacramento.

—¡Y si se agrava! ¡y si muere!

—Entónces... veremos. Adios.

Y se levantó, tomó su sombrero de canal de sobre el velador, y salió.

LXXV.

Cuando me quedé solo, volví á sentir la duda horrible de si todo lo que habia pasado por mí aquel dia era un sueño.

Mi cabeza ardia; la sangre golpeaba en mis sienes como un martillo; un sudor frio me cubria todo; zumbaron mis oidos, y despues... despues no me acuerdo de lo que pasó por mí.

LXXVI.

Un sueño pesado, denso, sin recuerdos, sin imágenes, sin vida, que se fué esclareciendo poco á poco, dejándome ver algo fantástico, algo embriagador.

Lo que yo veia era una mujer que se inclinaba sobre mi semblante, que me observaba, entre la cual y yo habia como una especie de niebla azul, á través de la cual veia yo que era hermosa pero sin poder detallar su hermosura, sin poder distinguir quién era, si la conocia ó nó.

Era una imágen bella, pero vaga, que se borraba perdiéndose en el fondo de aquella niebla azul, cuando yo pretendia verla mejor.

Yo no tenia conciencia de mí mismo; yo no recordaba nada; yo no sentia nada, mas que el deseo de ver de una manera distinta, clara, aquel semblante.

Poco á poco, la niebla que se extendia entre aquella cabeza y yo, fué haciéndose más diáfana, hasta que por último, ví de una manera clara aquel semblante.

Me encontré en mi alcoba, en mi cama, bajo sus colgaduras de damasco amarillo.

Una mujer, una jóven, una hada, cuya cabeza veia yo de perfil dulcemente inclinada leyendo un libro en rústica, estaba sentada en un sillon delante de la parte media de mi cama, con la espalda vuelta á ella.

Era blanca como la nieve.

El perfil de su semblante, gracioso, puro, correcto, fuertemente atractivo.

Su cuello largo, esbelto, mórbido, dulcemente redondo, tenia una inflexion deliciosa, y sus magníficos cabellos negros rizados, brillantes, con ese ligero tono azulado del negro intenso, peinados en hondas y en trenzas, parecian por su volúmen y por su abundancia fatigar dulcemente aquella magnífica cabeza tan linda, tan delicada y tan hermosa á un tiempo.

La envolvia una ancha bata blanca de nipis, y por entre sus vaporosas mangas se veian sus brazos nacarados, mórbidos, dulcemente correctos, terminados por dos pequeñas y preciosas manos.

Lo demás hasta el suelo, era una nube de nipis por entre la cual se veia la mitad de un pequeñísimo pié calzado con una botita de color amaranto.

Aquella ilusion, aquel sueño realizado, leia, dejando ver claramente lo absorta que estaba en la lectura.

De tiempo en tiempo, de sus ojos velados por largas y curvas pestañas negras, coronadas por cejas deliciosamente arqueadas y fuertemente negras, rodaba una lágrima, y por los entreabiertos labios de su boca frescamente rosados, salia un ténue pero ardoroso y contínuo suspiro.

LXXVII.

Yo no conocia aquella niña; es verdad que no podia conocerla aunque la hubiera visto mucho ántes de aquel momento, porque yo no tenia recuerdos.

Quise hablarla y no pude.

La voz espiró en mis labios sin sonido; quise moverme, y no pude tampoco.

Me dominaba una laxitud terrible.

La jóven siguió áun leyendo algun tiempo.

Al fin cerró el libro, y al cerrarle leí sobre su cubierta: GENOVEVA.

¿No adivinais quien era aquella mujer que yo por el estado de debilidad de mi cabeza no podia conocer,

aunque sin haberla visto nunca, la conocia demasiado?

Sí, lo sabeis; os lo habrá dicho el título del libro que leia, sobre el cuál caian sus lágrimas.

Era en efecto mi prima Sofía.

Yo entónces no podia juzgar, y, sin embargo, la vista de mi prima causaba en mí una impresion deliciosa, una impresion que yo me atreveria á llamar refrigerante, si no temiera que me lo murmurase algun crítico.

Porque yo escribo estas memorias para publicarlas bajo el nombre del primer escritor que quiera que su nombre aparezca en la portada bajo el título.

Si yo firmase estas memorias, nadie las leeria, porque mi nombre, como autor, es perfectamente desconocido, y yo quiero que las lea todo el mundo.

Porque estas memorias son mis recuerdos del período más importante de mi vida.

LXXVIII.

Despues, al recobrar las fuerzas y la razon, mi recuerdo me ha dicho que aquella niña que estaba junto á mi lecho era mi prima Sofía.

Inmediatamente despues de haber cerrado el libro, se levantó, se inclinó sobre mí y me miró.

Al ver, al sentir de lleno su hermosura, me estre-

mecí, y como si el poder magnético de la mirada de Sofía me hubiese galvanizado, exclamé:

—¡Oh! ¡Dios mio!

Los ojos negros, lucientes, amantes de Sofía, irradiaron una llamarada de alegría, de amor, de pasion, de locura, y volviendo su cabeza hácia la puerta de la alcoba gritó:

—¡Papá! ¡papá! ¡ya ha vuelto en sí! ¡ya habla! ¡está salvado!

Y al mismo tiempo oprimia una de mis manos que estaba fuera de la cobertura de la cama, con una mano ardiente que hacia temblar la emocion.

Apareció en la puerta el marqués de Puertoseco.

Yo no le reconocí entónces, pero recuerdo perfectamente todo lo que desde entónces ví, oí y sentí.

El marqués de Puertoseco tenia puesta una bata de seda chinesca de color de sangre de toro, que caia á lo largo de su estrecho cuerpo como hubiera podido caer á lo largo de un palo.

A pesar de que debia hacer calor, y digo que debia hacer, porque yo entónces no sentia ni calor ni frio, el marqués tenia puesto un gorro de terciopelo negro que hacia más horrible su semblante huesudo, descarnado, cadavérico.

El marqués no debia tomar otra expresion que la inmovilidad, porque no varió de expresion, y dijo con su voz siempre hueca y sepulcral:

—¡Gracias á Dios! ¡ya era tiempo! ocho dias mortales sin saber si se adelanta ó se atrasa, son bas-

tante espacio para aburrir á una piedra: gracias á Dios ya no me dejarás oir la eterna elegía que empezaste á entonar desde que le viste inmóvil, mudo, sin conciencia de sí mismo, hasta ahora.

Sofía volvió su bello semblante hácia mí, y me miró con amor.

Es maravillosa la exactitud con que yo recuerdo hasta los más pequeños detalles de lo que entónces sucedia delante de mí, y no comprendo cómo mi memoria ha podido retenerlos á pesar del estado en que me encontraba.

—¿Cómo se siente usted, Acebedo? me preguntó teniendo siempre mi mano entre las suyas y con una voz dulcísima, conmovida, suspirante y de un timbre encantador.

—No sé, la dije; no siento nada, no sé dónde estoy, no recuerdo nada.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Sofía, ¡entónces, no sabe usted quien soy yo!

—Un ángel, respondí.

—¿No se acuerda usted de su tia Magdalena? me dijo.

Me sucedió lo que acontece cuando se le da cuerda á un reloj que está parado, pero no descompuesto.[1]

Mi alma empezó á andar, es decir, empezó á recordar, á sentir.

—¡Mi tia Magdalena! dije. ¡Ah, sí! una jóven que se parecia á mi tia Magdalena... un retrato...

—¡Oh! ¡sí, sí! ¡mi retrato! exclamó de una manera ardiente Sofía: trae, trae mi retrato papá: es necesario que le ayudemos á recordar.

Y el marqués abandonó lentamente la puerta de la alcoba y desapareció.

Entretanto, Sofía me miraba de una manera tal, que mi sangre acrecia en fuerza, hasta que al fin bajo la influencia de aquella poderosa mirada, sentí latir mi corazon.

El marqués volvió á aparecer trayendo el retrato.

Sofía soltó mi mano, tomó el estuche, le abrió, y me mostró el retrato.

Entónces lo recordé todo, no sé por qué fenómeno, no sé por qué misterio.

Entónces conocí mi dormitorio, mi gabinete; al marqués que estaba á la puerta de la alcoba.

Mi vida presente, se habia anudado en fin, con todas las relaciones de mi vida anterior.

Existia sin embargo un paréntesis.

Los ocho dias que habia pasado sumido en una insensibilidad absoluta; un espacio, en fin, de tiempo cuya duracion, solo podia sentir, ó mejor dicho conocer, por medio del almanaque.

Me acordé perfectamente y con una fuerza maravillosa de mi encuentro con Enriqueta, todo lo que habia visto y sentido, y dicho y hecho desde que la encontré, hasta que caí en mi letargo. Pero la recordé sin amor, sin otro sentimiento que una compasion vulgar.

La compasion que todo el que es medianamente sensible, experimenta por una gran desgracia.

¿Consistia esto acaso, en que estaba bajo la influencia de la irresistible hermosura, de la candente mirada de Sofía?

Y, sin embargo, recordaba perfectamente la espiritual, la magnífica hermosura de Enriqueta.

Yo era un hombre muy vulgar: mi sentimiento estaba viciado; yo era una contradiccion viviente entre mi manera natural de ser y mi manera artificial de sentir.

Mi materia estaba en completa disonancia, en completa inarmonìa con mi espíritu.

Yo habia hecho muy bien hasta entónces en huir del amor, porque si yo me hubiera entregado ántes á él, me hubiera sucedido lo que me sucedió desde el momento en que me ví puesto en contacto con dos mujeres hermosas y espirituales.

Amaba entónces alternativamente á la una y á la otra, segun que la una ó la otra estaba más cerca de mí.

Si alguna vez las hubiera tenido juntas delante de mí á las dos, no sé lo que hubiera sucedido, porque las hubiera amado á las dos del mismo modo.

Eso tiene una explicacion muy sencilla: consistia, lo repito, en que mi sentimiento estaba viciado, en que era un sentimiento novelesco, un sentimiento artificial.

LXXIX.

—Estoy indudablemente en mi casa, dije, pero no comprendo cómo están ustedes en ella.

—¿Cómo, siendo parientes tan próximos de usted habiamos de permitir que estuviese usted entregado á los criados?

—¡Oh! gracias, dije; no es que yo lo sienta: para mí es una felicidad el haber vuelto de mi letargo para ver á usted, prima: lo que yo quiero decir es, que no comprendo cómo han tenido el buen juicio mis criados de no oponerse á que ustedes se instalen en mi casa.

—Eres un pobre muchacho, Juan, me dijo, hablándome por primera vez de *tú*, el marqués de Puertoseco: tú no sabes lo canallas que son los criados; me bastó con decirles que tu tia Magdalena habia sido mi esposa, y con que viesen como comprobante que tu prima era el retrato viviente de tu tia, para dejarme tomar pacífica posesion de tu casa: si esto lo hubieran hecho gratis, hubiera sido una estupidez: pero como tu mayordomo don Anselmo lo ha hecho por veinticinco onzas que le he dado, y los otros por dinero que han recibido, su condescendencia asciende á la categoría de infamia: porque, ¿qué sabian ellos si yo era tu amigo, ó tu enemigo? te aconsejo que en cuanto te levantes los eches á todos á la calle.

—Puede usted hacerlo por sí mismo; tio.

—Mira: no me han faltado dos dedos para ello; no lo he hecho por evitar habladurías; pero me he tomado algunas libertades necesarias de que voy á darte cuenta.

—¡Por Dios, papá! dijo Sofía; está muy débil y le fatigamos demasiado.

—No, dije; siento el cuerpo débil, pero la razon firme, la cabeza despejada; no lo comprendo; pero esta nueva inverosimilitud no me extraña: me voy acostumbrando á lo inverosímil.

—Su voz de usted es débil; se fatiga usted hablando; dijo Sofía.

—No, hija, no: esto no es más que aquello del espíritu fuerte y la carne flaca: pero hombre si te hemos sacado del cuerpo, es decir, te la ha sacado uno de esos asesinos necesarios que se llaman médicos, no sé cuantas libras de sangre: yo respeto mucho los preceptos de estos señores, pero creo que si no te hubieran sacado una sola gota de sangre, hubieras vuelto en tí, cuando más tarde á las veinticuatro horas: y gracias á que yo no quiero que Sofía se desespere y me opuse rotundamente á que te sacasen más sangre, que si no es por esto, cuando vuelves de tu letargo te encuentras en la eternidad.

—¡Oh! ¡qué cosas dices, papá!

—Hace dos dias, continuó el marqués, envié enhoramala al médico, dejé á la madre naturaleza que obrase, y ya ves el resultado: estás vivo: voy á

mandar que te den una taza de caldo, y para que Sofía no se alarme te dejaremos reposar.

Y el marqués tiró del cordon de una campanilla.

LXXX.

—El hablar no me fatiga, dije á mi tio, y más que de reposo, tengo necesidad de satisfacer mi curiosidad: como que he estado sin sentir nada, segun ustedes dicen, ocho dias.

—Vamos claros, no sea que por satisfacer tu curiosidad, te esfuerces, y retrocedamos y sea peor que la enfermedad la recaida: ¿cómo tienes el estómago?

—Ni bien ni mal, tio: no le siento.

—¡Dichoso tú! yo tengo perennemente en el estómago un mónstruo que me le muerde, que no se sacia nunca, que no cesa un momento, al que me veo obligado á adormecer con opio para que muerda con ménos fuerza: yo no puedo tomar, Juan, más que féculas muy claras, y la infame tapioca me tiene desesperado: si yo tomara esa taza de caldo que trae en este momento Sebastian, por más que quisiera reprimirme, aturdiria á gritos la casa.

Sofía tomó el platillo en que venia la taza de caldo de manos de Sebastian, que se acercó á mí y me incorporó, porque yo que podia hablar y razonar, por-

que tenia la cabeza fuerte, tenia el cuerpo tan débil que no podia levantarme.

Despues, ya completamente restablecido, he consultado á algunos médicos, amigos mios, y me han dicho que no comprendian, ni podian comprender fisiológicamente hablando la discordancia en aquellos momentos, entre la fuerza de mi espíritu y la debilidad de mi materia.

Sobre todo, la taza de caldo fuerte, es decir, de excelente caldo, que entónces me dieron, les horrorizaba.

Ellos no comprendian en aquella situacion otra cosa que caldo de pollo tísico, ni más ni ménos, confeccionado en la proporcion de seis cuartillos de agua por pollo.

En vano pretendia yo hacerles creer que todo en mí era inverosímil.

LXXXI.

Cuando Sofía acercó á mí la taza, no pude ménos de extrañarla.

La taza y el platillo eran dos magníficas piezas de plata cincelada.

—Esta taza, dije, no es mia: la vajilla de casa es más sencilla y más antigua.

Sofía entretanto enfriaba el caldo como una enfermera.

—Esa taza, señorito, dijo Sebastian, pertenece á la magnífica vajilla del señor marqués.

—Es una de las libertades que me he tomado, dijo mi tio; pero es lo mismo, Juan, porque esa vajilla, forma parte del dote de tu prima, que es ya casi tu mujer.

Me sorprendió de tal manera esta salida intencionada de mi tio delante de un criado, que no supe qué contestar.

Sofía, además, me miraba de una manera enloquecedora.

—Otra de las libertades que me he tomado y que ha sido de todo punto necesaria, es la de haber habilitado para mi hija la alcoba grande del salon.

—¡Cómo! ¿pues qué ha hecho usted del lecho donde murió mi padre?

—¡Bah! le he mandado llevar á los desvanes con los muebles viejos.

—¿Y el altar? exclamé cubierto de sudor frio á pesar de la debilidad de mi organismo.

—Se le ha puesto en el salon bajo que se habilitará de capilla: en vez de la vieja cama de caoba que habia en la alcoba, se ha puesto una bellísima cama nupcial de bronce dorado y cincelado de las últimas que han llegado de Inglaterra, y que con todos los muebles necesarios para el dormitorio de dos esposos, y todos los que exigen el tocador y gabinete particular de una señora, ha venido de Madrid, el mismo dia que me instalé en tu casa: despues, y con

más tiempo, han venido los muebles de buen gusto que eran indispensables en el gran salon, en el cuarto que he elegido para mí, y en tu despacho: todo lo que aqui habia era bueno, pero antiguo, feo: he creido, pues, que debia renovarlo todo.

Sofía entretanto me hacia tomar con una paciencia de ángel el caldo.

—He aumentado además la servidumbre con el aya de mi hija que se lleva perfectamente con tu mayordomo; con las dos doncellas de Sofía, con mis dos ayudas de cámara, y con mi cocinero: la vieja que tenias al frente de tu cocina se ha quedado de pinche, y al fin se puede comer en tu casa: es decir, puede comer mi hija, porque yo, propiamente dicho, no como; bebo: el primer dia tu cocinera trató á Sofía peor que como nos trataban en la fonda, que es cuanto se puede decir.

—¿Le ha sentado á usted bien el caldo, mi querido Juan? me preguntó Sofía.

—¡Oh! ¡sí! ya empiezo á conocer que tengo estómago, la contesté, absorbiendo con ansia su mirada de amor en mi mirada.

—Pues bien, dijo Sofía; vamos á dejarle á usted solo; no debemos fatigarle á usted más: de tiempo en tiempo, yo entraré.

Se puso, sonriendo, su pequeño dedo en su boca mandándome que callase, salió llevándose consigo á su padre, cerró las vidrieras, y corrió las cortinas.

LXXXII.

Apenas me quedé solo, sentí vaguedad en mi cabeza y en mi vista: mi espíritu se ponia en armonía con mi materia.

Aquello era indudable.

Lo que habia sostenido la fuerza de mi cabeza, el esclarecimiento de mi razon, la diafanidad de mi vista, habia sido sin duda, la influencia magnética de la hermosura, de la mirada, del sér de Sofía.

He dicho influencia magnética, como pudiera haber dicho, influencia desconocida, ó misteriosa más bien.

La verdad es, que mi estado era anómalo.

Aunque al apartarse de mí Sofía habia yo sentido debilitarse mi actividad intelectual, conservaba, sin embargo, mi pensamiento, fuerza bastante para que yo pudiera hacerme cargo de mi situacion.

Lentamente el recuerdo de Enriqueta fué inflamando mi pensamiento con no sé qué ardiente y dulce influencia.

Tal vez en estos momentos, decia para mí, se encuentra en el mismo estado que yo; tal vez á esta sensacion dulce que por ella experimento, responde otra sensacion igual que ella experimenta por mí: ¿pero por qué no habrá venido á verme el padre Al-

varez? ¿por qué al volver de mi letargo no le he visto á mi lado?

De improviso sonó en una habitacion inmedíata el preludio de un piano.

Una armonía dulce, leve, casi fantástica.

Sofía volvió á llenar mi pensamiento de una manera exclusiva, absoluta: Sofía era sin duda la que tocaba el piano, y la influencia de su sér llegaba hasta mí, envuelta en aquel sonido.

Luego el piano produjo una armonía deliciosa, y una voz pura, argentina, infiltrada de sentimiento y de pasion cantó un trozo de la *Lucia*.

Yo no acabé de escuchar aquella aria; me dormí bajo su influencia.

Me dormí, porque soñé.

LXXXIII.

Dormia con delicia.

Sentia yo en medio de mi sueño, que aquel sueño me refrigeraba.

Con mucha frecuencia en medio del sueño veia yo medio despierto, medio dormido, en la penumbra que producia en mi alcoba la débil luz de una lámpara de noche, el semblante cuidadoso de Sofía, que se inclinaba sobre mí y me examinaba.

Alguna veces, esclareciéndose más el insomnio, reflexionaba yo de una manera instintiva, porque en

mi reflexion no tenia parte la voluntad, y me decia.

—¿Qué hace ella aquí en medio de la noche? ¿será cosa decidida mi casamiento con ella? sólo una casi esposa, como ha dicho mi tio, puede velar tan de cerca á un hombre que no es su hermano.

Y el pensamiento de que Sofía iba á pertenecerme, inflamaba el corazon y me le oprimia á un tiempo.

Detrás de Sofía, mirándome de una manera severa, veia yo á Enriqueta, pálida como una muerta y con los dorados cabellos peinados de un modo extraño.

Una atmósfera luminosa pero fria, rodeaba aquellas dos cabezas que yo veia en mi delirio.

Y dentro de esta atmósfera, alrededor de la cabeza de Sofía, cuyo semblante resplandecia de pasion y me sonreia, veia yo una aureola roja.

Alrededor de la cabeza de Enriqueta, que me miraba severa, triste, surcadas las mejillas por lágrimas, veia una aureola verde, lívida, fantástica.

Y mi pensamiento de amor abarcaba á un mismo tiempo á las dos.

Yo era el sér más desventurado de la tierra.

No podia partirme; no podia hacer á un mismo tiempo la felicidad de aquellas dos mujeres que me amaban.

LXXXIV.

Es necesario omitir todo lo que sucedió alrededor de mi lecho mientras estuve retenido en él.

Mientras yo estuve débil, mientras me mantuve en la alternativa de la lucidez y de la vaguedad de mi razon, Sofía no se movió de mi cuarto, ó del lado de mi lecho, ó de la habitacion inmediata donde tocaba á ratos y deliciosamente el piano, cantando la música más sentida del repertorio moderno.

Pero cuando ya pude valerme, cuando ya tomaba alimento, cuando estaba convaleciente, Sofía desapareció, y quedó cuidándome exclusivamente el marqués, que no dejaba solos ni un momento conmigo á mis criados.

Yo no habia visto ni una sola vez á un médico.

Al fin, á los quince dias de haber vuelto de mi letargo, pude levantarme y andar por mi cuarto.

LXXXV.

Al pasar de la puerta vidriera, al ver mi cuarto, no le conocí: sólo quedaban de él la tapicería de damasco amarillo, y el techo de madera labrada.

Mesa, sillones, estantes, labavo, armeros, arma-

rios, todo era de roble tallado, fileteado de oro, precioso, rico, bellísimo, pero que no era mio.

Nadie habia en mi cuarto.

Se me habia llevado la ropa para que me vistiese, y yo me habia vestido sin llamar y sin pedir licencia á nadie.

Me sentí fuerte, y ansioso por ver si la trasformacion que se habia hecho en el estrado, en la pieza principal de la casa, era tan completa como la que se habia hecho en mi cuarto, abrí la puerta de escape y entré en el salon.

Me asombré y me irrité á un tiempo.

El pavimento estaba cubierto en toda su extension por una magnífica alfombra de verano de hule estampado, aleman, rico y bello como un mosáico antiguo.

La sillería era dorada, matizada, admirablemente tallada, con los asientos y los respaldos de brocatel de plata, oro y seda.

Entre los balcones habia admirables consolas, sobre las consolas relojes de bronce, candelabros de plata cincelada y gigantescos espejos sobre la tapicería.

Del centro del gran techo de madera, pendia una magnífica lámpara de bronce dorado con doce bombas.

En las cuatro rinconeras, magníficos jarrones del Japon; dos otomanas circulares de brocatel del mismo género de los asientos y de los respaldos de la sille-

ria, se veian á los extremos del salon, y en medio, un velador oblongo de mármol blanco, con pié de bronce, y sobre él álbums, grandes libros con ricas encuadernaciones, y una preciosa reduccion en bronce de la estátua de la Venus de Milo.

Todos los portiers, todos los guardamayetas de las puertas y de los balcones, eran del mismo brocatel de la sillería, y los pobres vidrios verdosos que yo habia respetado, se habian convertido en grandes y diáfanos cristales de Venecia.

Sólo habia allí de lo antiguo, la tapicería de damasco rojo, el techo, las puertas y los retratos de familia; el árbol genealógico y el gran escudo de armas con los innumerables cuarteles de mi casa.

Pero los cuadros místicos habian desaparecido por completo, y en la parte de pared que habian dejado descubierta se habian colocado los retratos de mis abuelos que estaban ántes entre los balcones.

Habia además dos retratos intrusos, cuyo marco dorado moderno, estaba en disonancia con los marcos antiguos y de dorado sucio por el tiempo, de los otros retratos.

Aquellos dos retratos nuevos que afortunadamente tenian el tamaño de los otros, eran el de Sofía y el del marqués.

El de mi prima, estaba colocado á la derecha del de mi padre, formando simetría con el de su madre, con el de mi tia Magdalena que estaba colocado á la izquierda del de mi madre, y á la izquierda

del de Magdalena, se veia el del marqués con uniforme de teniente general.

No sabia yo entónces si este uniforme era por grande de España, ó porque mi tio perteneciese al ejército.

Mi prima estaba representada en traje de etiqueta, descotada, y hermosísima.

A primera vista parecia que los retratos de mi tia y de mi prima eran una duplicacion.

No se diferenciaban más que en la actitud, en el traje, en la manera de estar pintados.

Por lo demás, el retrato de mi tia era infinitamente más artístico que el de mi prima.

El de mi tia era una obra maestra, y el de mi prima una obra bonita.

LXXXVI.

La vista de todo esto me irritó.

Yo me creia huesped en mi casa, no dueño.

Me habian matado todos mis recuerdos.

Cada uno de los viejos muebles que habian arrojado de allí, era un antiguo amigo mio.

En todos ellos se habian apoyado mis pequeñas manos de niño, cuando necesitaba apoyarme en algo para andar: allí en aquel testero, en el antiguo sofá, habia yo visto sentada á mi madre jóven, allí la habia visto sentada en su edad madura.

Siempre que yo pasaba junto aquel sofá, me parecia ver á mi madre charlando con alguna vieja amiga.

Siempre que me sentaba en él, me parecia tener al lado á mi madre, creia oir su voz cariñosa.

Con aquellos muebles viejos, con aquellos cuadros místicos, con aquellos vidrios verdosos, con aquellos cortinajes de damasco, se habian llevado mis recuerdos de familia, me habian robado parte de mi vida, porque la vida del hombre se compone de pasado y porvenir, de recuerdos y esperanzas.

Si en un momento de nuestro presente, hombres ya, olvidásemos por completo nuestro pasado, nos encontrariamos empezando á vivir viejos.

Lo pasado no existe, es cierto, pero por el recuerdo determina la duracion de nuestra vida.

Sí, lo pasado forma parte de nuestra vida, y como lo pasado nó vive sino por los recuerdos, hay no sé qué misteriosa relacion entre nuestra vida y el objeto inanimado que nos presenta contínuamente un recuerdo vivo.

Así viven en los monumentos de piedra el carácter, los grandes recuerdos y las creencias y las costumbres de generaciones muertas.

Así vive de una manera simbólica la historia de un pueblo.

Y aquellas piedras son inanimadas, son mudas; pero hablan y viven con la voz fantástica de los recuerdos.

Con aquellos muebles se habian llevado parte de mis recuerdos, parte de mi pasado, parte de mi vida.

Aquellos otros, nuevos, ricos y bellos muebles, no me decian nada, no me conocian; no representaban más que lujo.

Y el lujo no habla al corazon.

LXXXVII.

Me irrité.

Aquella transformacion pesaba de una manera fria sobre mi alma.

Yo no conocia mi casa: me habian arrojado de ella.

No encontraba yo razon para tal enormidad, para tal atrevimiento.

¿Quién era allí el dueño? ¿mi tio ó yo?

¿Con qué derecho se habian violentado mis inclinaciones?

¿Por qué quitar del alcance de mi mano los muebles que habian tocado mis padres y mis abuelos?

Por una razon de vanidad; por un capricho de niña voluntariosa.

Porque como mi tio no hacia más que lo que queria su hija, era indudable que la autora de aquella transformacion, de aquella profanacion, habia sido Sofía.

Enriqueta no hubiera hecho aquello; Enriqueta hu-

biera amado mis viejos muebles, porque los amaba yo.

Este pensamiento inclinó mi corazon á Enriqueta, y me hizo sentir una especie de aversion á mi hermosa prima.

Por aquel momento Enriqueta triunfó.

Mi ardiente recuerdo se volvió á ella, y me decidí á romper con mi tio y con mi prima, á emanciparme de su tiranía.

Pero no contaba yo con la debilidad de mi carácter.

Con la influencia irresistible que ejercia sobre mí la exuberante, la incomparable hermosura de Sofía.

Pero al entrar en el sagrado recinto donde yo habia nacido, donde habian muerto mi madre y mi padre, en el viejo nido de mi familia, me estremecí: el altar y el lecho mortuorio de mis padres habian desaparecido.

En su lugar habia un tálamo nuevo, un tálamo vírgen, y pasando junto á él, adelantaba Sofía que al abrir yo la puerta de cristales habia entrado en el dormitorio por la puerta de escape.

LXXXVIII.

Mi aversion á ella desapareció desde el momento en que la ví, y me olvidé de todo para no pensar más que en ella.

¡Ah! ¡bravo! exclamó con una viva alegría: ya

tenemos hombre, ya lo que ha pasado no es más que un sueño fatigoso.

Y salió, me asió una mano, me llevó consigo, se sentó en uno de los sillones del lado del sofá en el que yo me senté.

—Pálido aún, pero fuerte, ¿no es verdad? me dijo con sumo interés, y sin soltar mi mano.

Yo la miraba extasiado.

Tenia rizados en largos bucles los cabellos que formaban un rico marco á su semblante y á su garganta, y vestía una bata de batista con ceñidor de seda azul celeste.

Emanaba de ella un perfume delicioso, puro, fresco.

El perfume múltiple del amor, de la pureza, de la hermosura, de la juventud.

Yo estaba embriagado.

Era cosa decidida; tratándose de Sofía, yo no tenia voluntad.

Me fascinaba.

Sofía estaba segura de ello, lo veia, lo sentia, y parecia completamente feliz.

Y el sentimiento de la felicidad la hacia parecer más hermosa; la rodeaba de una especie de aureola que la hacia parecer ideal.

—¡Cuánto se va á alegrar papá cuando vea á usted fuera del lecho, y fuerte!

—Mi tio se alegrará por usted.

Sofía se puso encendida, y como para desviar la

conversacion del giro que iba tomando me dijo:

—¿No es verdad que este salon parece más grande, más claro, y más bello?

—Está puesto con mucho gusto, Sofía.

—¡Ah! ¡sí! ¡le gusta á usted! pues me alegro, me alegro mucho: yo estaba temiendo que no le gustase á usted...

—Todo lo que de usted proviene, Sofía, es para mí encantador.

—¡Oh! ¡gracias! dijo mi prima poniéndose de nuevo encendida.

—Y sin embargo, continué, yo amaba mucho aquellos viejos muebles.

—¿Si? me dijo Sofía con un acento singular.

—Hablaban á mi corazon con el lenguaje de los recuerdos.

—¿Sí? pues me alegro mucho de haberlos mandado quitar, de haberlos sustituido, dijo con impaciencia Sofía; porque yo no quiero que nada hable á su corazon de usted más que el amor hácia su esposa, hácia mí: digo esto, Juan, porque sé que nuestro casamiento es cosa resuelta entre usted y mi padre, y que tardaré muy pocos dias en ser la mujer más venturosa de la tierra: digo mal, lo soy ya.

Y el semblante de Sofía se encendió de una manera infinitamente más viva que las veces anteriores, y una mirada inmensa, la mirada de amor de la vírgen esposa, ardió en sus ojos y me enloqueció.

Ni áun pensé protestar de la falsedad, que sin

duda engañada por su padre acababa de decir Sofía, porque su padre y yo nada habiamos determinado respecto al casamiento.

—Si los antiguos muebles recordaban en usted, mi querido Juan, ótros tiempos y otras cosas, estos muebles como provienen de mí, representarán para usted mi recuerdo: ya hemos dejado á usted y nos hemos quedado con ellos los retratos de nuestros abuelos: ellos son el recuerdo de nuestra familia: ¿para qué más? he mandado quitar de aquí los cuadros místicos: los santos no están bien en un salon; su lugar propio y digno es el oratorio.

—Siempre es buena la proximidad de los santos, Sofía, la dije sonriendo; nuestros abuelos tenian por todas partes imágenes de santos al alcance de su vista; hasta en el dormitorio.

—¡Costumbres de tiempos viejos! dijo impacientándose de nuevo mi prima; usted, mi querido Juan, adolece de un gusto decidido por las antiguallas: hoy la religion ha tomado una forma más bella, más sentimental, más espiritual, porque prescinde de viejos fanatismos: yo soy muy piadosa, pero me gusta unir á la belleza de la religion, á su santa belleza, la belleza del arte, la belleza de la forma: el salon de abajo es extenso, alto de techo, se ornamentará de una manera sencilla, pero bella, y tendremos un oratorio de muy buen gusto.

—Es decir, un oratorio gentílico, exclamé.

—Vamos, dijo Sofía reprimiéndose, pero nublando

su bello semblante; confio en que mi amor será para usted un renacimiento y le hará olvidarse de sus añejas propensiones: si podemos unir á lo bueno lo bello y lo nuevo ¿por qué no hacerlo?

—Protesto, que yo no he hecho más que chancearme, mi adorada Sofía.

—Pues me contrarían un poco esas chanzas, porque no sé por qué creo se oculta tras ellas una verdad terrible.

—¿Cuál?

—La de que no soy amada como quisiera serlo.

—¿Cómo no amar á la mujer que ha velado junto á nuestro lecho, que hemos visto á través de nuestro letargo, inclinada sobre nosotros, anhelante, con la caridad de un ángel?

—Nó, nó; con la caridad, nó: con el amor, con la agonía del corazon, dijo de una manera ardiente Sofía poniéndose de nuevo vivamente encendida; con el anhelo de la esposa por el esposo del alma.

—¿Y cómo olvidar esto? ¿cómo no amar á la mujer que tanto ha llorado y sufrido por nosotros?

—El amor del agradecimiento, dijo Sofía bajando los ojos y poniéndose gravemente séria, me humilla: sí, esta es la expresion, me humilla: yo quiero ser amada de una manera necesaria, sin que la reflexion tome parte en ello; de una manera fatal, precisa: quiero ser amada con toda la voluntad, con toda la vida: quiero en fin, la consagracion del sér de usted

á mi sér, que no seamos más que uno, una sola voluntad, una sola alma, un solo amor.

—¿No te habia dicho que mi hija era sentimiento puro? dijo el marqués que habia entrado en el salon y se habia acercado á nosotros, sin que nosotros profundamente distraidos lo hubiéramos sentido: pues bien, ya lo estás viendo; Sofía, es un sér encantador, un sér completamente artístico, una imaginacion soñadora que no sueña más que lo bello, lo esencialmente bello: tú verás como te sucede con ella lo que me sucede á mí: yo soy un sér nulo, yo obro siempre por el impulso de Sofía, y tú obrarás del mismo modo.

—Eso no es completamente exacto, dijo Sofía sonriendo; tú haces todo lo que yo quiero, mejor dicho, adivinas lo que deseo, porque me amas: y no me amas tú por agradecimiento, nó, como este caballero me ama.

—Juan te ama, porque al verte ha enloquecido, y no es eso completamente exacto; tiene más mérito su locura para tí; ha enloquecido al ver tu retrato.

—¿Es eso verdad, Juan? me dijo Sofía con enternecimiento.

—Sí, loco, completamente loco, de una manera incurable, y con mi locura feliz.

LXXXIX.

El marqués me tomó el pulso, observó un momento, y luego dijo.

—Pero hé aquí un loco que está completamente en estado normal, y con fuerzas suficientes para que nos atrevamos á algo.

Y tiró del cordon de la campanilla.

—¿Y qué algo es ese á que nos hemos de atrever? dijo Sofía.

—A un pequeñito viaje, muy cómodo.

En aquel momento se presentó un criado que debia ser de los del marqués, porque yo no le conocia.

—¿Qué manda vuecencia?

—Avisa en el despacho del ferro-carril, que reserven un coche de primera clase: que hagan las maletas de los señoritos y la mia, que nos avisen cuanto ántes para comer, y nada más.

El criado del marqués salió.

Yo estaba aturdido.

El marqués disponia de mí, como habia dispuesto de mi casa.

—¿No será una imprudencia el hacerlo viajar, aunque sólo sea por tres horas?

—Principios generales acerca de los convalecientes, Sofía: cuando el médico manda que se les dé caldo de pollo, se les da caldo de pavo; cuando que

tomen un poco de fécula ó tapioca muy claras, se les da una buena sopa y algo de ave asada; cuando mandan que se les ponga un aloncito y un poco de pescado blanco cocido, se les da de comer formalmente: la cuestion es tener estómago, Sofía: del mismo modo, cuando el médico manda que el enfermo se levante dos horas y que todo esté herméticamente cerrado, si el enfermo no está débil, si no se le va la cabeza, lo mejor es hacerle respirar un aire puro cuanto ántes sea posible: este viaje de tres horas y á tu lado, es el último remedio que necesita Juan, y ya verás, cuando lleguemos á Madrid, como él mismo se confiesa más fuerte y más ágil, y con más salud que ántes de su enfermedad.

—Yo lo creo tambien, dije, pero mi permanencia en Toledo es precisa.

—¿Y para qué? dijo Sofía: ¿no le agrada á usted la idea de que mañana vayamos á pasear con papá á la Fuente Castellana y á sentarnos en cierto banco de piedra junto á la noria? me dijo Sofía con una sonrisa encantadora que tenia en su expresion algo de mandato.

—Partiré, dije.

—¡Oh! era necesario, dijo el marqués, bien lo sabia yo; ya somos esclavos los dos de la voluntad de Sofía; esto es, de su amor.

XC.

A las ocho de la noche, es decir, al oscurecer, partia un tren de la estacion de Toledo, en uno de cuyos coches de primera clase íbamos Sofía, el marqués y yo.

Efectivamente, el marqués no se habia engañado.

El aire libre me habia sentado perfectamente: me sentia completamente restablecido.

Yo hubiera hecho con placer aquel pequeño viaje, á no ser porque un lazo misterioso me unia á Toledo.

Sentia un malestar pesado.

Una especie de inquietud en el alma, que se parecia mucho al remordimiento.

Enriqueta se quedaba en Toledo, tal vez muerta.

Su madre, loca, estaba en el hospital.

Por la primera vez, desde que conocí á Sofía, la proximidad de esta, su mirada, su palabra, su perfume, no me hacian olvidarme de todo.

¡Fenómeno singular! Amaba con toda mi alma á mi prima, con todo mi sér, con todo mi deseo, y sin embargo, no podia olvidarme de la pobre Enriqueta.

Sufria horriblemente, y no podia calmar mis sufrimientos la ardiente expresion de amor que se exhalaba de las palabras de Sofía.

Y luego, ¿por qué aquel viaje tan repentino, en el

mismo dia en que acababa de dejar el lecho donde habia sufrido una grave enfermedad?

Todo lo que sucedia era inverosímil.

XCI.

Llegamos á Madrid á las once, y entramos en un carruaje del marqués que éste habia avisado por el telégrafo le esperase en la estacion.

Este carruaje nos llevó á una gran casa á la calle del Barquillo.

Desde el portal se comprendia que aquella casa habia sido construida bajo la inspiracion de Sofía.

Todo era bello, todo elegante, todo caprichoso.

Sofía habia tenido el buen gusto de no aprovecharse de adornos tomados de otra parte, sacados de su lugar.

Todo era blanco, brillante, delicado.

Por unas suaves escaleras de alabastro subimos al piso principal, y por una sucesion de antecámaras llegamos á un gran salon en que no podia pedirse ni más gusto, ni más elegancia, ni más sencillez, ni más belleza.

Mi tio debia ser inmensamente rico, y digo que debia ser, porque para que todo en mí fuera inverosímil, yo, propiamente dicho, no conocia á mi tio, aunque me encontraba respecto á él en una situacion tan íntima, como que, sin haber convenido yo en

nada, sin haber consultado mi voluntad, estaba convenido que yo me casase con mi prima.

Es verdad que todo esto provenia de la debilidad de mi carácter; porque si bien era cierto que Sofía me fascinaba, tambien es cierto que el recuerdo de Enriqueta, intenso, ardiente, se aferraba, por decirlo así, cada vez más á mi pensamiento; y áun pudiera decir que á mi conciencia.

Porque yo veia á aquella desdichada en el seno de una familia que la habia acogido por caridad, loca su madre, enferma ella, sola en el mundo, pesando sobre una familia pobre, sobre una noble y digna familia, que no habia vacilado en partir su pan con la pobre huérfana.

¡Yo la habia abandonado!

Yo no habia tenido fuerza de voluntad para emanciparme de la tiranía del marqués de Puertoseco, para cumplir con mi deber quedándome en Toledo y corriendo al hospital de locos á arrancar de él á la desventurada madre de la mujer que amaba.

Porque amaba á Enriqueta; no tenia duda de ello.

En las tres horas invertidas desde Toledo á Madrid, habia sufrido tanto de una manera instintiva á medida que el vapor me alejaba de Enriqueta, que no podia tener duda de que la amaba con toda mi alma, de que lo que por ella sentia era amor de raza pura, ese amor que nada extingue, que crece con el tiempo y con la distancia.

Antes de llegar á Madrid, sabia ya á qué atenerme respecto á mi corazon.

Amaba dos mujeres.

A la una, á Enriqueta, natural, fácil, necesariamente, como á una parte de mí mismo, como á una parte de mi alma, como á una duplicacion de mi sér, como á mi yó hembra.

El amor de Enriqueta era para mí dulce, fresco, suavemente perfumado, tranquilo, deliciosamente puro.

Todo en ella era simpático para mí: la figura, la mirada, el acento, las maneras, la forma, el dulce blanco de su tez, el bello azul de sus ojos, el rubio delicado de sus ricos cabellos, su manera de sér y de sentir.

Ella era mi paz, mi alegría, la tranquilidad de mi conciencia, mi ángel humano, puro y resplandeciente.

A la otra mujer, á Sofía, no sé si la amaba, porque luchaba con un no sé qué misterioso que se desprendia de ella para mí; pero yo no hubiera podido ver sin rabia, sin desesperacion, á otro hombre dueño de Sofía.

Y, sin embargo, su imaginacion soñadora me hacia mal al revelarse en ideas que yo no podia ménos de encontrar extrañas, artificiales.

Su sentimentalismo exagerado me sabia, me olia, me sonaba á novela de Balzac.

Yo no encontraba bajo aquel sentimentalismo un corazon; sino un vacío.

Sofía, además, me parecia voluntariosa, y que sufria mal que se la contradijese, por más que la contradiccion fuese dulce y cariñosa.

Para estar en buena armonia con ella era necesario, no sólo pensar, por decirlo asi, con su pensamiento, ver con sus ojos, representar contínuamente, sin descuidarse nunca, el fatigoso papel de héroe de novela; ser excéntrico, exagerado; pero exagerado, y excéntrico á la manera de ella; ser en una palabra, una novela viviente de estilo bello, vivir de artificio, sentir con la imaginacion, subordinarlo todo á lo falso, á lo vago, á lo indemostrable.

Y á pesar de todo esto que yo comprendia perfectamente, el sólo recuerdo de Sofía inflamaba mi alma, no podia escuchar su voz sin estremecerme, no podia ver su mirada sin enloquecer, sin sentir una agonía penosa; pero llena de un goce devorador.

Yo veia siempre á Sofía transfigurada en un arcángel de fuego; yo me sentia asombrado, dominado, absorbido por su hermosura, que para mí era candente, sobrenatural, irresistible.

Para mí Sofía era la tromba de aire abrasador que me arrastraba consigo destrozándome el corazon al apartarme de Enriqueta, del tranquilo sueño de felicidad de mi alma.



XCII.

Fuí aposentado magníficamente en casa de mi tio que puso à mis órdenes no sé cuántos criados.

Al dia siguiente, despues del almuerzo, el marqués me llevó á su cuarto, me hizo sentar y me dijo:

—Es necesario pensar sériamente en tu casamiento con Sofía; la dispensa está ya pedida y tambien recomendada, que tardará muy poco en venir: tal vez ántes de un mes. Bueno es que convengamos con tiempo en lo que ha de hacerse: en cuanto os caseis yo me emancipo de la tiranía de mi hija y te dejo á tí en mi lugar para que devores la felicidad punzante de su amor y la hagas feliz á costa tuya.

—Tio, dije al marqués; es usted el padre más inverosímil que puede darse.

—¿Por qué? porque conozco los defectos de mi hija. ¡Ah! ella ha sido mi castigo, mi expiacion: porque, bueno es que lo sepas; no sólo no he sido un santo, sino que he tenido y tengo mucho de demonio. Sí, Sofía ha sido mi expiacion, ha contrariado todos mis proyectos, me ha esclavizado, me ha arrastrado consigo, me ha llevado hasta el punto de que te case con ella, y te lo aseguro, el casarla contigo es la mayor contrariedad, el sacrificio más horrible que podia exigírseme.

—¿Y por qué, tio? le pregunté con asombro.

—Porque te aborrezco de muerte: contestó el marqués sin cambiar de acento, sin irritacion, de la manera más tranquila del mundo.

—¡A mí! exclamé poniéndome pálido, á impulsos de una cólera sorda, ¿y por qué, señor marqués?

—Porque aborrezco á todo lo que tiene relacion con tu tia Magdalena.

—¡Con su mujer de usted!

—Sí, con mi demonio.

—Señor marqués, esto es ya demasiado; yo no puedo permitir que siga usted usando ese lenguaje; yo no conocí á mi tia Magdalena, sólo la he conocido por su retrato: estaba en un colegio cuando usted se enamoró de ella, y por accidente, nosotros viviamos en una poblacion algo distante del colegio en donde estaba terminando su educacion, demasiado larga, mi tia Magdalena, porque ya tenia diez y siete años.

—Esto consistia en que tu abuelo materno era el hombre más ridículo, más atrabiliario y más egoista del mundo: forzoso es convenir en que se me parecia mucho: mató á su mujer, á tu abuela materna á disgustos, y le quedaron dos niñas, la una ya adulta, la otra de corta edad, tu madre y tu tia: las empozó en un colegio y se quedó solo en su casa dando tormento á sus criados. Tu padre vió por casualidad á la hermana mayor, como yo ví tambien por casualidad á la hermana menor, en unos exámenes del colegio á que fué convidado, y de cuyo convite no pudo evadirse, como no pude yo evadirme diez años

despues de un convite igual, por eso que se llama neciamente consideracion social, y se enamoró perdidamente de tu madre, como yo en mal hora me enamoré perdidamente diez años despues de tu tia. Sucedió lo que sucede cuando un hombre se enamora de una manera mortal: es decir, de una manera que le lleva de cabeza y en poco tiempo al matrimonio. Sobornó á la portera del colegio, la pagó bien las cartas que la daba para que las entregara á Luisa, y mejor las que recibió de Luisa, cuando esta despues de ocho ó diez cartas altisonantes y desesperadas de tu padre, se dignó contestarle. Tu madre tenia ya diez y siete años, y habia entrado de quince en el colegio, dura ya para el encierro y para el método rígido de una casa de pension, y vió el cielo abierto cuando una víctima se presentó ansiosa del sacrificio, á darla una libertad legítima por medio del matrimonio. Dicen que á tu padre le fué bien con tu madre, pero eso ni es del caso ni me importa un bledo. Ello es, que se la pidió á tu abuelo don José, y que don José le dijo las mismas palabras que me dijo á mí diez años despues cuando fuí á él con igual mensaje: No tengo inconveniente; le agradezco á usted mucho el que quiera usted á mi hija Luisa por mujer, y agradezco mucho á Luisa el que quiera á usted por marido; porque lo que yo quiero es salir de ella de una manera decente. Lo que doy en dote á mi hija es tanto, ni un ochavo más, ni un ochavo ménos; vea usted si le conviene, porque lo demás será necesario

que yo me muera para que lo reciba. Si usted acepta, sólo me falta una condicion que expresar, y es: que en cuanto se case usted con ella, se marche á muchas leguas de aquí con mi hija, y que no vengan ustedes nunca por este pueblo: no quiero tener yerno á mi lado, quiero estar solo, completamente solo; quiero deshacer en cuanto me sea posible la equivocacion en que incurrí al casarme.

—Hé aquí otra nueva inverosimilitud, exclamé irritado, que me salta de delante de los piés. Un padre como mi abuelo materno, es una inverosimilitud absurda. Un padre así no existe, no puede existir, y si existe no puede comprenderse, no es padre, es un hombre que se casa qué se yó por qué, y que tiene hijos por accidente.

—Todo lo que estás diciendo es muy cierto; yo tampoco lo comprendo, porque yo adoro con idolatría á mi hija. Pero observa bien, Juan, y despues de oir lo que voy á decirte no te asombres de nada. Los extremos se tocan; tu abuelo porque no amaba absolutamente á tu madre, porque no la consideraba á Luisa su hija más que de hecho, estaba deseando salir de ella, y la entregaba al primero que se la pedia. Yo que por mi hija estoy loco, que soy el padre más débil de los padres, que obedezco como leyes los más pequeños caprichos de Sofía, la caso con el primero con quien ella quiere casarse, contigo, y lo hago porque tambien estoy deseando salir de ella; porque soy su esclavo; porque mientras esté

á su lado, no tendré accion propia; porque estoy contrariado en mis gustos, en mis inclinaciones; porque estoy cansado de poesía sentimental, yo que soy el hombre ménos poético del mundo. Y en cuanto os caseis, os dejo; haré el sacrificio de presenciar vuestras bodas, y luego me iré tranquilo á muchas leguas de aquí, á los quintos infiernos, y viviré solo con un criado que me vista y con una mujer que me haga la fécula; sin tratar á nadie más, sin ver á nadie más, porque odio á la humanidad; y lo que ha desecado mi cuerpo, lo que ha matado mi estómago, lo que le muerde como un monstruo insaciable, es el remordimiento.

XCIII.

Se me erizaban los cabellos: lo inverosímil iba tomando para mí proporciones monstruosas.

Se me iba haciendo horrible.

Sentia que mi alma se iba envenenando por el contacto con aquel infame, porque ya no tenia duda de que mi tio político, el marqués de Puertoseco era un infame.

No podian decirse á sangre fria, sin ser infame, aquellas horribles cosas.

Tuve intenciones de romper por todo, de salir de aquella casa, de no volver á ella, de olvidarme de Sofía como de un sueño terrible; pero me contuvo

una curiosidad, un impulso inverosímil tambien, porque era una tendencia irresistible á apurar el horror: yo sin duda estaba ya inoculado, y me iba pareciendo un pasto agradable el veneno moral que fluia del marqués.

Mi gran falta era mi debilidad, y los que son débiles van de debilidad en debilidad hasta la falta irreparable, y de una en otra falta á la locura ó al crímen.

Mi alma no estaba constituida ni educada para el crímen, y, sin embargo, caí en él, sin voluntad, sin conciencia de ello: en ese crímen moral que las leyes humanas no castigan, pero que castiga Dios de una manera terrible con esa cadena perpétua que no se rompe jamás: el remordimiento.

XCIV.

—Pero divagamos, dijo el marqués, ó por mejor decir, divago; porque tú nada dices; escuchas y haces muy bien; porque siempre que tomas la palabra es para decir una tontería. Vengamos á reanudar un hilo que has roto con tus interrupciones y que nos llevará al objeto principal.

Me has preguntado la razon de mi aborrecimiento á tu tia; pues bien, tu tia se casó conmigo por salir del colegio; tu tia creyó que casarse era ser hermana de un hombre, y cuando reconoció la equivocacion,

como no me amaba como mi hija te ama, ni mucho ménos, empezó á sentir hácia mí una hostil antipatía, que fué creciendo hasta que se convirtió en aborrecimiento; y no creas, para encontrar disculpa al aborrecimiento de tu tia, que yo era entónces lo que soy ahora; un espectro con hiel por sangre y con el alma podrida, fria é inmóvil como la tumba que encierra un cadáver corroido por los gusanos, nó; vas á ver lo que yo era entónces en la parte física; despues te diré lo que yo era en la parte moral.

El marqués se levantó, abrió un armario, tomó de él un objeto y me lo entregó.

Era el retrato en miniatura de un jóven lo más bello y lo más simpático del mundo.

Representaba cuando más veinticinco años.

Tenia los cabellos castaños y ondulantes; la frente pálida y tersa; los ojos negros, serenos y dulces; la nariz graciosa; la boca bella; el semblante oval y la barba corta, rizada, que completaba el atractivo de aquel semblante.

Porque aquel semblante, sin poderle llamar hermoso, era fuertemente atractivo.

Se trasparentaba en él un alma benévola, soñadora, entusiasta.

Pero en la mirada tranquila de aquellos ojos, se veia un alma enérgica dotada de una fuerza de voluntad á toda prueba.

—¡Imposible! dije al ver aquel retrato; esta es una nueva inverosimilitud; un hombre como este

no puede convertirse en un hombre como usted.

—Tú no has mirado bien ese retrato, me dijo con su acento siempre igual, siempre inalterable, siempre cavernoso: si le hubieras mirado bien, ó mejor dicho, si vieras bien, hubieras comprendido la incontrastable fuerza de voluntad, y la gran sensibilidad que rebosan de ese semblante: la fuerza de voluntad es lo único que he conservado de lo que fuí; lo demás está borrado por la demacracion: mi sensibilidad ha desaparecido bajo una frialdad glacial: en mí queda lo que las desgracias inmerecidas han creado; la venganza fria que no retrocede ni se para; el odio, que no crece, porque no puede crecer más; el desprecio á todo que no puede ser más profundo, porque ha llegado á allí de donde no puede bajar.

—¿Y Sofía? ¿odia usted y desprecia tambien á Sofía? ¿su amor de usted hácia ella, es ese terrible amor, esa pasion incomprensible que puede llamarse amor de odio?

—Sofía, sin saberlo y sin quererlo, y con la mejor voluntad del mundo, y con las más nobles aspiraciones y con el entusiasmo más puro, es un hermosísimo demonio: es la hija de mi alma, y me es simpática: como que la he educado yo; como que ha vivido siempre á mi lado; como que todo lo que sabe se lo he enseñado yo; como que sin alarmar su pureza, sin abrirla el libro de la vida, la he puesto en las manos todo ese mundo soñado, cuando no insípido de la novela y del drama; como que jamás he

contrariado su voluntad y me he convertido en su esclavo: por eso, ya que está educada, perfectamente formada tal como yo queria que lo estuviese, anhelo dejar de ser esclavo, y te la traspasé. ¡Ah! yo la amo como me amaria á mí mismo, ella es yo, yo era lo que ella es ahora, ella será un dia lo que yo soy.

—¡Nó! grité, no pudiendo ya sufrir el tormento de las horribles manifestaciones del marqués; yo la salvaré; yo destruiré ese gérmen que usted ha arrojado en su alma; yo la redimiré por medio del amor.

—Si yo pudiera reirme, contestó el marqués, soltaria la carcajada: está visto que no abres la boca más que para decir disparates. ¿Quién destruye los vicios de una educacion funesta? ¿Quién destruye el gérmen mortal que ha viciado el espíritu de una criatura? La educacion y las costumbres forman el sér moral: una educacion viciosa no puede producir más que resultados funestos: el tósigo se infiltra lentamente, minuto por minuto, hora por hora, dia por dia, año por año; y cuando ha determinado un carácter, sólo Dios puede purificar aquella alma adulterada: acostumbrad á un niño á ver satisfechos todos sus deseos, haced que llegue á ser hombre sin haber contrariado jamás su voluntad, y un dia contrariadla de una manera grave; dejad de procurarle los medios de satisfacer su voluntariedad, su vanidad, sus absurdos caprichos, y vereis los resultados: muchos padres hacen esto; es decir, vician

desde muy temprano el alma virgen de sus hijos, por ceguedad, por un amor idólatra, sin prevecr el mal, y cuando el mal se presenta, se aterran: yo no he sido de esos padres; yo he elaborado el mal sabiendo que lo elaboraba.

—¡Oh! ¡Esto es imposible! dije ya calenturiento; un padre así, un padre tal como usted se confiesa, con un lujo de cinismo que no comprendo, seria Satanás.

—¿Y qué es Satanás más que el conjunto de todo lo malo, de todo lo horrible que existe diseminado en pequeñas dosis en la humanidad, considerada la humanidad en el tiempo y en el espacio? ¿no puede suceder que yo sea un sér excepcional, en quien se encuentre concentrada un alma de demonio?

—¡Nó, nó! ¡imposible! comprendo que un hombre sea un monstruo para todos ménos para sus hijos: si es cierta la conducta que usted ha observado respecto á Sofía, usted no es su padre.

—¡Que no soy su padre, y su alma es mia!

—¿Y si usted es su padre, si la ha formado para ser desgraciada, cómo creer que la ama usted?

—Amo en ella mi obra.

—¿Entónces, ha habido un tiempo en que la ha aborrecido usted?

—Sí; porque aborrecia, porque aborrezco aún á su madre, porque muerta ya, no pudiendo continuar en ella mi venganza la he continuado en Sofía.

—Esta confidencia es sumamente peligrosa para

usted: dije dejando conocer en mi acento la cólera reconcentrada que hervia en mi alma.

—¡Una amenaza! otra nueva necedad: tú ya estás inoculado, hijo; el sér de Sofía se ha infiltrado en tu sér; yo por ella soy para tí un sér inviolable, sagrado: tú no te atreverás ni áun á referirla esta conversacion; cuando la ves, la locura, la ansiedad del amor se apoderan de tí, te sientes fascinado, no tienes ni voluntad, ni vida, más que para aspirar su hermosura, que aunque es real, perceptible á todo el mundo, para tí, por una cuestion psicológica, es ideal, suprema, deslumbrante: al ver su retrato te enamoraste de una manera horrible, y como estabas sobre excitado por la aventura de la rubia, por la loca, por lo de la Roca Tarpeya, con tu imaginacion impresionable y con el calor que hacia, tus nervios estallaron, y á poco más hubiera sobrevenido la muerte. Tú eres esclavo de Sofía, amas á la rubia, vuelves tu pensamiento y tu alma á ella, y sin embargo, Sofía te arrastra.

Y era el caso, que aquel maldito tenia razon.

—Te he dicho esto y áun tengo que decirte más; continuó el marqués, porque quiero vengarme de tí de antemano, en el caso poco probable de que tu amor por Sofía sea tan abnegado, que te plegues de tal manera á todos sus caprichos, á todos sus deseos, que destruyas mi obra de veinte años, haciéndola feliz, y modificándola por la felicidad del amor. Si yo supiera, una de dos cosas; ó que Sofía se aburriria

de tí, ó que tú amases de tal modo á la rubia que habrias de causar celos por ella á Sofía, estaria completamente satisfecho. Pero no puedo engañarme; conozco demasiado á Sofía, te ama y te amará siempre; no ha amado jamás, y te has hecho amar de ella sin saberlo, cuando ella estaba sedienta, ansiosa de amor. ¡Ah! tú que ya estás fascinado por ella, dominado por ella, enloquecerás cuando sea tu mujer. No olvidarás á la rubia, yo te lo aseguro; pero el amor de la rubia será en tu alma un remordimiento sordo que amargará la candente felicidad de tu alma, por la posesion del alma de Sofía; de Sofía que no herirá ni tu amor, ni tu vanidad, ni tu honra, abandonándote por otro hombre, entregándote al ridículo, como me abandonó, como me hirió en el corazon, en el amor propio, en el honor, tu tia.

—¡Ah! exclamé.

Y por un momento sentí helada mi sangre.

No sé qué pasó por mí, que ni áun se me ocurrió pedir al marqués la prueba de su acusacion contra mi tia, que podia ser muy bien una calumnia.

No sé por qué, ni áun dudé de que era verdad lo que el marqués decia.

Sentí una amargura insoportable, una amargura que me envenenó el corazon.

—Yo era como tú, dulce y bueno, cuando me casé con tu tia, continuó el marqués, cuyas palabras escuchaba yo como á través del sopor de una pesadilla; yo tenia el alma abierta á todas las aspiraciones ge-

nerosas; yo amaba á Magdalena con los sentidos, con la imaginacion, con el corazon, como tú amas á Sofía: con el alma, como amas tú á la rubia: ha llegado el momento de que te diga lo que fuí, ántes de ser lo que soy: Magdalena, amándome, hubiera hecho de mí el mejor hombre del mundo y el más feliz al mismo tiempo: pero yo no gocé con ella ni un solo momento de felicidad; era para mí lo que el agua del mar es para el sediento, que siente más sed cuanto más la bebe, y cuanto más la bebe, la encuentra más amarga: yo vi con desesperacion que no sólo no me amaba Magdalena, sino que no podia amarme; que llegaria un momento en que me aborreceria, como aborrece un preso su cadena. Preveia, estremeciéndome de espanto, que, virgen su alma de amor, sedienta de amor, se abriria un dia para un hombre; y yo cerraba los ojos de mi alma por miedo de ver todo lo horrible de mi porvenir probable. Magdalena no tenia para que la defendiese de sí misma, el recuerdo de una madre digna y pura; Magdalena no conocia á la familia; habia quedado huérfana de madre á los cuatro años, y se habia criado en un colegio: habia visto tan de tiempo en tiempo á su padre, y tan duro y tan frio en aquellas raras ocasiones, que puede decirse que ni le conocia ni le amaba. Magdalena era una jóven dulce, pura y hermosa como Sofía; pero era una excepcion; no tenia idea de la familia, y yo tuve la desgracia de no tener de ella hijos.

—¡Ah! exclamé recibiendo un rayo de luz y comprendiéndolo todo; ¡Sofía no es tu hija!

XCV.

Y me levanté instintivamente, demudado, colérico, con un infierno en el corazon, y en la cabeza un horrible pensamiento de exterminio.

Entónces sucedió una cosa espantosa.

El semblante siempre inmóvil de aquel infame espectro se contrajo, se movió, se animó produciendo una mueca infernal.

Sus ojos hundidos y mates brillaron con un fulgor siniestro.

Sus labios sutiles se abrieron trémulos, y del fondo oscuro de su boca salió una carcajada que en vano pretenderia yo haceros apreciar.

Una carcajada chirriante, rugiente, hueca, llena de algo que parecia emanar del infierno, de algo que aterraba, que fatigaba, que hacia sentir una ansiedad pesada, insoportable, como la de la agonía.

Miré con espanto al marqués, retrocedí, cai sobre el sillon de que me habia levantado; sentí un vértigo denso, y cuando volví en mi me encontré en mi cuarto, es decir, en el cuarto que se me habia destinado en casa del marqués y tendido en la cama.

XCVI.

Habia recaido en mi pasada y extraña enfermedad, pero de una manera poco grave.

Sólo habia estado sin sentido durante media hora.

Me sentia fuerte, pero tenia fiebre y me pesaba la cabeza como si hubiera tenido dentro de ella plomo.

Sobre las cejas sentia un dolor leve, pero fuertemente incómodo, y mi estómago se resentia.

Parecia, en fin, lo que yo padecia, un principio de asfixia.

Sofía estaba junto á la cama; junto á ella el marqués.

Sofía estaba verdaderamente irritada.

El marqués impasible como siempre.

—Esto era probable, decia Sofía; el viaje ha sido una imprudencia de usted y una debilidad mia. ¡Ah! ¡vuelve en sí! ¡gracias á Dios! ¿Qué siente usted Juan?

—Dolor en el corazon y en la cabeza; una agonía insoportable; fiebre; pero yo no quiero estar en la cama; temo á la cama; la tengo horror.

Y me lancé fuera, y fuí vacilante á sentarme en un sillon.

—Necesito quedarme sólo con mi prima, dije de una manera seca; necesito hablar con ella, entenderme con ella.

—En buen hora, dijo el marqués; á mas de ser primos hermanos, sois ya casi esposos. Yo voy á tomar mi fécula; hablad todo lo que querais y entendeos, lo que no creo difícil.

El marqués salió perfectamente tranquilo.

XCVII.

Fuese por la extraña influencia, por la poderosa influencia que sobre mí ejercia mi prima, fuese por la gravedad de la resolucion que yo habia tomado, aunque no desapareció mi fiebre, me sentí mejor, la cabeza ménos pesada, casi sin dolor.

Pero temblaba todo.

Yo habia resuelto decir á Sofía:

—Ese hombre no es tu padre, es tu verdugo: ese infame te aborrece como aborreció á tu madre.

Habia resuelto referirla toda mi conversacion con el marqués, de que me acordaba perfectamente, palabra por palabra; porque me habia causado una impresion profunda.

Pero el marqués no se habia engañado.

Despues de hacer sentar de una manera tan seria y tan solemne á Sofía, que ésta no pudo ménos de mostrar extrañeza, en el momento en que iba á empezar el introito de mi revelacion, sentí miedo.

Me asustó como debia asustarme, la perturbacion que iba á causar en el alma, en la existencia de Sofía.

Medité que iba á arrojar sobre su cabeza pura áun, la vergüenza de la falta de su madre.

Esto sobre ser impío, era inmoral.

Sofía debia ignorar siempre lo que el marqués me habia revelado.

Entónces comprendí todo el valor, toda la insolencia de aquella mueca horrible, de aquella carcajada espantosa, con que el marqués habia respondido á mi cólera muda.

Entónces comprendí la tranquilidad con que el marqués me había dejado sólo con Sofía.

Esta me miraba con atencion en una ansiosa espectativa, de lo que yo hubiera de decirla.

Fué forzoso, pues, decirla algo.

—Sofía, la dije, es necesario que nos tratemos como debemos tratarnos.

—¡Oh, Dios mio! dijo Sofía, poniéndose pálida. ¿Qué he hecho yo que merezca una reconvencion?

—Nada, me apresuré á decir dominando mi situacion y sonriendo de una manera forzada: somos primos hermanos.

—Indudablemente, dijo Sofía con ansiedad, demostrando en su acento y en su expresion, que no comprendia á dónde iba yo á parar, y que temia algo adverso.

—Somos primos hermanos, y sin embargo nos tratamos de usted.

—Bien, releguemos el usted al olvido; á mí tambien me era fatigoso; mi corazon no le pronunciaba;

pero no eran mis labios, no deben ser mis labios los primeros que pronuncien el *tú*, dijo con una grave seriedad Sofía.

—¿Por qué me respondes tan solemnemente, prima?

—Porque tú me has dicho de una manera solemne *«hágame usted el favor de sentarse y escucharme»* para salir luego con que somos primos hermanos y es necesario que nos hablemos de tú: nó, tú has querido hablarme de otra cosa y no te has atrevido. Pues bien yo quiero saber de qué se trata.

—Vamos, es verdad: pero al ir á decírtelo me detuve, me arrepentí por temor de disgustarte.

—Tú no puedes disgustarme, Juan, nó, nó, imposible. Para disgustarme tendrías que violentarte, que buscar fuera de tí una manera de ofenderme, y ni áun así me disgustarías; aunque fueses injusto conmigo, lo sentiría, sufriría, pero no me enojaría contigo.

—Sin embargo, ayer porque no estábamos de acuerdo en algunas apreciaciones te impacientaste más de tres veces.

—¡Oh Dios mio! ¡me has creido apegada de una manera absurda á mis ideas! ¡me crees voluntariosa!

—Creo que te han educado mal.

—¡Ah! me han dado gusto siempre, se ha hecho todo lo que yo he querido; y bien, yo no he querido nunca nada reprensible; he tenido y tengo caprichos de niña mimada. ¿Y qué hija única de un hombre rico y solo no los tiene?

—Sin embargo, has abusado.

—Nó, no he abusado jamás, dijo Sofía con el mismo tono de impaciencia que me habia dejado oir en sus réplicas del dia anterior; porque no es abusar usar de todo el amor que se nos da; y yo sabia que mi padre tenia un placer en satisfacer el más extravagante capricho mio. Veia, por ejemplo, un tronco de caballos poco comun, por esto ó por lo otro, y se me ocurria desearle; mi padre le adquiria á cualquier precio; ó si no podia obtenerle, compraba otro semejante ó mejor:—que hacia una hermosa noche y era ya muy tarde y yo decia á mi padre:—Quiero pasear por el campo á la luz de la luna:—Mi padre me contestaba:—Me adhiero al pensamiento. El campo debe estar muy poético.—Y mandaba poner un carruaje, y partiamos y paseábamos por el campo. Otras veces leia yo en los periódicos franceses que tal ó cual melodrama contaba doscientas representaciones y deseaba verle: mi padre consentia y me decia que tambien él lo deseaba, que no me lo habia dicho por no disgustarme, y partiamos para Paris; sin contar con otra multitud de caprichos y áun de extravagancias, Juan: si mi padre me hubiera negado cualquiera de estas cosas sin justificar su negativa, me hubiera resentido, porque la negativa hubiera representado para mí poco amor en mi padre: ó mejor dicho, un cambio en el amor que mi padre me habia mostrado siempre, pero no me hubiera obstinado. Esto no puede probarse porque mi padre nunca se ha opuesto

á mi voluntad; por el contrario, muchas veces cuando yo lo veia triste, ceñudo, inventaba un capricho extraño, difícil de satisfacer; porque he observado desde hace mucho tiempo, que mi padre gozaba cuando yo le pedia algo extravagante y difícil; y que gozaba tanto más cuanto mayor era el ahinco, mayor la voluntariedad fingida con que yo pedia.

—¡Ah! exclamé: ¿con que tú, usabas del capricho y de la exigencia, y de la voluntariedad, para calmar la misantropía de tu padre?

—Sí; me contestó de una manera ardiente Sofía; le veia sufrir, y como su amor por mí es exagerado, y el satisfacer mis deseos, cuanto más difíciles eran, satisfacia, halagaba su amor, yo estaba inventando siempre caprichos.

—Es decir, que tú has sido falsamente voluntariosa por caridad hácia tu padre.

—Nó, por amor.

—Sin embargo, yo creo qne eres algo voluntariosa.

—¡Ah! nó, nó: la razon, la prueba; no basta decir las cosas, es necesario probarlas.

—Acabas de impacientarte de la misma manera que te impacientaste ayer tantas veces, porque te contradigo.

—¡Ah! nó, ¡error! será necesario que me explique: yo no me impaciento, no sufro porque me contradices, no es eso; es porque creo que me contradices porque no me amas tanto como yo deseo ser

amada por tí. ¡Ah! porque eso sí, Juan, tratándose de tu amor, soy voluntariosa, exigente; pero caprichosa, nó: porque no es un capricho, sino la cosa más natural del mundo, el que cuando amamos con toda nuestra alma, deseemos ser amados del mismo modo.

No pude contestar por el momento; me habia rodeado un vértigo de felicidad.

Sofía, el demonio en gérmen de que me habia hablado el marqués, se iba transformando en ángel.

Al mismo tiempo me sentia aterrado por un pensamiento que elevándose de la tierra penetraba en el cielo.

¡Dios!

No me atreví á considerar como una nueva inverosimilitud el nuevo aspecto, bajo el cual se me presentaba Sofía.

Nó: no era una inverosimilitud para mí, el que educada de una manera tan peligrosa Sofía, hubiese ella convertido los gérmenes del mal que se habia pretendido inocular en su alma, en frutos de caridad y de virtud.

Nó: aquello provenia de la sábia, de la justiciera providencia de Dios.

Aquello era la esterilizacion de la más infame, de la más cobarde de las venganzas.

Aquello era, que en el alma creada por Dios para el bien, no podia germinar el mal.

Aquello era la fatalidad de la Providencia.

XCVIII.

Sofía absorbió con un placer inefable, con una alegría infinita, mi conmocion, mi infinita alegría.

—¡Ah! no me engañé; no podia engañarme, y soy feliz, dijo.

—No te comprendo, Sofía.

—Tengo veinte años Juan, me contestó apoyándose lánguidamende en el brazo del sillon y mirándome conmovida y séria; desde que cumplí mis catorce años, soy en la parte física tal como ahora; me desarrollé demasiado pronto, no sólo en el cuerpo sino en el alma. Hace siete ú ocho años que estoy oyéndome adular, estoy oyendo el continuo zumbido de un galanteo insoportable, la palabra amor dicha en todos los tonos, por jóvenes, por hombres serios, hasta por viejos: mi padre es inmensamente rico; no tiene más hija que yo; y de la misma manera me hubieran asediado, me hubieran galanteado, me hubieran llamado divina, aunque hubiera sido una vision: la manera con que yo he escuchado todos estos galanteos, me ha procurado la fama, no de mujer de corazon que no podia ménos de mostrarse sorda á las solicitudes interesadas, cuando no repugnantes, de tanto necio, de tanto buscavida nauseabundo, que se llama de autoridad propia, persona decente y hombre de honor; nó, no vieron en mí la mujer digna y pura;

la mujer de corazon entusiasta, de alma delicada, vieron á la niña voluntariosa, soberbia y llena de vanidad, porque ellos no podian comprender lo que estaba completamente fuera de su modo de ser y de sentir: yo estaba moralmente asfixiada, pero tanto y desde tan temprano me hicieron oir la palabra amor, que yo empezé á sentir, me impresionaba por la ansiedad del amor, de un amor solitario, oculto como un tesoro dentro de mi alma que se alimentaba en un sér ideal, en un sér adorado, en un sér que yo no encontraba en ninguna parte más que en las novelas; y yo sabia demasiado que esos héroes, esas heroinas de novela, no son otra cosa que séres inventados por la imaginacion y por el deseo de esos soñadores que extienden en líneas sus pensamientos, los imprimen y los arrojan, á tanto la entrega, á los aficionados á los sueños. Nó: yo no queria para satisfacer mi amor un héroe de novela, realizado en un hombre: queria un hombre posible, no un sueño; un hombre con defectos y con pasiones, pero en el cuál las aspiraciones generosas se sobrepusiesen á los defectos: queria un hombre á quien yo pudiese comprender y de quien pudiese ser comprendida. Un hombre que me amase por necesidad, no por cálculo: que prescindiese de si era rica ó pobre, que viese en mí su compañera de por vida, y que me amase de tal modo, que cuando los años marchitasen esto que llaman mi hermosura, su amor no empalideciese: yo queria y quiero, como es natural, la paz y el con-

tento de mi alma por medio de mi union con otra alma semejante en lo posible á la mia.

—¡Ah! ¡Sofía! ¿con que tú no has formado las aspiraciones de tu amor en las novelas? la dije, ébrio, por decirlo así, de felicidad.

—Nó; me contestó sonriendo de una manera melancólica; las he formado en mi corazon; son hijas de mi alma.

—Yo no te comprendia, yo no podia comprenderte.

—Ha sido tan excepcional nuestro conocimiento, han seguido á él, tales y tan extrañas circunstancias... Voy á decirte lo que sólo á tí puedo decir, y puedo decírtelo hoy; ayer no hubiera podido, no hubiera debido; ayer no me amabas como hoy; ayer no me comprendias, me mirabas á través de un prisma falso, y me creias harto diferente de lo que soy. Desde el momento en que volviste en tí despues de ocho horribles dias de insensibilidad, desde el momento en que me miraste por la primera vez, me has hecho sufrir de una manera horrible. Tú no me amabas como yo queria ser amada: tu mirada se fijaba en mi con asombro, fascinada, extraviada; yo te enloquecia, te dominaba sin quererlo: maldije mil veces desesperada la hermosura que veias en mí: yo comprendia que no por lo que yo era, sino por la fascinacion de tus sentidos, representaba para tí, una hermosura irresistible que yo no quiero tener; porque no quiero tener para tí nada de punzante, nada

de abrasador, nada de Satanás, nada que no sea humano. La hermosura que en mí veia tu imaginacion calenturienta te irritaba, pretendias librarte de ella y no podias; yo, á mi pesar, te arrastraba conmigo, y ayer cuando me replicabas, habia en tus palabras un amargo sarcasmo: tendian al epígrama y no llegaban á él, porque en tí no habia ni intencion ni conciencia de ofenderme; pero yo comprendia que tu alma estaba aún muy léjos de mí, y por eso tus réplicas, no sólo me impacientaban, me irritaban, me lastimaban; y si hubiera podido retroceder, si hubiese podido dejar de amarte, lo hubiera hecho; pero era ya tarde: habia pasado ocho dias y sin descansar más que breves momentos, y esto, para poder seguir cuidándote al lado de tu lecho, Juan: yo he visto continuamente durante esos ochos dias, tu semblante inmóvil en el que estaba fija, siempre fija una expresion de dolor agudo; un terrible dolor que era sin duda la causa del estado en que te encontrabas. Estamos en un momento de revelaciones, Juan, y quiero que me digas la verdad.

Adiviné lo que Sofía iba á preguntarme, y debí ponerme densamente pálido, porque me dijo:

—Nada temas, yo soy muy valiente; si no puedo ser tu mujer, seré tu hermana; no me engañes, díme la verdad.

—Te la diré; te lo juro.

—Pues bien, yo tenia celos y los tengo de la expresion de dolor que aparecia en tu semblante inmó-

vil; yo veia bajo aquella expresion de dolor, tu amor á otra mujer... No, no me interrumpas, déjame continuar... he pasado ocho dias de celos, de celos ansiosos, que no podian preguntar, que no podian dejar de ser celos, para convertirse en realidades; yo sostenia conmigo misma una lucha cruel: mi corazon y mi conciencia á un tiempo; el uno por la delicadeza del amor, la otra por un sentimiento de dignidad, me decian que yo no debia amar á un hombre, que amaba á otra; que por el amor de otra estaba entre la vida y la muerte. Y, sin embargo, mi corazon y mi conciencia estaban dominados por un poder superior, por un poder misterioso; y te amaba más cuanto más luchaba, y cuanto más luchaba me sentia más celosa, y cuanto más celosa más enamorada. ¿Y por qué te amaba yo? ¿por qué habia llegado el caso de que yo velase por tí junto á tu lecho? no era por una razon novelesca, no; mi padre me ama mucho, pero está equivocado acerca de mí: él cree que yo empecé á interesarme por tí, porque leias conmovido un libro la primera vez que te vi; confieso que tu conmocion fué para mí muy simpática, pero aunque al verte no hubieras estado conmovido, me hubiera interesado por ti del mismo modo. ¿Por qué te amé, cuando no te conocia, cuando no sabia quien eras? No lo sé: ¿por qué segui yendo al paseo que tú frecuentabas? ¿por qué deseé que reparases en mí y experimentases al verme el mismo sentimiento que yo al verte experimenté? Porque tenia ya en mi alma

el gérmen de tu amor; y, sin embargo, yo, que era mirada por todos, jamás era mirada por tí. Siempre que pasaba á tu lado veia que te dominaba una abstraccion profunda, que paseabas maquinalmente, que nada veias de cuanto te rodeaba, que tenias triste el alma:—Ó ama y no le aman, decia yo, ó está sediento de amor y le reconcentra dentro de su alma en un ser ideal.—Sin que yo pudiera evitarlo, el dia que dejé de encontrarte en el paseo, empecé á enfermar de tristeza, de pasion de ánimo. Te amaba, Juan; callé y sufrí. Un dia que mi padre, conociendo la causa de mi tristeza me preguntó, no le engañé. ¿Pero cómo buscarte si ignoraba tu nombre? Una feliz casualidad por fin nos hizo encontrarte: mi padre te siguió para saber dónde vivias, quién eras, para entablar de una manera decorosa conocimiento contigo. Lo demás lo sabes: con un placer infinito supe que eras mi primo hermano. Ahora bien, Juan; ayer no me amabas; te sentias fascinado por mí y nada más; hoy me amas; hoy no me ves tan hermosa, pero me amas: has encontrado en mí algo que se parece á tu sueño. Díme, no me engañes, ¿has amado á otra mujer?

—¿Y por qué me preguntas si he amado, y no si amo?

—Porque ahora no amas á nadie más que á mí: me contestó con la mirada, con el semblante, con el sér entero resplandeciente de alegria: y yo... yo no puedo amarte más.

—Pues bien, espero que me creas; ayer vacilaba entre dos mujeres.

—¡Ayer! exclamó poniéndose mortalmente pálida Sofía.

—Sí: ayer, áun no comprendia yo lo que sentia; ayer estaba poseido por dos amores completamente distintos.

—¡No era yo la que tú amabas con el alma!

—Yo no te conocia; yo no te comprendia.

—Habias juzgado mal de mí, tal vez por la completa renovacion de los muebles de tu casa. Hice mal, yo creí agradarte: si ayer te contesté de una manera impertinente cuando me hablaste de esto, fué porque estaba irritada; porque sin quererlo y sin saberlo me tratabas con dureza. Pero, habla, habla por compasion, Juan, sé que me amas, sí; sé que me amas con toda tu alma: ¿pero eres libre en la acepcion en que debe entender esta palabra un hombre de honor?

—Sí.

Yo mentía; yo no era libre; yo me habia comprometido voluntariamente y de una manera grave y solemne con Enriqueta.

Yo tenia un compromiso de honor por ante la conciencia del padre Alvarez.

Yo debia haber dicho la verdad á Sofía.

Pero al transformarse para mí Sofía, me habia dejado ver claramente la situacion de mi alma.

Ella era la mujer que Dios habia criado para mí.

Enriqueta, no tuve duda de ello, era mi hermana.

Yo no podia amar de una manera absoluta á dos mujeres; y al revelárseme Sofía, me habia dejado ver completamente la mujer que yo habia soñado.

Lo que Enriqueta me hacia sentir era una caridad ardiente, una caridad profunda.

Una caridad que me habia engañado, en que habian tomado fatalmente parte los sentidos, porque Enriqueta era deliciosa, hechiceramente bella, como Sofía era admirable, deslumbrantemente hermosa.

Mis sentidos luchaban aún, recordándome los encantos de Enriqueta.

Pero mi alma entera se adheria ansiosa al alma de Sofía; se confundia con ella.

¡Oh! ¡qué lucha, Dios mio! ¡qué lucha!

El corazon humano es incomprensible; la contradiccion de los afectos es su más grave enfermedad.

Ó para comprender, para explicar las contradicciones del corazon humano respecto al amor, es necesario clasificar el amor, ó mejor dicho, definir el amor.

¿Qué es el amor?

La definicion es difícil.

Yo diria que el amor es la tendencia de un sér hácia otro sér; la necesidad de vivir de la manera más completa posible la vida del sér amado, y de que él viva nuestra vida: es decir; reducir á una cantidad mayor, dos cantidades iguales.

Hacer de dos séres un solo sér moral.

Ahora bien, lo natural, lo lógico parece ser, que,

si por una razon de simpatía, amando ya á una mujer encontramos otra que tenga las mismas cualidades morales y encantos físicos de un atractivo semejante á los de la mujer que ya amamos, amemos tambien á la otra que es su semejante, ó lo que es lo mismo, que nos impresiona con igual fuerza por lo moral y por lo físico.

Pero esto que parece lógico, es absurdo.

Porque nuestra alma es indivisible; porque no podemos partirla, reducirla á dos, tres ó más porciones.

Por lo mismo no puede decirse que el amor es la tendencia de un alma hácia otra alma: el resultado de un atractivo irresistible en lo físico y en lo moral.

No; porque claro es que la cuestion se reduciria á un problema de geometría, como si dijéramos; si á una extension dada puede superponerse otra extension igual y semejante á ella, claro es que pueden superponerse hasta lo infinito extensiones que sean entre sí iguales y semejantes.

Nó, no es eso; recibida esa teoría iriamos á parar á las costumbres de las civilizaciones antiguas; á la poligamia.

Esto no puede ser, porque bien mirado... bien mirado lo que resulta es, que yo me embrollo y que no sé lo que es amor, como no digamos que es un sentimiento misterioso que no comprendemos.

Que por consecuencia no sabemos lo que es el amor, que no conociéndole perfectamente estamos sujetos á error, y es muy posible que creamos amor, lo que

nada tenga que ver con ese sentimiento misterioso.

Yo creo, y esto es una hipótesis, que el amor es tan divino, tan inmaterial, tan puro, que al bajar á la tierra, al animar la materia, se ha adulterado, ha dejado de ser lo que era, y que el espíritu necesita emanciparse de la materia para comprender, para sentir el amor en toda su pureza.

Lo mejor es dejar la cuestion, porque si continuamos vamos á naufragar en un océano de metafísica.

Viniendo á los hechos, la verdad era que desde el momento en que conocí que el alma de Sofía era tan hermosa como su cuerpo, su alma me fascinó como me habia fascinado su hermosura.

Pero mi alma recordaba de una manera candente el alma apasionada y la espiritual belleza de Enriqueta.

Pero Sofía triunfaba de Enriqueta de una manera decidida.

Esto queria decir, que el dulcísimo vaso de mi felicidad tenia un fondo amargo.

Yo sufria entónces, como sufro ahora.

XCIX.

—Determinemos, me dijo Sofía: tú me has dicho que ayer luchabas entre dos amores: tú ayer no amabas en mí más que la hermosura, porque no me comprendias; y mi espíritu te parecia antipático, capri-

choso, vano: claro es, que el otro amor tuyo era por otra mujer cuya alma te era simpática.

—He dicho mal, me he expresado mal y esto no tiene nada de extraño, porque estoy aturdido. Voy á explicarme mejor: ayer creia yo amor y amor del alma lo que sólo era caridad; respondí.

—Bien, concretemos: si tú al sentir caridad por una mujer has creido que tu caridad era amor, tu amor debe haber hablado: el amor necesita expansion.

—He permanecido mudo.

Volvia á mentir porque tenia miedo á lo que podia resultar respecto á mi situacion con Sofía si la revelaba la verdad.

Hice mal sin duda, pero adoraba á Sofía: mejor dicho, adoraba en ella á la mujer que yo habia soñado, á la mujer que no habia buscado, porque no creia posible que existiese.

—¿De modo que esa desdichada, porque muy desdichada debe ser y muy bella, muy digna y muy pura cuando has sentido por ella una caridad que has confundido con el amor, no tiene derecho ninguno para reprocharte, si sabe que amas á otra?

—Nó: dije, insistiendo en mi impía mentira.

—Pues bien, esto me tranquiliza porque te creo. Todo se reduce á que procuremos endulzar el infortunio de esa desdichada, en cuanto puede dulcificar el infortunio el dinero dado con buena voluntad y pureza de corazon.

—¡Ah, Sofía, eres tambien caritativa!

—Nó, no se puede llamar caridad lo que no cuesta sacrificio. La verdadera caridad es la del pobre que da á otro más pobre que él parte de su pan, del pan de sus hijos, la que expone su vida por la vida de un sér á quien no ama; porque si le ama, no obra la caridad sino el amor: nó; los ricos que dan, sin que por lo que dan se priven de nada, son muy vanidosos si se creen caritativos. Yo he dado mucho por compasion, pero tambien he gastado por capricho enormes cantidades que podian haber sido dadas á los pobres: nó; yo no he buscado nunca á la desgracia, la he consolado cuando la he visto, y esto no es ser caritativo, es ser compasivo.

—¡Ah! ¡Sofía! á cada momento te amo más.

—Me alegro mucho; pero vengamos al objeto de que nos ocupábamos. ¿Qué has hecho tú por esa mujer?

—Nada.

—¡Nada! ¿ella no ha aceptado nada? ¡es soberbia! dijo con disgusto Sofía.

—Nó: es que tiene diez y siete años, está sola en el mundo y no podia por decoro aceptar nada de mí.

—¡Sola en el mundo!

—Sí: cuando yo la encontré poco despues de haberme encontrado tú en Toledo, iba sola.

—¡Sola!

—Acompañando una camilla del hospital de locos donde iba su madre.

—¡Dios mio! ¡pero esa es una desgracia horrible! ¿esa infeliz no tiene parientes?

—Sus parientes por lo que he podido comprender deben ser sus enemigos.

—¿A qué clase pertenece esa jóven?

—Por su traje, por su educacion, por sus maneras, á una clase distinguida.

—¿Cómo se llama? porque yo conozco á muchas gentes.

—Enriqueta.

—¿Enriqueta de qué? dijo con vivo interés Sofía.

—No lo sé; pero sé el nombre de su madre.

—Bien, ¿pues el nombre de su madre? dijo con una nerviosa impaciencia Sofía.

—Inés de [illegible].

—¡No! ¡no puede ser! [illegible] con voz entrecortada Sofía, [illegible] una muerta... [illegible] duda... [illegible]

—¿Pero por qué [illegible] la pregunta [illegible]

—Espera... [illegible] Enriqueta?

—Sí.

—¿Es [illegible] espiritual [illegible]

—Sí: [illegible]

—¿Y [illegible]

—Sí.

[illegible]

—Entónces la madre de Enriqueta, dijo Sofía alentando apenas, es la esposa de mi padre... y abandonada... loca... ¡esto es horrible!

—Si la madre de Enriqueta es la esposa de tu padre, ¡Enriqueta es tu hermana! exclamé sintiendo una angustia infinita.

—Nó: Enriqueta es hija del primer marido de Inés de Fálces.

Y se levantó nerviosa, engrandecida por la situacion.

—Ven, me dijo, vamos á buscar á mi padre.

Y me asió de la mano.

Yo me dejaba arrastrar maquinalmente.

Sofía adelantaba de una manera rápida, atravesando habitaciones hácia la habitacion de su padre.

Cuando llegamos á ella, Sofía se lanzó dentro de una manera violenta, llevándome consigo.

El marqués no estaba en su habitacion.

Sofía tocó el boton de un llamador.

Inmediatamente se presentó un criado.

—¿Dónde está el señor? preguntó Sofía.

—Ha marchado, dijo el criado.

—¡Que ha marchado! exclamó con extrañeza Sofía.

—Sí señora: me ha dicho que un asunto importantísimo le obliga á emprender un viaje, y que por no afligir á vuecencia no se ha despedido de ella.

—¡Oh! ¡habrá ido á Toledo! dijo con alegre expansion Sofía.

—El señor no ha dicho á donde iba, dijo el criado: pero tengo en mi poder una carta muy gruesa que me ha dejado para que la entregue á vuecencia.

—¿Una carta gruesa para mí? dijo Sofía volviendo á ponerse pálida como una muerta.

—Tengo además otra del señor marqués para el señorito.

—¡Pronto, pronto esas cartas, Eusebio! exclamó Sofía con violencia.

El criado desapareció.

C.

—Esto es extraño, inverosímilmente extraño: yo no lo comprendo, no lo puedo comprender: dijo Sofía: ¿cómo, por qué me deja mi padre sola? ¿por qué no se ha despedido de mí? Ni tampoco, porque yo no puedo quedarme sola.

Yo callaba; no podia hablar; estaba aterrado por el presentimiento de algo espantoso.

Como que yo creia que el marqués no era padre de Sofía.

Como que sabia hasta qué punto era infame el marqués; como que era necesario temerlo todo por terrible que fuese la suposicion de lo que aquello podia ser.

CI.

Eusebio volvió, entregó una carta voluminosa á Sofía, otra carta sencilla á mí, y se retiró.

Yo, previendo lo que podia suceder; debí haber evitado que Sofía abriese aquel pliego que yo miraba con espanto.

Pero el espanto me coartaba.

Ni áun tuve accion para abrir la carta que me habia entregado Eusebio.

De repente, Sofía que habia abierto el pliego lanzó un grito agudo, seco, desgarrador.

Acudí á ella.

Estaba inmóvil, rígida; no veia; no sentia.

Tenia la mirada fija, espantada, más aún... no encuentro la frase... horrible, infinita... en una carta, ó mejor dicho, en un pliego pequeño de papel en cuya primera línea leí, buscando ansioso la causa del espanto de Sofía.

Aquella primera y terrible línea decia:

«Tu madre fué una miserable, una infame y tú no eres mi hija, tú eres la hija del crímen.»

CII.

Sofía tembló de una manera violenta: su semblante se contrajo, sus ojos dejaron ver la expresion del

valor que domina el espanto, se apretó la mano en el pecho sobre el corazon, y luego hizo un valiente movimiento de aceptacion de su suerte, tal como su suerte se la presentaba de improviso, de una manera tan ruda, tan violenta, tan terrible.

Nunca he visto tanto valor.

Nunca una hermosura tan sublime.

—Debe ser verdad, dijo con la voz opaca, pero segura: no es mi padre. Si fuera mi padre no me hubiera dicho esto.

De repente su semblante cambió de expresion y lució en él una esperanza que tenia mucho de espantosa.

—¿Y si se ha vuelto tambien loco? exclamó.

Pero, añadió inmediatamente con una expresion y un acento en que se revelaba su alma de ángel:

—¡Ah, nó, Dios mio, nó! ¡quiero mejor no tener padre que ver á mi padre loco!

Y á seguida gritó:

—¡Ah, Dios mio! si mi padre no está loco, si ese hombre no es mi padre, mi madre...

Sofía, devoró en su pensamiento porque no saliese de sus labios la conclusion de la frase.

—¡Sí! ¡sí! añadió: ¡el marqués está loco! Mi madre... ¡Ah! ¡nó, nó! una infame, una miserable, no puede dar á luz mas que á una miserable, á una infame; y yo no soy, nó, ni infame ni miserable.

Sofía calló, me miró fija y serena, aunque múy pálida, y me dijo:

Yo no podia amar de una manera absoluta á dos mujeres; y al revelárseme Sofía, me habia dejado ver completamente la mujer que yo habia soñado.

Lo que Enriqueta me hacia sentir era una caridad ardiente, una caridad profunda.

Una caridad que me habia engañado, en que habian tomado fatalmente parte los sentidos, porque Enriqueta era deliciosa, hechiceramente bella, como Sofía era admirable, deslumbrantemente hermosa.

Mis sentidos luchaban aún, recordándome los encantos de Enriqueta.

Pero mi alma entera se adheria ansiosa al alma de Sofía; se confundia con ella.

¡Oh! ¡qué lucha, Dios mio! ¡qué lucha!

El corazon humano es incomprensible; la contradiccion de los afectos es su más grave enfermedad.

Ó para comprender, para explicar las contradicciones del corazon humano respecto al amor, es necesario clasificar el amor, ó mejor dicho, definir el amor.

¿Qué es el amor?

La definicion es difícil.

Yo diria que el amor es la tendencia de un sér hácia otro sér; la necesidad de vivir de la manera más completa posible la vida del sér amado, y de que él viva nuestra vida: es decir; reducir á una cantidad mayor, dos cantidades iguales.

Hacer de dos séres un solo sér moral.

Ahora bien, lo natural, lo lógico parece ser, que,

si por una razon de simpatía, amando ya á una mujer encontramos otra que tenga las mismas cualidades morales y encantos físicos de un atractivo semejante á los de la mujer que ya amamos, amemos tambien á la otra que es su semejante, ó lo que es lo mismo, que nos impresiona con igual fuerza por lo moral y por lc físico.

Pero esto que parece lógico, es absurdo.

Porque nuestra alma es indivisible; porque no podemos partirla, reducirla á dos, tres ó más porciones.

Por lo mismo no puede decirse que el amor es la tendencia de un alma hácia otra alma: el resultado de un atractivo irresistible en lo físico y en lo moral.

No; porque claro es que la cuestion se reduciria á un problema de geometría, como si dijéramos; si á una extension dada puede superponerse otra extension igual y semejante á ella, claro es que pueden superponerse hasta lo infinito extensiones que sean entre sí iguales y semejantes.

Nó, no es eso; recibida esa teoría iriamos á parar á las costumbres de las civilizaciones antiguas; á la poligamia.

Esto no puede ser, porque bien mirado... bien mirado lo que resulta es, que yo me embrollo y que no sé lo que es amor, como no digamos que es un sentimiento misterioso que no comprendemos.

Que por consecuencia no sabemos lo que es el amor, que no conociéndole perfectamente estamos sujetos á error, y es muy posible que creamos amor, lo que

¡Oh, Dios mio! los sucesos ter
inverosímiles, llovian sobre mí.

CIV.

Seguí á Sofía que me llevó á su
llamar á sus doncellas tomó una m
pota, un abanico y una sombrilla.

—Salgamos de aquí; me dijo; ni
en esta casa.

—Pero yo no puedo salir así,
cuarto.

—Pues bien vamos á tu cuarto;
de tí, porque tú eres lo único que
traña representa mi familia: á no s
mos que no soy hija de tu tia.

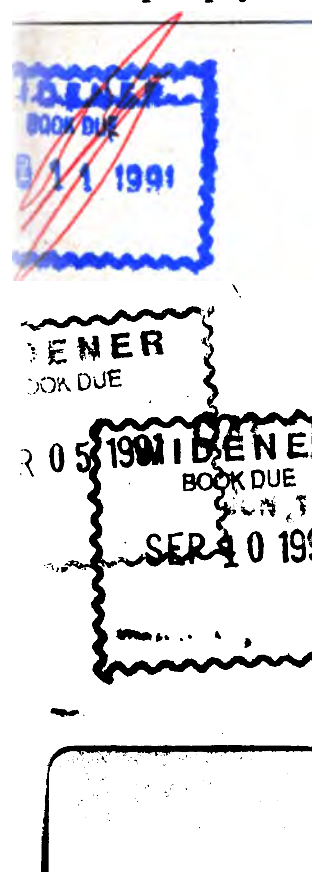
—¡Oh! si eso fuera nos casariamo
dias, porque no habria necesidad de

—Vamos, vamos cuanto ántes á
casa me ahoga.

CV.

Me puse una levita, el sombrero y
poniendo en mi bolsillo todo el din
traido de Toledo, salí con Sofía de la
qués.


3 2044 013 014


BOOK DUE
1991
ENER
OOK DUE
R 0 5 1991
BOOK DUE
SEP 1 0 19

¡Oh, Dios mio! los sucesos terribles, espantosos, inverosímiles, llevian sobre mí.

CIV.

Seguí á Sofía que me llevó á su habitacion, y sin llamar á sus doncellas tomó una manteleta, una capota, un abanico y una sombrilla.

—Salgamos de aquí; me dijo; ni un momento más en esta casa.

—Pero yo no puedo salir así, necesito ir á mi cuarto.

—Pues bien vamos á tu cuarto; ya no me separo de tí, porque tú eres lo único que en esta casa extraña representa mi familia: á no ser que descubramos que no soy hija de tu tia.

—¡Oh! si eso fuera nos casaríamos dentro de ocho dias, porque no habria necesidad de dispensa.

—Vamos, vamos cuanto ántes á tu cuarto: esta casa me ahoga.

CV.

Me puse una levita, el sombrero y el baston, y poniendo en mi bolsillo todo el dinero que habia traido de Toledo, salí con Sofía de la casa del marqués.

Al ver los criados que Sofía salia de su casa sola conmigo y asida de mi brazo, nos miraron con asombro, pero no se atrevieron á decir ni una sola palabra.

Eran las cuatro de la tarde y hacia mucho calor.

—Ahora bien, dije: ya estàmos fuera de la casa de ese miserable; pero á dónde ir, yo no soy tu marido.

—Y bien, dijo Sofía andando lentamente; la situacion no puede ser más embarazosa. Yo no puedo, no debo presentarme contigo sola, me conoce todo el mundo: supondrian lo que es necesario evitar que nadie suponga. Pero ¡ah! por allí viene un coche de alquiler y viene vacío: haz que pare.

Hice seña con el baston al cochero y se acercó á nosotros.

Abrí la portezuela y Sofía entró.

—¿Qué dinero llevas? me preguntó.

—Unos diez mil reales en oro y billetes; la dije.

—Quédate con mil reales y dame el resto.

—Nó, tómalo todo: la dije, dándola un puñado de oro que tenia en el bolsillo y sacando de mi cartera unos billetes de banco.

—No: dijo Sofía, devolviéndome uno de mil reales; me sobra con el dinero que llevo. No puedes tú adivinar para qué es este dinero.

—¿Para entrar en una casa de pension, sin duda?

—No me recibirian, no pueden recibirme: además, yo no me separo ya de tí; tú eres lo que me

queda de mi familia, lo único que tengo en el mundo. ¿A qué hora sale tren para Toledo?

—A las seis y media.

—Es demasiado pronto: ¿cuándo sale el último?

—A las ocho y media.

—Espérame á las ocho en la entrada de la estacion.

—¡Te vas sola! dije con inquietud.

—¡Ah, no! nada temas, Juan; si yo no te conociera, si yo no te comprendiera, si no fueras mi primo hermano, si no hubieras de ser mi marido, ni yo te hubiera pedido este dinero, ni me hubieras vuelto á ver. No debes venir conmigo por dos razones; primera, porque es necesario que no nos vean juntos; segunda, porque tengo muchas cosas que hacer, mucho que andar, y te aburririas. Me voy pues sola: toma esta carta cerrada y esta otra que no he acabado de leer; quiero que las leamos juntos.

Y me dió aquellos papeles.

—Prométeme formalmente, solemnemente, qué, contengan lo que contengan estos papeles, no me lo ocultarás.

—Te lo prometo.

—Pues adios, Juan: hasta las ocho, en la estacion del ferro-carril.

—Adios, la contesté con la voz ahogada, porque tales y tan extrañas eran las cosas que me acontecian, que me venian aconteciendo durante algun tiempo, que temí no volverla á ver.

Cerré la portezuela, y Sofía dijo al cochero:

— A la Puerta del Sol.

El carruaje partió, y yo me quedé inmóvil, trastornado, en el mismo lugar en que estaba cuando el carruaje habia partido.

Cuando me rehice, el carruaje habia desaparecido ya.

Entónces, pero tarde, me arrepentí de haber dejado marchar sola á Sofía.

En la situacion dificilísima en que se encontraba, yo no debí separarme de ella.

Era preferible que murmurase el mundo cuanto quisiese á la ansiedad en que yo me quedaba.

Y, sin embargo, Sofía tenia razon en evitar que nadie pudiese suponer nada deshonroso para ella.

Pero me asustaba la terrible serenidad de Sofía, y esta serenidad me hacia aventurar suposiciones espantosas.

Me acordaba de que Enriqueta en una situacion semejante, viéndose sola en el mundo, habia recurrido al suicidio.

Concebir esta idea y dar á correr en la misma direccion que habia tomado el carruaje, fué cosa de un momento.

Pero ántes de llegar á la calle de Alcalá, me detuve.

Medité que hacia ya algunos minutos que el carruaje habia partido y que me era imposible alcanzarle.

Y luego, no debia temer que Sofía se suicidase, porque entónces, ¿á qué haberme pedido aquel dinero?

Sin embargo, aquello podia no haber sido otra cosa que un medio para tranquilizarme, para hacerme suponer que ella no pensaba en el suicidio.

Pero á haber concebido Sofía aquel terrible pensamiento indudablemente se hubiera llevado consigo las cartas del marqués.

Debia desear ántes de arrancarse la vida, conocer por completo la causa de su situacion.

Además, ella que al expresar yo el pensamiento de matar al marqués me habia dejado oir su opinion acerca de que el hombre debe dejar obrar á la justicia y á la providencia de Dios sin recurrir al crímen, no podia haber concebido la idea del suicidio.

Yo me aturdia, yo me embrollaba, yo estaba loco.

Me sentia enfermo, y comprendia que sólo me alentaba, que sólo me tenia de pié, la enormidad de la situacion.

Las cartas del marqués que tenia aún en la mano, por un fenómeno sin duda de la situacion moral en que me encontraba, me pesaban como plomo, me quemaban la mano.

Ansié saber lo que aquellas cartas contenian, y me encaminé á un cafetin muy poco concurrido que habia en la calle de Alcalá, pedi un refresco por pedir algo, y metido en un rincon, vuelto el rostro á la pared para evitar que nadie viese la emocion que in-

dudablemente debia causarme la lectura de aquellas cartas, desdoblé la más pequeña, la que estaba contenida en un pliego pequeño de papel timbrado con las armas del marqués, y leí lo siguiente:

CVI.

« Tu madre fué una miserable, una infame, y tú no eres mi hija: tú eres la hija del crímen.

Del crímen más odioso, más aleve, más cobarde que puede cometerse.

De un crímen que justifica toda venganza, y por el cual toda venganza es poca por terrible que sea.

Porque ese crímen mata el alma, la condena.

Ese crímen es el adulterio.

Yo he sido víctima de él por la infamia de tu madre.

Yo por él he sentido y siento una rabiosa sed de venganza.

Pero hasta en esto he sido desgraciado; no he podido vengarme.

Tú, siendo una excepcion, una anomalía, has frustrado mi venganza.

He oido tu conversacion con tu imbécil primo, y me he convencido con rabia de que en vano he pretendido viciar tu alma, de que eres un ángel fuerte, de que tienes el valor del mártir, y no tendrás nunca la perversidad de un demonio.

¿Con que te fingias caprichosa, voluntariosa, por aliviar mi tristeza, porque habias comprendido que era tanto mayor mi alegría, cuanto mayor era la extravagancia de tu deseo?

Sí, yo me alegraba porque creia que tu alma se viciaba más y más, porque creia que serias capaz de todo en el momento en que te sintieses contrariada.

Porque te creia dotada de perversas propensiones que no se revelaban, porque no te se contrariaba jamás.

Yo habia visto con placer tu casamiento con tu primo, porque tu primo está tambien bastante mal educado, y vuestra union hubiera producido, á ser tú cual yo te creia, unos magníficos resultados.

Te veia yo tan infeliz en el porvenir, como necesitaba verte á tí, el recuerdo vivo de mi deshonra, de mi rabia, de mi amor burlado, de mi confianza escarnecida.

Creia ya abierto para tí en la tierra un infierno que yo gozaria, un infortunio en que saciaria en alguna parte mi odio hácia tí.

Yo no soy de esos hombres que matan para vengarse.

La muerte es un dolor breve, y Dios extrema su misericordia para con aquellos que son asesinados.

Pero puedo herirte en el alma haciéndote conocer á tí, tan digna y tan pura, lo impuro y lo indigno de tu madre.

Despues de esta revelacion que encontrarás ex-

tensa, detallada, en el adjunto escrito, nada tengo que decirte, porque tú harás lo que debes hacer.

Saldrás de mi casa.

Siempre te quedará abierta la de tu estúpido primo.

Si como espero, á pesar de ser tú un ángel, tu primo te hace desgraciada, no me volverás á ver.

Pero si por un fenómeno inverosímil encuentras tu felicidad y el bálsamo de la herida que te causo en tu union con tu primo, indudablemente nos volveremos á encontrar.

Adios, hasta la eternidad, ó hasta la vista.

Espero que no dudarás un solo momento del sincero, del cordial, del inalterable odio que te profeso.»

CVII.

Esta horrible carta que estaba escrita, á no dudarlo, con la mano izquierda para desfigurar la letra y que no contenia ningun nombre propio, era por lo rabioso, por lo infame, por lo incomprensible de la venganza lenta, fria, tenaz que en ella se revelaba, esta carta, repito, era una nueva inverosimilitud.

Indudablemente yo no podia enloquecer, puesto que ya no habia enloquecido.

Sentia una cólera mortal contra el marqués, y un deseo voraz de haberle á las manos, á pesar de las cristianas teorías de mi prima sobre la venganza, y del predominio que Sofía tenia sobre mí.

Aquella maldita carta tenia sobre mí una atraccion tal, que la leí tres veces.

Tres veces, en cada una de las cuales, acreció mi sombría rabia, mi ánsia por la sangre del marqués, si era que el marqués tenia sangre.

Despues abrí el pliego cerrado, en cuyo sobre se leia tambien «A Sofía de Alvarez y de Avila» y emprendí su lectura.

CVIII.

Lo primero que encontré fué un papel escrito con mano trémula en el que habia señales redondas y un tanto amarillentas que parecian causadas por un líquido y que sin duda no eran otra cosa que lágrimas.

Lágrimas que se habian vertido sobre aquel papel, y mientras una mano temblorosa escribia.

Lágrimas que cayendo sobre algunas letras acabadas de escribir habian dilatado la tinta.

Lágrimas que se habian secado, pero que secas excitaban aún el sentimiento de una manera punzante, y eran la elocuencia muda del dolor sobre el contexto terrible de aquel escrito.

Hé aquí lo que aquel escrito contenia.

CIX.

«*Duplicado.* Ante Dios y ante mi conciencia, espirante, próxima á comparecer ante la eterna justicia, debo declarar que mi hija Sofía, á quien se tiene por hija legítima de mi esposo don Pedro de Aranda, capitan del regimiento de Húsares número 8, no es su hija.

Su generosidad al perdonarme, al aceptar como hija suya á mi pobre Sofía, me obliga á hacer esta declaracion solemne escrita por mi mano para garantizar a mi esposo si por una eventualidad fuese necesario un dia probar que Sofía no es su hija.

MAGDALENA DE ÁVILA.»

Esta carta, este escrito, esta manifestacion hecha por la mano débil y temblorosa de una moribunda, y regada con sus lágrimas, me hizo sentir todo su frio, todo su desesperado, todo su punzante dolor, que guardaba en sí vivo y concentrado.

Con una ánsia infinita, con una excitacion febril, volví esta hoja de papel que estaba cosida á las otras hojas, y leí.

CX.

«Inútilmente buscaria yo un prólogo más á propósito para la parte de mis Memorias que voy á escribir, que la anterior manifestacion *in articulo mortis* de la mujer que fué mi esposa, de Magdalena de Ávila.

Escribo estas Memorias en el mismo dia en que mi falsa hija empieza á velar al lado del lecho de su primo hermano, Juan de Acebedo y de Ávila, que está aletargado, inmóvil, sujeto á un gravísimo accidente, por no sé qué tontería que le ha excitado los nervios.

Mientras mi hija, locamente enamorada de su primo, vela junto á él, yo escribo.

Es la media noche; esa hora fastástica que diria un poeta: todo escrito tiene un objeto, y por consecuencia éste lo tiene tambien, y altamente moral.

En cuanto mi sobrino político Juan se case con su prima hermana Sofía, mi hija postiza, tomo la posta y me voy á ver desde léjos lo que de este originalísimo casamiento resulta.

Sofía, es muy posible que en cuanto Juan, pasada la luna de miel se desimpresione y quiera ser dueño de su casa, encuentre que el amor conyugal no es lo que ella habia creido, y empiece á dar buenas muestras de la educacion que yo la he dado previendo esto y porque yo á pesar de que mi so-

brino politico es un pobre demonio, le amo, porque se parece á su tia, y él no tiene la culpa de que su tia fuese una miserable, quiero darle un arma para que con ella tenga en jaque á su mujer, y se haga temer de ella todo lo posible.

Y sobre todo, que seria una inmoralidad, de que no me siento capaz, ocultar á Juan la verdadera procedencia de su esposa.

Bueno es que sepa lo que fué la madre para que se ponga en guardia, ó á lo ménos para que no le coja de susto, lo que puede ser la hija.

Dicen que las mujeres heredan pocas veces las cosas buenas de las madres; pero que siempre heredan las malas.

Si esto es verdad, Sofía va á hacer deliciosamente feliz á mi sobrino político.

Pero evitemos digresiones y entremos en materia, porque necesito concluir estas Memorias al amanecer para ir á relevar á Sofía en el cuidado de ver si mi sobrino político abre los ojos ó no los abre.

Entre paréntesis: como yo tengo interés en que Juan se case con Sofía, porque va ha resultar un matrimonio admirable, voy á despedir ál médico que es un asesino á sangre fria, sin odio y sin provecho, porque no ha de heredar á Juan si se muere.

Desde ayer acá le ha sacado no sé cuanta sangre, y mucho me temo que la cosa no tenga ya remedio.

En ese caso, muerto Juan, estas Memorias son por



el momento inútiles; pero podrán servirme para cuando Sofía se case con otro.

Continúo, pues, ó por mejor decir, concluyo el exordio, y empiezo la narracion.

Tenia yo veinte y cinco años y era capitan de húsares del regimiento número 8.

No era rico, como ahora lo soy, gracias al trabajo que me ha costado serlo, pero era un hermoso capitan de húsares y me sentaba muy bien el dorman.

Tenia el corazon más hermoso, ó por mejor decir, el corazon más ciego y más estúpido del mundo.

Creia en todo, en la virtud, en el honor.

Por todas partes veia yo hombres de honor y mujeres de corazon.

Era, pues, un chiquillo que tenia una hoja de servicios con no sé cuantas acciones de guerra y no sé cuantas batallas. Mi coronel, don Ginés de Alvarez, que parecia muy buen hombre, y decia de mí que era un excelente chico, un chico de corazon y uno de los capitanes más bravos del arma, me queria mucho, mucho, y tanto, que fué padrino de mi boda cuando me casé en Sevilla en 184... De mi mujer, decia, que era completamente mi costilla. Don Ginés era un hombre de cuarenta y cinco años, y á pesar de ser coronel tenia un no sé qué que olia á clérigo.

Estaba sermoneando siempre acerca de la moral, dirimiendo siempre las cuestiones de los oficiales, no como un coronel, sino como un padre, y recomendando siempre que en cuanto fuese compatible con

la severidad de la disciplina, se tratase con paciencia y con caridad al soldado, que harto trabajo tenia con serlo.

¡El sino! ¡La predestinacion!

Don Ginés habia nacido para cura, y era militar por equivocacion.

Sin embargo, por mas que yo tenga razones particulares para no ver nada bueno en don Ginés, para considerarle como un hipócrita execrable, como un malvado por las razones que se verán más adelante, como militar seria una ridiculez negarle lo que valia.

Con su jovial franqueza, con sus maneras distinguidas, con su figura delicada y todavía bella, porque se conservaba el maldito, con su palabra dulce y su mirada tranquila, era el soldado más duro y más bravo que he conocido.

Un coronel de caballería completamente bizarro, en toda la extension de la frase, y un excelente jefe.

Él, que recomendaba la caridad y la paciencia para los defectos del soldado, cuando estos defectos afectaban en lo más mínimo á la disciplina ó á la moralidad, era severo é inexorable; pero siempre con la ordenanza en la mano.

Este hombre de complexion delicada y carácter dulce, aguantaba con una serenidad pasmosa el fuego que se venia sobre nosotros cuando estábamos á pié firme: y cuando llegaba el caso de cargar, nadie lle-

gaba ántes que él al enemigo, ni se daba una cuchillada ántes que la suya.

Este inverosímil clérigo, pues, con corazon de soldado y tres galones de coronel, me queria mucho, como he dicho, me elogiaba mucho, y se hacia lenguas de la manera más natural del mundo en alabanza de las grandes dotes de Magdalena, mi mujer.

Pasaron dos años desde el dia en que fué padrino de mis bodas el coronel don Ginés de Alvarez.

Durante aquellos dos años, frecuentó mi casa de la manera más natural del mundo.

Pero pasados aquellos dos años empezó á escasear las visitas y á prolongarlas cada vez más, hasta que al fin cesaron de todo punto.

Notaba yo que mi vista le causaba algo que hubiera podido llamarse contrariedad, que se mostraba conmigo ménos comunicativo que de costumbre, hasta que por último, me trató como á los demás oficiales; con finura, con consideracion, sí, pero sin predileccion, sin distincion alguna.

Yo no sabia á qué atribuir esta mudanza de don Ginés.

Era yo demasiado sencillo, mejor dicho, demasiado simple entónces.

Yo era lo que puede llamarse un buen muchacho.

Cuando considero lo que entónces era y lo que soy ahora, casi me persuado de que el capitan Aranda murió cuando murió su honor, y que el teniente general marqués de Puertoseco, padre aparente de So-

fía, nació el mismo dia en que nació su hija aparente.

¿Y por qué no he de persuadirme de ello, si esto es verdad bajo el punto de vista moral, y áun bajo el punto de vista físico? Porque el esqueleto con forro de piel árida, no puede compararse con el hermoso capitan Aranda.

Yo he tenido dos vidas, dos cuerpos, dos almas.

El capitan murió, y el teniente general no es más que una transformacion de él.

Un dia recibí la órden de ir con mi compañía destacado á Chiclana.

Hacia mucho tiempo habia yo comprendido que mi mujer no me amaba, que no me habia amado jamás; pero más enamorado que nunca de mi mujer, era completamente infeliz.

Por lo mismo, como sabia que su amor hácia mí no podia ser para Magdalena la compensacion del sacrificio de vivir en un poblachon, la dejé en Sevilla; porque si Magdalena no me amaba, ni áun por sueños podia yo pensar que faltase á su honra y á la mia.

Pasó tiempo, tiempo.

Magdalena contestaba con una gran precision á mis cartas, pero de las suyas no se desprendia ni un átomo de amor.

Eran secas: rebosaba de ellas el disgusto con que las escribia.

Yo, sin embargo, esperaba ansioso aquellas duras

cartas, besaba cuando las abria el nombre de Magdalena, y las amaba, porque ella las habia escrito, porque sus manos habian tocado aquel papel, porque en él durante algun tiempo, se habia fijado la mirada de sus hermosisimos ojos negros. Generalmente, algunas lágrimas del bravo capitan de húsares caian sobre las cartas de su mujer.

¡Qué imbécil era yo entónces! ¡Qué neciamente soñador de virtudes desinteresadas! ¡Qué suponedor tan sándio de dignidad, de honra, en todo el mundo! ¡Qué poeta tan insípido y tan buscador de consonantes difíciles!

Pero el mundo sabe que Magdalena de Avila fué la primera mujer del marqués de Puertoseco.

De modo, que el marqués de Puertoseco está unido con el capitan Aranda por el nombre de una mujer; por un lazo de honor roto; por una prenda de venganza representada en Sofía.

A los pocos meses de mi separacion de Magdalena, yo, que recibia sus cartas hasta entónces á vuelta de correo, empecé á recibirlas con una tardanza de ocho dias.

Yo creí que esto no representaba otra cosa, sino que á Magdalena empezaba á hacérsele duro el contestarme á vuelta de correo.

Temí que sucesivamente fuesen tardando más las contestaciones, pero no sucedió así.

Durante cuatro meses, todas mis cartas tardaron invariablemente ocho dias en ser contestadas.

Yo nada deduje de esto.

Seguia besando el nombre de mi mujer, seguia leyendo estremecido sus glaciales cartas, seguia vertiendo algunas lágrimas sobre ellas.

Es decir; continuaba siendo imbécil.

Un dia recibí un anónimo terrible.

Un anónimo qué solo tenia por firma la siguiente frase: *Un amigo tuyo.*

He leido tantas veces aquella carta, que la sé de memoria y voy á copiarla á continuacion.

Héla aquí.

«Seria yo cómplice de una infamia, si al saberla no te la revelase. Hace cuatro meses que tu mujer no está en Sevilla: salió con pretexto de ir á baños, y sólo por una casualidad se ha sabido que no está en Cádiz, sino en Alcalá de Guadaira: allí la ha visto una amiga de otra amiga de uno de tus compañeros, y como las mujeres no perdonan nunca á la que es más hermosa que ellas, han dicho que han visto á Magdalena del brazo de nuestro coronel, y parece dar algun fundamento á esto, el que muchos dias don Ginés monta á caballo, sale de Sevilla con un asistente, y vuelve al otro dia. Despues de esto, tú verás lo que debes hacer: yo te aconsejaria untaras un poco la mano al médico de ese pueblo, para que dijera que estabas tan enfermo que no te se podia ver, metieras á tu asistente en tu cama con órden de tener vuelto el rostro á la pared, so pena de desollarlo vivo si faltaba á la consigna; dejaras de guardia á tu

sargento primero, que es un perro de presa y que te quiere mucho, con órden de no dejar entrar á nadie más que al médico y al teniente Vargas, á quien debes confiar que te vas de Chiclana por dos ó tres dias, pretextando unos amores con una cortijera, y te salgas de noche, llegues de noche á Alcalá de Guadaira, te metas en la casa de tu mujer, que vive en la calle Ancha, número 10, y no te vuelvas hasta que tu mujer sepa que lo sabes todo, y que has levantado la tapa de los sesos á don Ginés; despues de lo cual te vuelves á tu Chiclana, echas de la cama á tu asistente y te metes en ella y adivina quien te dió. Así puedes vengar tu honor sin exponerte á que te fusilen por haber abandonado tu destacamento y sin que te pidan cuentas, porque don Ginés, tu mujer, *etcetera* hayan ido á cenar con el diablo. — Un amigo tuyo.»

Cuatro dias despues, estaba yo verdaderamente enfermo en la cama, que en mi alojamiento habia ocupado durante cuatro dias mi asistente, sin que le viera nadie más que Silvestre Correa, mi sargento primero, el teniente de mi compañía Vargas Machuca, que era el chico más guapo del mundo, y el médico del pueblo, á quien yo habia tapado la boca con oro.

Por aquel mismo tiempo estaba en Alcalá de Guadaira, y atravesado de parte á parte de una estocada el buen don Ginés de Alvarez.

Yo estuve dos meses en la cama, entre la muerte y la vida, y cuando me levanté, ya era el hombre

que soy ahora, salva la demacracion, que esa ha venido lentamente con el odio y con la rabia.

Sin embargo, continué siendo bello en la apariencia y pude dos años despues sufrir el amor de una mujer.

Me casé otra vez con la hija de mi teniente coronel el marqués de Puertoseco, que era una preciosa niña de catorce años.

Pero esa es otra historia.

Lo que tenia que revelar respecto á Sofía lo he revelado ya.

Sofía me cree su padre, más aún, cree que yo la adoro.

Y en efecto, la aborrezco tanto, que mi aborrecimiento, casi, casi, es amor.

En cuanto á don Ginés, se sabe que no murió, pero no se sabe lo que se hizo de él.

Suprimo las declamaciones, las observaciones, los comentarios; porque son inútiles.

Creo haber demostrado con el sencillo relato anterior las razones que he tenido para educar á Sofía de modo, que no solamente se haga ella infeliz, sino que no puedan resistirla los que se pongan en contacto con ella.

La educacion forma el carácter de las personas; el carácter es el alma.

Yo podria muy bien callarme esto; pero si no se supiera que he obrado con intencion, mi venganza no seria completa.

Podrá argüírseme que Sofía es inocente; que ninguna parte tiene en la culpa de su madre.

Pero nosotros tampoco tenemos parte en la culpa de Adan y Eva, y, sin embargo, morimos, estamos desterrados del paraiso, y no somos inmortales y deliciosamente felices, porque á nuestros primeros padres, los dos grandes abuelos del género humano, se les ocurrió comer el fruto prohibido.

Esto no tiene réplica: esto es ortodoxo: las culpas de los padres caen sobre los hijos.

Y luego, el alma es inmortal, el alma no perece.

Dicen que el alma de las madres mira á sus hijas desde la eternidad, y sufren ó gozan con su desdicha ó con su felicidad.

Yo no creo en nada, por lo mismo que ántes creia en todo; pero por si es cierto que las madres ven desde el otro mundo á las hijas y sufren ó gozan por ellas, yo he procurado, combinando todos los elementos posibles, para que Sofía sea la más desdichada y la más miserable de las mujeres, que mi venganza alcance á Magdalena en la eternidad.

Está amaneciendo, y creo que nada más tengo que decir.

Voy á relevar á Sofía en el cuidado de su primo, de su futuro esposo, de su víctima ó de su verdugo en el porvenir.»

CXI.

No podia pedirse un refinamiento mayor de la venganza humana.

Yo habia creido siempre que hay hombres que tienen mucho de fiera; pero no habia podido sospechar que los hubiese hasta tal punto feroces.

Yo me aturdia reflexionando acerca de la perversidad de un hombre, que habiendo criado á una pobre niña, por más que esta niña fuese para él el recuerdo vivo de una injuria, de una herida cruel en el alma, no hubiese tenido en veinte años ni un sólo momento de grandeza y de perdon.

Yo no podia concebir que se pudiese aborrecer veinte años por un hombre, á una criatura que le llamaba padre y le amaba.

Era para mí fuertemente inverosímil, que dado un odio tan excepcional como el del marqués, pudiese este odio existir oculto veinte años sin irritarse hasta el punto de estallar, ó sin debilitarse hasta el punto de extinguirse.

Sentirse amado por una criatura tal como Sofía, y no amarla, era una cosa que no cabia en mi cabeza.

Yo la adoraba, y creia que no podia haber una persona que la conociese y que la tratase sin amarla.

Y en medio de todo esto, sentia yo un extraño placer.

El placer de poder demostrarla que yo la sobreponia á ella á todo.

A la venganza rastrera del marqués, porque indudablemente, si el marqués nos veia felices observándonos desde la sombra, era tal aquel infame, que no perdonaria medio para lograr que una venganza aleve, terrible, llegase á nosotros y nos hiriese por la espalda, cuando más felices nos sintiéramos.

Y no la sobreponia á esto sólo; sino tambien á las preocupaciones sociales que excluyen de la familia á los hijos ilegítimos.

¿Qué me importaba el mundo, si mi mundo era Sofía?

Además, Sofía quedaba completamente pobre con las necesidades de rica.

Mis veinticinco mil duros de renta bastaban para satisfacer las necesidades de Sofía, porque ya sabemos que no era caprichosa, y si el marqués lo habia creido, habia sido porque Sofía con su gran corazon, creyendo que causaba una grande alegría á su padre, dándole ocasion de satisfacer sus caprichos, los inventaba.

Yo, en fin, gozaba con la situacion tristísima de Sofía, porque Sofía iba á debérmelo todo; amor, posicion, familia, riquezas.

Tal es el egoismo del corazon humano, y mi egoismo, impremeditado, instintivo, no tenia más disculpa que el ser inocente y ciego.

De otra manera, hubiera sido repugnante y estúpido.

Porque el debérmelo todo, debia ser tristísimo para Sofía, y porque además, toda la felicidad que yo pudiera procurarla, debia estar amargada por la conciencia de lo culpable de su orígen.

Debia sentir de una manera íntima la vergüenza de sus padres.

Yo entónces no meditaba esto.

Sólo pensaba en que iba á serlo todo para Sofía.

Sin embargo, me propuse que Sofía no viese aquellos papeles.

Y para evitar una debilidad mia, saqué un fósforo y puse con él fuego á la carta, cuya primera línea habia leido únicamente Sofía, y á las infames Memorias del marqués.

Cuando ví reducidos á pavesas aquellos papeles, me pareció, no sé por qué, aliviado mi corazon de un gran peso.

Me pareció que habia quemado la venganza del marqués, y no sólo su venganza, sino la vergonzosa historia que aquellos papeles habian guardado escrita.

Me pareció por una aberracion hija del deseo, que aquella historia no habia existido, que habia sido un sueño.

Sin embargo, tenia en el bolsillo de mi levita otro papel que leer y que quemar.

Esto es, la carta que se me habia dado de parte del marqués.



La abrí y ví que decia:

«Mi querido y mi buen Juan: He tenido la debilidad de escuchar lo que habeis hablado tu prima y tú, y veo que he continuado siendo imbécil; que todas las teorías humanas son vagas, y que la educacion no determina de una manera tan absoluta como se cree, el carácter de las personas.

Yo he hecho mal en fiarme de vulgáridades, y he perdido veinte años de horribles sacrificios y de una inverosímil paciencia.

Está visto, que para hacer desdichada á Sofía, tengo que valerme de otros medios.

Afortunadamente te ama como yo amé á su madre; como la amo aún.

Si á tí te aconteciera una gran desgracia, si Sofía se viera privada de tí, indudablemente seria desgraciada hasta el último límite posible de la desgracia.

Como he empezado siendo franco contigo desde que te conozco, no quiero dejar de ser franco ahora.

Te advierto, hijo, que desde este momento estoy pensando en cómo te armaré una zancadilla para que vayas á presidio, y Sofía se encuentre con que ama á un presidario, que es el esposo digno que debe tener la hija del adulterio.

Va á ser delicioso un presidario con veinticinco mil duros de renta: y sobre todo, que Sofía sepa, como no puede menos de saberlo, que eres inocente.

No te rias, porque creas que esta carta mia, ni los otros papeles pueden exculparte, porque te advierto

que nadie podrá probar que esos papeles los he escrito yo, ni que provienen de mí.

Ellos, si los presentas en juicio, serán una prueba más contra tí; porque significarán que has premeditado el crímen de que te encuentras responsable, y has querido por medio de una farsa evitar el castigo.

Quisiera escribirte mucho más, pero temo que vuestra conversacion termine y vengais á buscarme.

Adios, querido mio; hasta la vista.

Para que veas la diferencia que existe entre mi letra reservada y mi letra comun, allá va esta en la adjunta tira de papel pegado con goma.»

En efecto, por bajo de la última línea habia escrito lo siguiente, en un carácter de letra completamente distinto del anterior:

«La paciencia y la constancia, hijas de la fuerza de voluntad, lo pueden todo.»

CXII.

Mi tio, mi noble y simpático tio, habia nacido para equivocarse.

Yo me reí de su carta.

No sé por qué, estaba seguro de que el marqués era impotente contra mí.

¿Ni cómo envolverme en un crímen?

Saqué un nuevo fósforo, y quemé tambien aquella carta.

CXIII.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando salí del café.

Aquellos terribles papeles que había leído, que ya no existian, habian causado en mí un efecto contrario de aquel que sin duda se había propuesto el marqués.

Me habia tranquilizado.

Sentia desarrollada en mí una actividad poderosa.

Sólo me afligía un pensamiento: el del dolor de Sofía.

Y, sin embargo, yo pensaba extremar tanto mi amor hácia ella, consagrarme á ella de tal modo, que la felicidad del amor calmase lo amargo de sus recuerdos.

De tal modo me habia rehecho, que sentia la cabeza ligera, sin dolor y llena de embriagadoras esperanzas, ó más bien, de enloquecedoras espectativas.

Anduve por las calles del centro hasta cerca de las ocho mirando el interior de todos los carruajes de alquiler, por ver si encontraba á Sofía, y al fin, á las ocho ménos veinte minutos, tomé uno y me hice llevar á la estacion de Atocha.

CXIV.

Apenas habia bajado del carruaje, cuando ví que de otro carruaje salian dos señoras.

En una de ellas reconocí á Sofía.

La otra era una señora de más edad.

Sofía, al verme, se acercó á mí con ansiedad.

La palidez, la laxitud de su semblante y lo lúcido y lo febril de sus ojos continuaban.

Se comprendia que era víctima de un sufrimiento agudo.

—Toma un coche de primera reservado para poder ir solos, tenemos que hablar cosas muy graves, me dijo.

Y luego, añadió dirigiéndose á la señora que la acompañaba:

—Es mi primo hermano don Juan de Acevedo y de Avila. Esta señora, es mi amiga doña Ana del Campo, viuda del brigadier don Felipe de Andrade.

Doña Ana y yo nos saludamos recíprocamente.

—Vé, vé, y toma los billetes del coche reservado, me dijo Sofía.

Poco despues, estábamos en el salon de espera aguardando la señal de montar en el tren, que no tardó en sonar.

Nos dirigimos á un coche de primera, en cuya por-

tezuela se leia en un tarjeton: *Reservado*, y poco despues el tren partió.

CXV.

Sofía estaba elegantísima, pero habia cambiado completamente de traje.

No llevaba sobre sí nada de lo que habia sacado de casa del marqués.

—¿Qué es eso, Sofía? la dije, ¡qué variacion tan completa de traje!

Sofía iba enteramente vestida de negro, á excepcion de la sombrilla, de la capota, que era de color de amaranto, de los guantes del mismo color que la capota, de las pulseras de oro sencillas con pequeños diamantes, y del abanico.

El resto del traje, es decir, el traje á excepcion de los cabos era de luto.

—Me he vestido de nuevo de los piés á la cabeza, me contestó: nada de lo que llevo puesto ha costado el dinero al marqués. Con las ropas que de casa del marqués habia sacado he hecho un lio, y con un criado de mi amiga lo he enviado á casa del marqués.

—¿Pero cómo en cuatro horas has encontrado un equipo completo?

—Me he ido en derechura en casa de mi modista; la he exigido, por el precio que me pidiese, un traje entre los que tuviese hechos que me viniese bien:

todo se reducia á que la persona para quien se habia hecho el traje esperase. Sólo habia uno de luto que pudiese servirme, éste; y me he alegrado porque su color está en armonía con el estado de mi alma. Lo demás es muy fácil de procurar: hice que lo llevasen todo á casa de mi querida Ana, que como es viuda y no tiene hijos se ha prestado á acompañarme.

Entónces comprendí para qué me habia pedido Sofía el dinero que llevase en el bolsillo.

—Lo que sucede á Sofía, dijo Ana, que era una señora de cuarenta y cinco años, bella aún y extremadamente simpática, lo que sucede á Sofía es horroroso, y sin embargo me alegro de ello.

—¡Cómo! dije dando á mi extrañeza el acento más cortés posible.

—Sí, me dijo doña Ana; porque esto provocará explicaciones necesarias, y el marqués comprenderá hasta qué punto ha estado engañado.

—Confieso, dije sonriendo, que yo soy quien no comprendo á usted.

—Ana, me dijo de una manera ardiente Sofía, ha conocido mucho á mi madre: el brigadier Andrade, marido de Ana, era compañero del marqués cuando éste era capitan de húsares.

—Llama padre al marqués, hija: exclamó Ana con energía, porque es tu padre, porque yo se lo probaré al tal don Pedro de Aranda cuando parezca, porque parecerá, te lo aseguro: entretanto, que pruebe si puede que no eres su hija. ¡Oh! ¡esto es

un absurdo! ¡calumniar á la pobre Magdalena, que fué una mártir, que le amaba con toda su alma! siempre he creido que Aranda estaba loco; pero no creí que su locura, que ha causado grandes males, llegase á tanto.

—No llamaré al marqués, mi padre, dijo conmovida Sofía, mientras el marqués no me pruebe que es falsa la única y terrible línea que he leido de la carta que dejó para mí; porque no he podido leer más que esa línea espantosa que no olvidaré nunca. «*Tu madre fué una miserable, una infame y tú no eres mi hija.*»

—Lo repito; el marqués está loco de remate, dijo Ana con viveza: las apariencias, los errores, la ceguedad de tu madre en no seguir mis consejos...

—Juan tiene los papeles que se nos entregaron de parte del marqués, dijo con creciente emocion Sofía; y esos papeles nos darán luz.

—He leido esos papeles y los he quemado, dije yo, y no diré una sola palabra acerca de su contenido.

—¡Que has quemado esos papeles! dijo Sofía con irritacion: ¿y por qué?

—Indudablemente ha hecho muy bien tu primo; porque esos papeles estarian llenos de enormidades; porque el marqués ha partido de un supuesto falso, de unas apariencias fatales, de un error, del cual yo sola por una afortunada casualidad puedo sacarle.

—¿Pero por qué obstinarte en guardar silencio? dijo Sofía.

—Porque tú no puedes, no debes oir lo que yo tengo que decir al marqués. ¿Si tu padre te dice, te jura que eres su hija, si cambia completamente para tí, si ves en él lo que nunca has visto, un amor delirante, franco y espontáneo, creerás que es tu padre?

—Sí; y en medio de todo, á pesar de lo que me ha desgarrado el corazon, presentando á mis ojos á mi madre de una manera terrible, yo le amo, Juan, yo le amo. El corazon, el alma, todo, todo me dice que su sangre es mi sangre; y á más de eso, en el retrato que conserva del tiempo en que era jóven, hay algo mio, algo que no puede equivocarse: la expresion producida por el alma en el semblante, el espíritu.

—¡Oh, sí! tú tienes la expresion de la terrible fuerza de voluntad que se ve en el retrato de tu padre, dije con asombro.

En efecto, en la expresion que tenia entónces el semblante de Sofía; expresion terrible, concentrada, que representaba una indomable fuerza de voluntad, y bajo la cual se sentia hervir la cólera, habia algo que establecia un indudable parecido entre Sofía y el marqués.

—Yo no tengo duda, añadió Sofía, de que el marqués es mi padre, y por lo mismo es para mí infinitamente más dolorosa la situacion en que me encuentro.

—No hablemos, no hablemos más de eso, dijo Ana: dejemos venir los sucesos, y entretanto, per-

míteme que me dé á conocer á tu primo, y que nos ocupemos de la situacion del momento: ella es indudablemente grave, gravísima, pero no desesperada: tú no estás arrojada de tu casa, no: yo diré á todo el mundo que has sido confiada á mí por tu padre, y veremos, aunque esto no sea cierto, si el marqués se atreve á desmentirme. Si está loco y desbarra, peor para él; porque le encerraremos en un cuarto y le declararemos sin seso para que nadie crea sus disparates, y por más que tú sientas, y todos lo sintamos, verle secuestrado, él lo sentirá mucho más. Cuando yo te digo que te tranquilices, Sofía, debes tranquilizarte; porque yo no estoy loca, porque tengo las pruebas claras, indudables, de la legitimidad de tu orígen; que cuando yo las haga conocer á tu padre, tu padre caerá de rodillas á mis piés; y cuando yo le levante, porque no me gusta ser adorada, ya no estará loco. Ahora, amigo mio, añadió Ana, démonos á conocer; porque siendo usted amado, como lo es por Sofía, yo no puedo ménos de estimarle mucho y de llamarle amigo.

—¡Oh, señora! basta con cruzar algunas palabras con usted para estimarla, para sentir no haberla conocido ántes.

—¡Oh, gracias, señor mio! dijo Ana; yo soy muy franca, hija de la ardiente region del Bétis; y si usted me fuera un tantito antipático, no seria yo tan comunicativa con usted. Sin embargo, veo, adivino en usted una cosa que me disgusta mucho.

—¿Y qué es, señora? la dije sonriendo, aunque por el estado de desolacion en que veia á Sofía tenia yo muy pocas ganas de sonreirme.

—Usted se parece mucho al marqués de Puertoseco, tal cual era en la época en que se casó con la madre de Sofía.

—¡Yo! ¡que me parezco á lo que era el marqués hace veintidos años! dije con acento de protesta.

—¡Ay! me respondió Ana: Aranda hace veintidos años, era el chico más guapo y más simpático del mundo; pero tenia un gran defecto: era soñador y vivamente impresionable: no conocia al mundo, y como él se habia hecho allá en su imaginacion un mundo ideal, no comprendia otro mundo que el que él habia soñado con arreglo á su deseo. Yo acababa de casarme con Andrade (y ahora empiezo á darme á conocer á usted), y por consecuencia, hacia muy poco tiempo que conocia á los oficiales de su regimiento, cuando salimos con que el capitan Aranda se habia enamorado, segun él decia, de un ángel: el cielo donde Aranda habia conocido aquel ángel era un colegio de señoritas, á uno de cuyos exámenes públicos habia sido, no sé por qué, convidado: Magdalena le habia parecido una ilusion, su tipo, su media naranja: no sabia hablar de otra cosa; creo que hablaba de ella hasta con su sargento primero: nos tenia hecha una Magdalena en los sentidos, y de tal manera, que todas las señoras de los oficiales del regimiento ansiábamos conocer aquel prodigio: yo, tal

vez por demasiado curiosa, ó por demasiado impresionable, ansié conocer á Magdalena, busqué y encontré con facilidad relaciones con una de las señoras que tenia conocimiento en el colegio, y conocí á Magdalena: usted la conoce tambien: mírela usted Acebedo (y volvió su mirada á Sofía): es ella, sin quitar ni poner: usted está loco por Sofía, se conoce á legua: pues bien: del mismo modo, el marqués estaba loco por Magdalena.

—Porque conozco hace mucho tiempo á mi tia, toda mi vida, sólo por su retrato; porque mi tia no me ha conocido, respondí, porque aunque nunca habia oido su voz, porque aunque sólo conocia su imágen muda, la amaba, al conocer á Sofía he creido que la habia amado toda mi vida.

—Me alegro mucho, dijo Ana, porque puede usted hacer completamente dichosa á su prima, si aprovecha usted la terrible leccion, que por desgracia encontrará en la conducta de Aranda como marido respecto á Magdalena: dando á conocer á usted el carácter de Magdalena y su conducta para con su marido, voy á dar á conocer á usted á Sofía, que se parece á su madre en el alma, tan prodigiosamente como en el cuerpo. Continúo: Magdalena y yo nos hicimos amigas á primera vista, y por mi amistad con ella fui en gran parte la causa de su casamiento con Aranda.

—¡Ah! exclamé: es decir, que mi tia no amaba de tal modo al marqués que no fuese necesario...

—¡Eh! poco á poco caballero, dijo con suma ligereza Ana y con suma gracia; ¡alto ahí! procuremos no indisponernos al principio de nuestro conocimiento; no, no es eso; no es lo que usted ha podido suponer pensando ligeramente; yo no impulsé; me reduje á aproximar á dos personas á quienes estimaba mucho, y que estaban locamente enamoradas la una de la otra; porque Magdalena amaba al marqués, es decir, á Aranda, que no soñaba entónces en ser marqués, como Aranda la amaba á ella: pero Magdalena era muy concentrada, muy altiva, se habia criado en el colegio, y desconfiaba de todo: este era un mal que produjo gravísimos resultados: el casamiento se hizo, y al otro dia noté con terror que Magdalena estaba arrepentida: ¿á qué atribuir esto? ¿quién podia adivinarlo? y, sin embargo, era muy sencillo: la misma locura del amor de Aranda habia alarmado á Magdalena; habia ofendido su altivez. Prepárese usted á oir la sutileza de las sutilezas, y á ver de qué modo la inocencia de una chica, dado un carácter especial, puede conducir á consecuencias espantosas. Tres ó cuatro meses de preguntas y de tiernas solicitudes me costó averiguar el secreto: entónces, ya Magdalena y Aranda estaban tan indispuestos, tan alejados, que podia decirse que eran infelices. A Magdalena se la habia metido en la cabeza que Aranda no amaba más que su hermosura, que no comprendia su alma, y me declaró formalmente que su dignidad estaba ofendida. En vano procuré disuadir-

la, en vano la dije que atrajese por medio del amor á Aranda, que á su vez estaba, y con razon, resentido de la frialdad y del altivo despego de su mujer.

—Pero eso es atrozmente inverosímil, señora; estoy sentenciado á que caigan sobre mí inverosimilitudes.

—¿Cómo, amigo mio? me dijo riendo Ana.

—Sí, si señora; todo lo que me sucede es inverosímil; todo lo que tiene relacion conmigo directa ó indirectamente, lleva el sello de la inverosimilitud.

—Porque no se para usted á reflexionar: si usted reflexionara, se convenceria con poco trabajo de que, lo que parece inverosímil no lo es: lo inverosímil no existe, por la sencilla razon de que lo que no puede ser no es.

—Permítame usted que la diga que ese es un sofisma; ménos que eso; un círculo vicioso.

—No disputemos; todo ello no es más que una cuestion de frase: todo consiste en que generalmente se llama inverosímil á lo que no es más que extraordinario.

—¡Ah! bien, respondí: acepto la salida por ingeniosa.

—Gracias: pero vea usted á Sofía: parece que ni áun escucha nuestras palabras; es, poco más ó ménos, tan incorregible como su madre.

—¡Ah, no! dijo tristemente Sofía: te escucho con extraordinaria atencion.

—Es decir, segun tu primo, con una atencion inverosímil.

—Sigue, sigue.

—Sigo pues: todo consistia en que Magdalena era terriblemente espiritual, inverosímilmente idealista, en que creia que el amor no era la union absoluta de dos séres, sino la union de dos almas: hé aquí el mal. Magdalena hubiera podido ser una prueba tangible de que existe el amor platónico, ese amor que se niega generalmente, porque generalmente no se comprende, porque se le juzga inverosímil cuando no es más que extraordinario. Aranda no lo comprendió y se irritó: altivo tambien, no dió ningun paso para transigir, y ella, cada vez más irritada, acabó de irritarle. Entónces empezó Aranda á contraer su funesta locura, se hizo hosco y atrabiliario, y el pobre coronel de húsares, don Ginés de Alvarez, que habia sido su padrino, que le queria como á un hijo, porque lo merecia Aranda, se vió precisado á dejar de frecuentar su casa, y poco despues, á tomar distancia, por decirlo así, á tratarle ni más ni ménos que como á los otros oficiales con quienes ningun afecto particular le ligaba, y esto dió lugar á hablillas, á murmuraciones, á suposiciones funestas. Y á pesar de este deplorable alejamiento de Magdalena y de Aranda, de la equivocacion recíproca que los separaba, equivocacion que estaba deshecha con una sola palabra, los dos infelices se amaban, y se amaban más cuanto más se alejaban. Cuando Aranda venia á

mi casa no nos hablaba más que de Magdalena.—Le soy antipático, nos decia: se ha casado conmigo por salir del colegio; no me ama; yo la adoro, y su desvío, su dureza, me van á matar.—Hágala usted oir esas mismas palabras, le decia yo, y su desvío y su dureza desaparecerán.—Yo no me humillo, decia Aranda; y además seria inútil: es una hipócrita: ella dirá á ustedes que me ama, pero miente; yo me estoy volviendo loco, y esto va á tener mal fin.—Desgraciadamente, Aranda no estaba en su cabal juicio, y era inútil todo lo que haciamos para convencerle Andrade y yo. Cuando ella venia á casa, teniamos la misma cantinela, sólo que entónces Andrade no terciaba en la conversacion: cuando Andrade estaba delante, Magdalena no hablaba de Aranda, y si Andrade la hablaba de él, respondia con una evasiva, de esas que cortan de todo punto la conversacion sobre un asunto dado. Pero cuando estábamos solas me decia llorando.—Le adoro, Ana: estoy loca por él; me estoy muriendo; pero él no me ama: él se casó conmigo por un capricho; me ha tratado como á una mujer vulgar, no me ha comprendido, no puede amarme; y yo no sé, yo no sé por qué le amo.—Porque tu razon se equivoca, decia yo, y tu corazon no: tu corazon siente su amor y responde á él.—Mi corazon sueña, me decia.—Esto es terrible, decia yo, él dice lo mismo que tú dices; que no le amas, que te es antipático y que él te adora.—Miente, es un hipócrita, me decia con irritacion; es que quiere ha-

ceros creer que la culpa es mia.—Dile lo que sientes, decia yo, y yo te aseguro que te hará muy feliz lo que él te responda.—¡Qué humillacion! exclamaba Magdalena; y luego seria inútil; si él me amara, él estrecharia la distancia; no esperaria á que yo me humillase.—Y aquello era el cuento de nunca acabar.

—Insisto en que todo eso es inverosimilmente inverosímil.

—No, no señor; no transijo, todo aquello no era más que extraordinariamente extraordinario.

—Quiero convenir en ello.

—Aunque usted no convenga, señor testarudo, aquello desgraciadamente fué verdad: y tan verdad, como que de aquello proviene la extraordinaria, y segun usted, inverosímil situacion en que se encuentra nuestra Sofía. Sigo adelante á fin de llegar pronto á la situacion presente: tanto estimábamos Andrade y yo á Magdalena y á Aranda, nos causaba tal disgusto el deplorable y doloroso estado en que recíprocamente se encontraban, que nos propusimos avenirlos á costo y costa, á que se entendiesen, á que aquello se acabase. Un dia convidé yo á comer á Magdalena, y Andrade se trajo del cuartel á Aranda: nunca he visto semblantes más pálidos que los suyos cuando se vieron juntos en mi casa: comprendieron nuestra intencion, y se prepararon: aquello fué peor, mucho peor; la vanidad, y esto si que parece inverosímil, pudo más en ellos que el amor, y se mantuvieron firmes. Dijeron terminantemente, por-

que no podian desmentirnos, que si nos habian dicho que se amaban era por exculparse cada cual; que la verdad era que su casamiento habia sido una gravísima equivocacion: que no habian nacido el uno para el otro, que no se entendian, que no podian amarse, y que no habia más medio que tener recíprocamente paciencia.

—Repito... dije.

Pero Ana no me dejó continuar.

—Sí, sí, concedido, me dijo; extraordinario, espantosamente extraordinario.

Yo pude haber dicho á doña Ana del Campo:—Señora, si su marido de usted y usted no se hubieran metido en arreglar á mis tios, ellos tal vez andando el tiempo se hubieran arreglado sin necesidad de nadie: ustedes fueron inverosímil ó extraordinariamente estúpidos, porque todo el mundo sabe que lo mejor que hay que hacer con un matrimonio desavenido, para que se estimen los dos cónyuges, es dejarles que se arreglen como puedan, y no mezclarse en sus asuntos.

Yo no dije esto á Ana, porque al cabo, su marido y ella habian incurrido con muy buena intencion en aquella imbecilidad, y además de eso, porque la necesitaba para que autorizase la situacion extrema de Sofía.

¡Cuántos matrimonios habrán sido definitivamente separados por una impremeditada oficiosidad!

En la situacion extrema en que se encontra-

ron mis tios, el tiempo hubiera hecho mucho.

Estaban resentidos por una extremada susceptibilidad, por una recíproca equivocacion; pero no se habian faltado.

En aquella especie de juicio de conciliacion amistoso se faltaron gravemente; afirmó cada uno de por sí lo que no sentia; hasta entónces pudieron tener una duda: por aquella escena violenta se confirmaron en su mútuo error; se estableció entre ellos una barrera insuperable.

Sin la amistad de Ana y de su marido, es decir, sin el recurso absurdo usado por ellos, ¿quién sabe?

Un peligro de uno de los dos, una enfermedad grave, tal vez una sola palabra, una de esas palabras providenciales que explican, que esclarecen como una luz de los cielos toda una situacion, los hubiera arrojado al uno en brazos del otro.

¡Oh y cuánta razon tenia Quevedo en acribillar á sátiras á los necios!

Y en medio de todo, la narracion de Ana me iba explicando la terrible conducta del marqués y sus execrables Memorias.

Y es, que un error produce otro error, y cuando el error afecta al corazon, al alma, al amor propio, conduce con suma facilidad al crímen.

Pero dada la situacion, no comprendia cómo mi prima podia ser hija del marqués.

Sin embargo, como las inverosimilitudes me asediaban, estaba viendo venir una nueva inverosimi-

litud, una inverosimilitud mayúscula, intragable.

Yo meditaba esto mientras Ana seguia su relato.

Parecia que me habia leido, como suele decirse, el pensamiento, porque dijo:

CXVI.

—Sin duda que Andrade y yo cometimos un error gravísimo al querer avenir por aquel medio á Magdalena y á Aranda: se ofendieron recíprocamente y se alejaron más y más. Por desgracia, Aranda quiso vengarse, y empezó á hacer la vida de calavera; á galantear á diestro y siniestro, á decir á todo el mundo que estaba separado de su mujer dentro de su misma casa; que para él su mujer no era más que un inconveniente, y que si no establecia la separacion de domicilio, era porque todo consistia en una desgraciada oposicion de caractéres, y no en nada que tuviese relacion con el honor.

No me diga usted, amigo mio, que era inverosímil que Aranda obrase y hablase de este modo: no, no era inverosímil; era lo más natural del mundo; porque el infeliz Aranda cuando obraba y hablaba asi estaba ya loco, como otros tantos locos á quienes no se encierra porque no se conoce su locura, porque se atribuye lo que hacen á perversidad ó á falta de decoro, porque no nos interesan tanto las gentes que nos ocupemos sériamente de sus actos para explicár-

noslos. Pero nosotros, que conociamos demasiado á Aranda, no podiamos dudar de que estaba loco.

CXVII.

—¡Oh! ¡sí, si! dijo Sofía tomando de repente parte en la conversacion; era necesario que fuese así; mi pobre padre está loco... Yo he debido comprenderlo... Yo no he debido salir de mi casa... Yo quiero volver á mi casa.

El acento, la expresion con que Sofía dijo estas palabras, me espantaron.

Creí que tambien se habia vuelto loca.

—Si, si, continuó volviéndose á mi; tú has quemado aquellos papeles porque sin duda contenian tales extravagancias, tales absurdos que no has querido que yo los vea; que yo no tenga duda de que mi pobre padre está loco.

—Entre la terrible alternativa de que tu madre faltase miserablemente á sus deberes, ó de que tu padre esté loco, debes preferir esto último, dijo solemnemente Ana, mientras yo callaba aterrado sin saber qué decir.

—¡Oh! sí, indudablemente, dijo Sofía; pero siempre es esto una cosa muy terrible.

Y rompió á llorar.

CXVIII.

Ana y yo no nos atrevimos á interrumpir su dolor.

Yo, por mi parte, me alegré mucho de haber quemado aquellos papeles.

Si Sofía los hubiese visto, no hubiera creido que su padre estaba loco.

Para mí, aquello era un misterio.

Por una parte creia que se revelaba una fria razon, aunque una razon malvada, en las Memorias del marqués, y por otra que aquellas Memorias podian ser muy bien la obra de un loco.

—Cesemos en esta conversacion, dijo Ana: aflige demasiado á Sofía.

—No, no: continúa, dijo mi prima: tengo un grande interés en oir todo lo que sepas acerca de la historia de mis padres.

—Lo que resta que decir es asunto para entre el marqués y yo: en cuanto á tí, no diré una palabra más.

Sofía no insistió.

Ana dijo, dirigiéndose á mí.

—Despues de la muerte de Magdalena y del segundo casamiento de Aranda con Inés de Falces, hija del teniente coronel de nuestro regimiento, marqués de Puertoseco, que á pesar de ser muy jóven era ya

viuda, y que, como Aranda, tenia una hija, nos perdimos de vista Aranda, mi marido y yo. Aranda habia ascendido á comandante y habia pasado á otro regimiento.

—¿Ha conocido usted despues, pregunté á Ana, á la segunda esposa de mi tio y á su hija?

—Sí, me contestó Ana: algunos años despues en Madrid: el marqués de Puertoseco era ya por entónces mariscal de campo y yo estaba viuda de Andrade que habia llegado á brigadier. Naturalmente, como Inés de Falces y Magdalena de Avila, las dos esposas del marqués habian sido amigas mias, visité á Inés de Falces, y no pudiendo visitar á Magdalena de Avila, visité á Sofía, y hasta ahora he sostenido relaciones con las dos. Sofía, pues, cuando se ha visto en la difícil situacion en que se encuentra, ha tenido la feliz idea de venir á buscarme. Yo vivo sola, puedo disponer de mí con completa libertad, y hé aquí que he empezado á hacer el oficio de madre para con Sofía, y que seguiré haciéndolo todo el tiempo que sea necesario, que espero no será mucho, porque estoy segura que no tardará en parecer el marqués, y en cuanto parezca, yo haré que todo esto termine de una manera satisfactoria; y si el marqués no parece tan pronto como yo espero, ántes de un mes habrá venido la dispensa, se habrán ustedes casado, y asunto concluido. Cambio el papel de madre por el de amiga, y me vuelvo tranquilamente á mi casa de Madrid.

—¡Oh! gracias, señora, dije á Ana: usted para nosotros es una providencia.

—¡Oh, sí! dijo Sofía; sin ella, sin su amistad, no hubiera yo sabido qué hacer en la situacion en que me encontraba.

—Yo no soy más que amiga de Sofía; yo comprendo la amistad á mi manera: si no arrostramos por todo por nuestros amigos, no podemos buenamente llamarnos amigos suyos: yo me alegro de que Sofía se haya acordado de mí, porque de este modo Sofía no ha salido de la familia. Yo sostendré, aunque no sea verdad, que el marqués me ha dado su hija durante mi permanencia en Toledo, y veremos si el marqués se atreve á desmentirme: y si se atreve, se acredita de otra cosa que de loco delante de todo el mundo.

—Dicen, observé yo, que la segunda esposa del marqués está loca.

—Sí, Inés de Falces ha sido otra víctima de Aranda: casó con ella no sé por qué: á poco tiempo de casados se estableció entre ellos una separacion igual á la que habia existido ántes entre Aranda y Magdalena: entónces, la causa era distinta: Inés de Fálces empezó á hacerse insoportable al marqués, porque contrajo unos horribles celos del amor del marqués hácia Sofía: no dirá usted que esto es inverosímil: una mujer que ama y que ama con locura, tiene celos de todo.

—Sí, respondí: pero no comprendo que una mu-

jer tenga celos del amor de un padre hácia su hija.

—Cuando es hija de otra mujer, son los celos más naturales del mundo: la esposa viva cree, que su marido ama á su hija porque recuerda en ella á su esposa muerta. Esto acabó de volver el juicio á Inés de Falces, que era ya de mucho tiempo ántes maniática, pero con una locura que no obligó á encerrarla, porque aquella locura no se revelaba más que en las escenas íntimas entre Inés y Aranda. Sin embargo, muy pronto dejaron de vivir juntos. Alegaron incompatibilidad de caractéres y ocuparon distinta casa; el marqués en un extremo de Madrid con Sofía, la marquesa con su hija Enriqueta en otro extremo. Pero como la separacion no era legal, el marqués como marido, administraba las inmensas rentas de la marquesa.

—Creo haberte oido decir, dijo Sofía, que mi padre no era marqués cuando se casó con mi madre.

—No, de ningun modo, respondió Ana.

—¿De modo, que es marqués?...

—Marqués consorte, como se dice ahora; dijo Ana con ligereza.

—¿Es rico por sí mismo mi padre? dijo Sofía mirando de una manera extremadamente fija á Ana.

—Nó; tu padre era una persona decente, que tenia unas tierrecillas que le producian una renta poco más ó ménos igual á su sueldo de comandante.

—¿Y cómo es que mi padre me ha señalado cuatro millones de dote?

—No lo sé; puede haber hecho fortuna: al fin y al cabo, es teniente general...

—Hé aquí otra cosa terrible, dijo Sofía, y guardó silencio.

CXIX.

Ana era por desgracia habladora, pero habladora de una manera extraordinaria, y como segun un proverbio, el que mucho habla mucho yerra, íbamos de error en error sin que yo pudiese evitarlo.

Al saber Sofía que el título de su padre y sus inmensas riquezas provenian de la segunda mujer, no de su madre, no de la familia de su padre, se sintió herida en lo más delicado de su alma.

Yo ví la inmensa desesperacion que apareció en su mirada; yo ví, no que se ponia pálida, porque no podia empalidecer más de lo que lo estaba, sino, por el contrario, encenderse su semblante de vergüenza, de tal manera, que parecia que su sangre se habia agolpado toda á su cabeza.

Ví que temblaba, que apuraba un tormento infinito, que todas sus nobles y poéticas aspiraciones estában contrariadas, que apuraba, en fin, una agonía infinita.

—¿Con qué es decir, exclamó Sofía con acento desesperado, que yo, hija de un hombre de escasa

fortuna, he vivido en medio de un lujo y de una ostentacion que...

Sofía se detuvo, é instantáneamente prosiguió con doble energía.

—¡Que eran robados! ¡sí, robados! ¡esta es la frase!

—¡Pero Sofía, por Dios, qué exageracion, hija! exclamó alarmada Ana; tienes la imaginacion más viva del mundo, y partes por medio sin pararte á reflexionar: cuando tu padre ha gastado, razones habrá tenido para ello... no podemos suponer... no debemos aventurar...

—Basta, basta, no hablemos más de esto, Ana, dijo Sofía; ya no tiene remedio: por lo mismo, lo mejor es no ocuparse de ello.

—Es que yo no sé ciertamente, dijo Ana, si tu padre era rico ó no lo era, ántes de su segundo casamiento; y luego, ¿quién sabe lo que sucede en el interior de las casas? además, nada tienes que ver con esto; tú ignorabas... tú creias...

—Si, sí, es verdad, Ana, dijo Sofía dulcificando su acento: es muy posible que yo haya supuesto lo que sin duda no es ni ha sido: esta cuestion es demasiado grave para decidirla sin antecedentes, sin pruebas: lo mejor es no ocuparse de ella.

En aquel momento, el tren que habia ido menguando en velocidad, se detuvo.

—¡*Castillejo*! gritó una voz fuera.

Habiamos llegado á la estacion de Castillejo, ó más

bien del campo de Castillejo, donde empieza el ramal que va á Toledo y donde se cambia de tren.

¡Oh! ¡qué recuerdos tiene para mí el campo de Castillejo!

Allí en una mañana de Mayo... pero esa es otra historia que no viene á cuento.

CXX.

Habia que esperar el tren que desde Castillejo debia conducirnos á Toledo.

Sofía, que apenas podia tenerse de pié, se asió á mi brazo, y para evitar recaer de nuevo en la conversacion que habia interrupido la detencion del tren de Alicante, en el que habiamos venido, y nuestra salida de él, tomó por pretexto lo apacible de la noche: la lánguida luz de la luna, la belleza del campo bajo aquella luz dulce y pálida.

Luego, recordando que nos habiamos olvidado de que necesitábamos tomar de nuevo billetes desde allí á Toledo, me lo indicó, y entramos en la estacion á tomar un nuevo coche reservado.

Mantuvo, en fin, una conversacion indiferente, con el objeto de que Ana no volviese á tomar la palabra sobre el asunto interrumpido, y lo consiguió con mucho tacto, sin que Ana pudiese notar que se temia su palabra.

Llegó al cabo el tren, y entramos en nuestro coche.

Sofía entónces, apeló á otro recurso para evitar la charla de Ana.

Pretextó que la pesaba la cabeza, que estaba fatigada, rendida, y que iba á ver si podia dormir un poco, y se reclinó en uno de los rincones del coche.

Poco despues, parecia que dormia.

—Dejémosla dormir, dije en voz baja á Ana.

—Yo tambien siento un poco pesados los ojos, me contestó: ya se ve, generalmente me acuesto á las once y ya son cerca de las doce: ¡la costumbre! ¡somos esclavos de la costumbre! ¿cuánto se tarda de aquí á Toledo?

—Una hora, la dije.

—Pues bien, amigo Acebedo, me contestó; buenas noches durante una hora.

Y se reclinó en otro rincon.

Poco despues, Ana dormia realmente.

CXXI.

Yo no sé si me dormí tambien, ó si mi abstraccion fué tan completa, tan profunda, que me pareció un sueño.

Al fin, sin que yo pudiese juzgar el tiempo que habiamos tardado, me sacó de mi sonambulismo ó de mi abstraccion una voz que gritó:

—¡*Toledo*!

Habiamos llegado.

Cuando desperté ó cuando volví á tener conciencia de lo que me rodeaba, ví frente á mí á Sofía que no mostraba ni áun señales de haber dormido.

En cambio, Ana dormia profundamente.

La desperté, bajamos del tren, y entramos en la estacion.

—¿Y los equipajes? dije distraido á Ana.

—¿Pues qué, no ha visto usted, me contestó, que nos hemos venido con lo puesto? La maleta de que esta tarde se ha provisto Sofía y mis baules, se han quedado en casa, y nos los enviarán mañana.

—¿A dónde vamos, Juan? me dijo Sofía.

—A la fonda de Madrid, la contesté; donde ustedes ocuparán un cuarto y donde yo tomaré otro hasta mañana, porque es ya tarde y no quiero despertar á mis criados; más bien: porque tú estás vivamente excitada, y no estando cerca de tí pasaria la noche con un cuidado cruel.

—¡Ah! nó: me contestó Sofía: soy fuerte, y además, mi valor es á toda prueba.

En este momento entramos en un ómnibus que nos llevó en derechura á la fonda de Madrid.

CXXII.

La dueña de la fonda, doña Gertrudis, acababa de retirarse: pero cuando supo que dos señoras estaban conmigo en su casa, se presentó de nuevo en escena.

Suprimo por innecesario el obsequioso recibimiento de doña Gertrudis.

Sofía tomó una taza de té, Ana un par de huevos pasados por agua, yo un vaso de ponche, y media hora despues, Sofía y Ana estaban instaladas en el mismo aposento que Inés y Enriqueta habian ocupado durante dos meses, porque no habia otro donde pudiesen ser aposentadas con un poco de decencia dos señoras, y yo me encerré en un pequeño cuarto para no dormir ni un solo momento en toda la noche.

CXXIII.

Por la mañana me levanté, salí de mi cuarto y me acerqué á ia puerta del que ocupaban Sofía y Ana.

Nada se oia dentro.

Salí de la fonda y me fuí en derechura á mi casa.

A pesar de que eran las siete de la mañana, me ví obligado á llamar largo tiempo á la puerta exterior, que con extrañeza encontré cerrada aún.

Mis criados dormian profundamente.

Se conocia que el señor estaba ausente.

Abrióse al fin la puerta, y apareció Pedro en calzoncillos blancos y soñoliento.

—¡Ah! ¿es usted señorito? me dijo. ¿Ha recibido usted el despacho telegráfico en que don Anselmo le decia que para un asunto importantísimo viniese usted al momento?

—Nó, le contesté subiendo por las escaleras: ¿A qué hora se expidió ese despacno?

—A las ocho y media de la noche de ayer.

—A esa hora, le respondí dirigiéndome á la puerta de la antesala, salia yo de Madrid para Toledo.

—No puede usted entrar señorito, me dijo, viendo que yo iba á empujar la puerta de la antesala.

—¿Y por qué?

—Porque don Anselmo tiene las llaves de toda la habitacion principal.

—Pues anda, que te las dé.

En aquel momento oí un ruido especial; un golpe sordo y sostenido que parecia provenir de una de las habitaciones interiores.

—¿Qué es eso? pregunté á Pedro.

—¿Qué, señorito?

—Ese ruido que suena dentro.

—No lo sé, me contestó: pero don Anselmo debe saberlo; porque cuando mandó á Sebastian que llevase á la estacion el despacho telegráfico, nos dijo que no hiciéramos caso, oyésemos lo que oyésemos en las habitaciones de usted.

—Vete á donde tengas que hacer, que yo mismo voy al cuarto de don Anselmo.

Y me dirigí á él lleno de curiosidad y de extrañeza.

CXXIV.

Llamé inmediatamente, la puerta se abrió y apareció don Anselmo vestido ya.

—¡Ah! ¡es usted, señor! exclamó con alegría: ¿ha recibido usted mi despacho? ¡Oh! ¡con cuanta impaciencia le esperaba á usted! ¡no he podido dormir en toda la noche! ¡Qué horror!

Hé aquí otra nueva inverosimilitud: que don Anselmo que era un alma de cántaro se horrorizase y dejase de dormir por nada del mundo.

—¿Pero qué sucede? ¿qué es ello? le pregunté.

—¡Una infamia! ¡una cosa increible, señor! Pero afortunadamente yo soy un hombre de bien; sino, estaba usted perdido.

—¡Perdido yo! acabe usted de explicarse don Anselmo.

—Le tengo preso, no se escapará, no, á buen seguro.

—¡Pero está usted loco don Anselmo! ¿A quién tiene usted preso?

—A su tio de usted. ¡Al excelentísimo señor marqués de Puertoseco, que es un pillo, un infame!

—Cuidado, don Anselmo, con lo que usted dice: el marqués es mi tio.

—Pues no se conoce, señor, me dijo don Ansel-

mo; porque el marqués ha querido perderle á usted.

Yo recordé entónces la amenaza de la carta de mi tio en que me habia dejado ver á las claras su intencion de hacerme presidario, por la sola razon de que Sofía me amaba, y queria vengarse de ella hiriéndola en mí, en su amor, viendo que no habia podido vengarse de otro modo.

El asunto merecia la pena de ser tomado en consideracion.

—Veamos, veamos, dije á don Anselmo; cuénteme usted lo que ha sucedido.

—Ha sucedido, señor, que al oscurecer se presentó en casa el marqués; preguntó por mí, y cuando yo acudí como debia, me mandó le llevase á una habitacion donde de nadie pudiéramos ser escuchados. Yo le llevé á su despacho de usted. El marqués traia consigo debajo del brazo una caja larga y estrecha; una especie de guardajoyas.

—¡Ah! exclamé: ¿pero cómo ha llegado aquí el marqués al oscurecer, cuando á las tres de la tarde de ayer debia estar en Madrid? A esa hora no sale tren para Toledo, y el primero que sale lo verifica á las seis de la tarde: oscurece á las ocho; en dos horas no ha podido llegar el marqués á Toledo: nosotros hemos tardado cinco.

—El marqués, me contestó don Anselmo, ha podido tomar un tren especial directo y llegar cómodamente á Toledo al oscurecer.

—¡Ah! comprendo: eso es: respondí, continúe usted.

—Cuando estuvimos solos y el marqués tuvo la seguridad de que de nadie podíamos ser escuchados, me dijo:

—Tú eres un bribon.

—Gracias señor marqués: le respondí.

—Si no eres un bribon, tienes la cara de bribon más perfecta que he visto en toda mi vida.

—Repito las gracias á V. E. respondí.

—Tú, por dinero, continuó el marqués, eres capaz de cualquier cosa.

Confieso señorito que aunque la sangre me hervia en las venas, de una parte por el respeto que debia al marqués como tio de usted, y de otra porque yo adivinaba que servia á usted y le era leal dejando venir al marqués, ni áun dí señales de impaciencia, á pesar de que el marqués me ponia como chupa de dómine.

—Confieso, señor marqués, le dije, que el dinero es una gran cosa.

—Pues puedes ganar con muy poco riesgo mucho dinero: me dijo el marqués.

—¿Cómo, señor? le pregunté.

—Yo necesito poner esto, y señaló el estuche que habia traido debajo del brazo; en un mueble de tu amo.

—¿Y puedo yo saber lo que es eso, señor?

—Alhajas: me respondió: alhajas de mucho valor.

—¿Pero por qué no se las confia usted al señorito? le pregunté.

—No me conviene que tu amo sepa que estas alhajas están en su casa.

—¿Y cómo quiere usted, señor, le dije; que yo me exponga á que el señorito se irrite al saber que yo he mediado en el asunto y me despida?

—¡Bah, bah! me respondió: los mayordomos hoy sólo sirven el tiempo necesario para hacer una mediana fortuna á costa de sus amos: no recuerdo haber tenido ningun mayordomo más de cuatro años: en este plazo, me han robado lo bastante para hacer una pequeña fortuna y vivir independientes, y cuando ha llegado este caso no han querido servirme: tú por lo visto, cuando continúas sirviendo á mi sobrino, no has redondeado aún tu pacotilla, y yo te la voy á redondear de un golpe.

El señor marqués sacó una cartera de su bolsillo, y de la cartera cinco billetes de banco.

—Toma, me dijo, ahí tienes veinte mil reales.

—¿Y por qué, señor?

—Por una cosa muy sencilla; porque pongas en uno de los armarios de tu amo estas alhajas.

—¿Y... qué alhajas son esas señor?

—Eso no te importa: ¿aceptas la proposicion, ó nó?

Yo medité un momento: al fin dije al marqués:

—Acepto.

—Pues bien, vamos al momento: que quiero cuanto ántes salir de esta casa.

Entónces le llevé al cuarto oscuro de los armarios y en cuanto el marqués entró, cerré la puerta, eché la llave, y le dejé encerrado.

Despues escribí un despacho telegráfico llamándole á usted con urgencia para un asunto importantísimo, y envié á Pedro con el despacho á la estacion.

—¿Por qué ha hecho usted todo eso? pregunté á don Anselmo.

—Porque cuando sucede una cosa extraña, debe uno ponerse en todo, suponerlo todo; y á mí se me ocurrió una idea diabólica, señorito: ¿no podia suceder que el marqués escondiendo aquellas alhajas en un mueble de su casa tuviera el proyecto de hacerle á usted pasar por ladron?

—¡Ah! exclamé recibiendo un rayo de luz: y ¿el marqués está encerrado desde ayer al oscurecer? añadí.

—Sí señor: desde anoche está encerrado en el cuarto oscuro de los armarios dando golpes sin cesar á la puerta: pero yo advertí á los criados que no hiciesen caso de nada de lo que oyesen, y el marqués continúa encerrado debajo de siete llaves.

—Pues déjelo usted allí y que continúe encerrado: yo voy á salir y no sé el tiempo que podré tardar.

—Espere usted, señorito, me dijo don Anselmo; tengo que dar á usted los cinco billetes de banco que me ha dado el marqués.

—Guárdelos usted, don Anselmo, yo se los doy á

usted, los ha ganado usted bien. Yo de mi peculio devolveré al marqués esos veinte mil reales.

Hube de quitarme de encima á don Anselmo para librarme de que me abrumase con las muestras de su agradecimiento, y salí de mi casa para dirigirme á casa de don Ginés de Alvarez.

CXXV.

Indudablemente, lo inverosímil me acosaba.

Lo que mi mayordomo don Anselmo acababa de hacer por mí, era exageradamente inverosímil.

En primer lugar, don Anselmo era un estúpido y parecia casi milagroso el que hubiese comprendido que mi tio al pretender ocultar alhajas de valor en mi casa, hubiese tenido intencion de perderme haciéndome pasar por ladron por medio de un cuerpo de delito.

La segunda cosa inverosímil era, que siendo don Anselmo apasionado al dinero y teniendo el alma más ancha que un caballo; siendo un pícaro que me robaba cuanto podia, no me hubiese vendido por veinte mil reales.

Esto era cosa que yo no podia comprender sino atribuyéndolo á la Providencia.

CXXVI.

¡Pero qué hombre mi tio! ¡hasta qué punto le llevaba la ceguedad de su venganza! ¡ó de qué manera era terrible su locura!

Yo ansiaba llegar á la casa de don Ginés de Alvarez para hablar con él, para preguntarle francamente acerca de lo que no habia podido revelarme Ana, para pedir á su experiencia un consejo.

Andaba yo, pues, muy de prisa en demanda de la calle del Sacramento, y llegué á ella en muy pocos minutos.

Don Ginés no estaba allí, estaba en la catedral.

Yo no me atreví á preguntar á la mayor de sus sobrinitas, que fué la que me abrió, por Enriqueta.

Me dirigí á la catedral, entré, dí por ella una vuelta, y encontré á don Ginés que salia de una capilla donde acababa de decir misa.

CXXVII.

Al verme el buen eclesiástico se dirigió vivamente á mí y me estrechó con efusion las manos.

—¡Oh! exclamó; cuánto me alegro de ver á usted: estábamos con mucho cuidado mi familia y yo.

—En efecto, dije; he pasado por una rara y peli-

grosa enfermedad; pero afortunadamente, estoy ya completamente restablecido.

—Salgamos, salgamos de aquí, dijo don Ginés; no me gusta sostener en el templo conversacion de ningun género: en los claustros podemos hablar, señor don Juan: vamos allá y hablemos largamente, que bien lo hemos menester.

Atravesamos el crucero, y por la puerta del Perdon salimos al claustro: nos sentamos en uno de los escaños que hay en el tramo que corresponde de frente á la puerta del Perdon.

—Ante todo, dije á don Ginés; ¿en que estado se encuentra Enriqueta?

—Completamente restablecida: me contestó; y mucho más consolada, porque la locura de su madre no es el resultado de una lesion orgánica, sino por una excitacion nerviosa por causas accidentales, que ofrece grandes esperanzas de curacion.

—¿Y dígame usted, don Ginés, se acuerda mucho de mi Enriqueta?

—¡Oh! mucho, muchísimo! pero de una manera que usted no puede figurarse; porque ella no recuerda en usted al hombre á quien ama; no, de ningun modo: Enriqueta no le ama á usted: lo que recuerda en usted es al hombre á quien debe un inmenso agradecimiento.

—¡Que no me ama Enriqueta! exclamé con extrañeza, impulsado por mi amor propio.

—Ya dije á usted que no habia que fiar en lo que

Enriqueta habia dicho á usted el dia de su encuentro con ella. La situacion en que la infeliz se encontraba era lo más extrema que podia darse: no podia decirse que estaba verdaderamente en el libre ejercicio de su razon aquel dia: la pobre niña estaba poco ménos que loca. Sin embargo, si usted la exigiera el cumplimiento de la palabra que dió á usted aquel dia de ser su esposa cumpliria su palabra.

—¡Ah! no: exclamé; afortunadamente yo tampoco la amo de ese modo; yo tambien estaba aquel dia fuera de mí: sobreescitado, he conocido que no la amaba...

—Cuando ha amado usted á Sofía de Aranda, hija del marqués de Puertoseco: respondió tranquilamente don Ginés.

Le miré profundamente y vi que la dulce calma de su semblante no se habia alterado ni con una leve sombra de turbacion.

—Recuerdo, dije á don Ginés, que el mismo dia en que yo caí en el accidente que me ha tenido entre la vida y la muerte, al ver usted en mi casa el retrato de mi tia Magdalena, se conmovió usted de tal modo, que yo le desconocí.

—Fué un momento en que el hombre de lo pasado se sobrepuso al hombre de lo presente, me respondió don Ginés, de una manera tranquila.

—Va usted á perdonarme de antemano, le dije, la pregunta que voy á hacerle.

—Yo, señor don Juan, me contestó brevemente

el eclesiástico, voy á contestar á esa pregunta ántes de que usted me la haga. No he amado jamás con ese amor que une á un hombre con una mujer: en consecuencia, no he podido amar á su tia de usted,

—Yo conozco algo de una historia terrible.

—Sí, ¡la historia de la locura de un hombre á quien Dios perdone por el daño que ha hecho! dijo con acento profundo don Ginés.

—Ruego á usted, le dije, que me perdone si insisto en este asunto.

—Usted ama á Sofía: me dijo el padre Alvarez, y es muy natural que usted desee saber la historia de su madre.

—Yo creo, dije: que el marqués de Puertoseco está loco.

—Lo está ya há más de veinte años, dijo el padre Alvarez: sólo un loco pudo poner á Magdalena, á la pobre Magdalena, en la situacion en que Aranda la puso.

—Estamos solos, don Ginés; le dije, nadie nos oye; nadie más que Dios: yo comprendo hasta dónde pueden llevar las pasiones: mi tia Magdalena, era un ángel.

—Por lo mismo, me contestó con algo de severa impaciencia, don Ginés; la amé como á los ángeles se ama, con un amor puro, noble, harto levantado del inmundo cieno de la tierra. Si Magdalena hubiera sido de mi misma edad, yo la hubiera amado como se ama á una hermana; pero cuando yo la conocí,

tenia ella diez y siete años y yo cuarenta y dos: la amé, pues, como se ama á una hija; la aconsejé como á una hija se aconseja, y ví con dolor, que cuando hay un defecto grave en un matrimonio, sólo Dios puede hacer que no sobrevengan las precisas, las necesarias consecuencias. Aranda y Magdalena se casaron demasiado pronto; poco despues de haberse conocido. Estas uniones rápidas, hechas á impulsos de una primera y violenta impresion, producen generalmente funestos resultados. Porque los que se unen de por vida, deben conocerse mucho; deben tener la experiencia de que su amor recíproco es bastante para hacer sobrellevar al uno los defectos del otro. Es necesario que hayan pasado por los pequeños disgustos que sobrevienen siempre entre dos que se tratan durante mucho tiempo ántes de unirse de una manera indisoluble. Es necesario que su union, sea para ellos una necesidad del alma, no una escitacion de los sentidos: cuando dos han llegado á comprenderse, cuando despues de comprenderse se han unido, generalmente esta union produce la felicidad de los esposos: su amor no puede destruirse, porque es más fuerte que las contrariedades y los disgustos, los inconvenientes y las eventualidades de la vida. El matrimonio es el estado natural del hombre y de la mujer, cuando es el resultado de la simpatía, de la reciprocidad de los deseos, de las necesidades, de las inclinaciones: pero cuando los sentidos, ó las pasiones, ó los sueños, hacen la union de un hombre ó

de una mujer, estas uniones violentas producen generalmente la desgracia de los cónyuges, y el matrimonio, en vez de ser la paz, el contento, la felicidad de dos séres, es su infierno: un manantial contínuo de disgustos insoportables: tal vez de desgracias horribles. Aranda y Magdalena se casaron sin conocerse; al mes de haberse visto por la vez primera.

—Sé cómo se casaron, dije al padre Alvarez; se conocieron en un colegio, en el cual, mi tia Magdalena era pensionista: sé que se desavinieron inmediatamente despues de haberse casado; lo sé todo, pero hay en mis noticias un período oscuro; ese período comprende el espacio que medió entre el dia en que Aranda salió de Sevilla destacado, separándose de mi tia Magdalena, hasta que mi tia Magdalena murió.

—*Infandum, regina, jubes, renovare dolorem* que decia Virgilio; me contestó, suspirando el padre Alvarez: me manda usted, señor don Juan, renovar un infando dolor.

—¡Ah! no, no. Yo no lo mando, lo suplico, lo ruego; perdóneme usted si le hago recordar dolorosamente un período de su vida.

—El dolor que me causa aquel recuerdo, no es el dolor de la culpa que usted puede suponer; sino el dolor de otra culpa muy diferente; una culpa de orgullo y de cólera que creo no haber expiado bastantemente en veinte años de penitencia, oiga usted señor don Juan.

El padre Alvarez inclinó la cabeza dolorido, y luego levantó su frente serena, y me miró de una manera grave y tranquila.

CXXVIII.

—Llegó un dia, dijo el padre Alvarez, como continuando un relato comenzado, en que noté con un espanto en que habia mucho de indignacion, que Aranda recelaba de mis diarias visitas á su casa; en que comprendí que desconfiaba de la lealtad de su esposa, de mi lealtad. No podia provocar una explicacion sobre asunto tan delicado, tan trascendental y me reduje devorando mi indignacion á escasear las visitas, á irlas dilatando más y más progresivamente, hasta que cesaron del todo.

—El remedio, permítame usted que sé lo diga, padre Alvarez, dije, fué peor que la enfermedad.

—Yo cometí una torpeza, una imprudencia, hija de la tranquilidad de mi ánimo, de mi buen deseo, de la nobleza y de la franqueza de mi carácter, en frecuentar diariamente la casa de uno de los oficiales del regimiento que mandaba y cuya mujer era jóven y hermosa. Yo no comprendia entónces bastante bien la perversidad del mundo, que se abroga el derecho de juzgar de todo y de atribuir á todo, hasta á las acciones más inocentes un móvil indigno y miserable. No fué de Aranda toda la culpa; parte de ella

consistió en mi necia confianza de que se me juzgase bien; parte en el carácter vivo, impresionable, loco de Aranda. La mayor parte en la maledicencia, en la ruindad de alma de los que veian mi intimidad con Aranda y con su mujer. En los regimientos, como en todas partes donde se reunen muchos hombres, abundan, sino los malvados, los suspicaces: hombres que por blasonar de experiencia y de conocimiento del mundo, ven todas las cosas bajo su punto de vista más asqueroso, aventurando sobre ellas hipótesis horribles. Aranda sorprendió murmuraciones, sufrió epigramas; vió al través de intenciones muy trasparentes lo que bastó para que su decoro se alarmase, y para que siendo injusto conmigo me pusiese en el caso de romper con él y con su mujer mis relaciones amistosas. Llegó al fin un dia en que Aranda salió destacado dejando en Sevilla á su mujer. Algun tiempo despues, Magdalena me escribió suplicándome que fuese á verla porque necesitaba hablarme de un asunto importantísimo, del que pendia su honra y la paz de toda su vida. Confieso que me alarmé, y que aunque me habia propuesto no volver á pasar los umbrales de la casa de Aranda, me apresuré á acudir al llamamiento de Magdalena.

—¿Cómo es esto, la dije, cómo puede ser que esté en peligro su honra de usted?

—¡Ah! me contestó, lo que me sucede es terrible; lo más inverosímil que puede darse: soy madre.

—¿Y bien? la cosa más natural del mundo.

—Sí, lo más natural del mundo; me dijo Magdalena llorando; pero Aranda, no sé por qué desconfia de mi, y además está loco, no tengo duda de ello, á pesar de que he cedido de la dolorosa tirantez en que nos encontrábamos oyendo buenos consejos; y sobre todo oyendo la voz de mi corazon, la voz de mi amor, matando por él mi altivez, he notado con espanto que Aranda ha interpretado de una manera incalificable mi cambio de conducta, que la ha atribuido á una mala arte mia; que ha continuado propalando de una manera insensata que vive de hecho separado de mí; que nada existe de comun entre nosotros; que somos dos hermanos que no se avienen muy bien, y que ello acabará por una separacion formal. Mi estado se hará visible muy pronto, y yo no quiero pasar la vergüenza de que me crean traidora á Aranda, porque despues de lo que cree todo el mundo, porque Aranda se lo dice, no puede hacerse visible mi estado sin que caiga sobre mí una deshonra aparente; tal vez un castigo inmerecido. ¡No! yo no puedo permanecer en Sevilla á la vista de los oficiales del regimiento; mi situacion anómala, increible, extraordinaria, inverosímil, no me lo permite. He determinado irme á Alcalá, allí permaneceré hasta que dé á luz á mi hijo.

—Pero esto es absurdo, la dije; esto no puede ser.

—No, me contestó: haré que en el bautismo se ponga á mi hijo su nombre legítimo, el de su padre, el de Aranda, el mio. Despues, le haré criar secre-

tamente, procuraré luego que Aranda comprenda lo que yo soy, lo que yo valgo, lo que yo le amo; y cuando no pueda dudar de mí, respecto á lo pasado y respecto al porvenir, le llevaré un dia á un lugar junto á una cuna y le diré:

—«Ese es nuestro hijo.»

Inútiles fueron todos mis consejos. Verdad es que la situacion era tal y tan extraordinaria, que por más que se la daba vueltas, no se encontraba otra salida que la que habia encontrado Magdalena. Partió, pues, para Alcalá, y esto trajo otro inconveniente que no podia evitarse. Hubo un amigo indiscreto, ó malvado, que escribió á Aranda avisándole de todo, y una noche...

Don Ginés se detuvo, como si le costase un trabajo inmenso continuar, y luego prosiguió despues de un poderoso esfuerzo.

Una noche, estaba yo en la posada donde paraba cuando iba á Alcalá á visitar á Magdalena, á cumplir con una obligacion de amigo, de padre. Aquella tarde, Magdalena habia dado á luz á Sofía. Poco despues de cerrar la noche habia yo llegado á Alcalá, y habia pasado media hora visitando á Magdalena. Cuando salí, un hombre se acercó violentamente á mí, y me dijo:

—«Hé aquí, mi coronel, que entrambos estamos fuera del lugar donde nos manda estar la ordenanza. Usted ha dejado á Sevilla por venir al lado de una miserable, y yo he venido de Chiclana porque el honor

me llamaba al lugar donde esa miserable se encuentra. »

Inútilmente pretendí hacer conocer á Aranda su error: forzoso es confesar que las apariencias me condenaban; cometí la grave falta de irritarme, de batirme con Aranda, y lo que es imperdonable, con odio, con saña, con deseos horribles de matarle porque temia que si él me mataba mataria á Magdalena. Dios, sin embargo, no quiso que se consumase mi crímen: Aranda fué más diestro, ó más afortunado que yo: me atravesó de parte á parte de una estocada, y me dejó por muerto. Fuí recogido pasado mucho tiempo, porque el lugar en que nos batimos era solitario, y estuve muchos dias entre la vida y la muerte. De tal manera fatigó mi conciencia el recuerdo de que me habia batido por una causa injusta; de que además batiéndome con Aranda habia dado lugar, no ya á sospechas y murmuraciones, á la aseveracion de la deshonra de Magdalena; que hice voto solemne de abandonar el mundo, de consagrarme á la humildad, á la penitencia, á las buenas obras: guardé un profundo secreto acerca de Aranda, y nadie pudo saber que él me habia herido: pedí, convaleciente aún, mi retiro, que se me concedió inmediatamente, y me vine á Toledo, donde vivia mi madre con un pequeño resto de nuestra fortuna. Por esta razon, señor don Juan, soy sacerdote. Yo juro á usted por las órdenes sagradas que tengo, por Dios que nos escucha, que Sofía es hija legítima de don

Pedro de Aranda y de doña Magdalena de Avila: lo juro por el perdon que de Dios ansío, por la salud de mi buena madre, que es lo que más amo sobre la tierra.

—¡Oh! ¡basta, padre Alvarez! me apresuré á decirle; creo á usted, porque no puede dudarse de usted: de usted se desprende un no sé qué persuasivo, de honor, de virtud...

—No, no; lo que se desprende de mí es la resignacion, el arrepentimiento. Pero puesto que ya está usted convencido, dejemos este asunto; me lastima ocuparme de él.

—Si; y como tarda usted en volver á su casa y puede estar con cuidado su familia, vámonos.

—¡Vamos! me dijo melancólicamente el padre Alvarez; eso es decir, que quiere usted ver á Enriqueta.

—Si, le dije; desde el dia en que la encontré por primera vez, no he vuelto á verla, y aunque amo á Sofía con toda mi alma, amo á Enriqueta como á una hermana; como ella me ama á mí, segun usted me ha dicho.

El padre Alvarez calló, se levantó, y se puso en marcha conmigo.

Salimos del claustro de la catedral, y recorrimos en silencio las calles hasta llegar á la casa del eclesiástico.

Don Ginés iba preocupado.

Yo no adivinaba la causa de su abstraccion, y no me atrevia á interrumpir su silencio.

Cuando entramos en el portal de la casa de don Ginés, éste me dijo:

—Procure usted ser prudente, no recordarla nada de lo que aconteció el dia en que se encontraron ustedes por primera vez.

—Mi presencia se lo recordará.

—Basta, pues, con eso; no hay necesidad de que usted pronuncie una sola palabra relativa á aquello.

—¿Pero no dice usted que el amor, ó más bien que el afecto que Enriqueta me profesa es tranquilo?

—Sí, indudablemente, sí: pero sin embargo, prudencia, y ni una sola palabra.

Y don Ginés tiró de la campanilla, se abrió la puerta, y apareció su hermana Genoveva.

Al verme se puso pálida.

Aquella palidez no podia ser causada más que por el afecto que Genoveva sentia por Enriqueta.

Porque, ¿cómo pensar que Genoveva al verme palideciese por sí misma?

La conmocion de Genoveva me hizo sospechar si el afecto que Enriqueta sentia por mi no era tan desinteresado como suponia el padre Alvarez.

Me afirmé más en mis sospechas cuando oí que el padre Alvarez decia á Genoveva.

—Vé y avisa á Enriqueta de que aquí está su amigo el señor don Juan de Acevedo.

Despues, el padre Alvarez me introdujo en su despacho.

—Siéntese usted, me dijo, y venga el sombrero: me hacen daño los cumplimientos.

Y me tomó el sombrero de la mano, y le puso sobre la mesa.

—La va usted á encontrar algo cambiada, y nada tiene esto de extraño; porque ha estado ocho dias muy enferma, y la convalecencia ha sido algo larga. Pero gracias á Dios, ya está fuerte y más tranquila; porque tiene grandes esperanzas en la curacion de su madre.

—Y probablemente está próximo el dia en que recobre su fortuna: su inmensa fortuna.

—¿Cómo? dijo el padre Alvarez con extrañeza; ¡su inmensa fortuna!

—¿Pues qué, no ha dicho á ustedes nada Enriqueta?

—Ella no ha hablado, y nosotros no le hemos preguntado nada. Nos ha bastado con saber que era huérfana, que estaba sola en el mundo, que era desgraciada.

—¡Oh, son ustedes admirables!

—No, no por cierto, no hacemos otra cosa que cumplir con nuestro deber.

—Pues bien, voy á revelar á usted en un sólo nombre la historia de Enriqueta. Su madre se llama Inés de Falces.

—¡Ah! exclamó el padre Alvarez; ¿con qué el abuelo de Enriqueta era el teniente coronel de mi regimiento, don Luis de Falces?

—Si, señor.

—¿Es hija Enriqueta del primer marido de Inés?

—Si, señor.

—¿Ha referido á usted esa historia don Pedro de Aranda, actual marido de Inés de Falces, de la infeliz que está sufriendo en el hospital de locos?

—No, no señor: me la ha referido doña Ana del Campo, antigua amiga de Magdalena de Avila, primera mujer de Aranda.

—¡Silencio! me dijo don Ginés: se acerca Enriqueta.

CXXIX.

En efecto, se oian pasos cercanos; se abrió la puerta y entró Enriqueta.

Yo me puse de pié.

Enriqueta permaneció inmóvil un momento en el lugar en que se encontraba cuando me vió, y su mirada se fijó en mi de una manera profunda.

Luego adelantó, me dió con efusion la mano, y me dijo:

—Habia creido que no volvia á ver á usted.

—¿Y por qué Enriqueta? la contesté algo turbado.

—¿Qué sé yo? me contestó; un presentimiento.

—Ya ve usted; el presentimiento la ha engañado.

—He sabido por el padre Alvarez que ha estado usted gravemente enfermo.

—¡Oh! usted tambien: la dije.

—Pero afortunadamente, estamos ya restablecidos.

—¿Y su madre de usted?

—Esta mañana he estado á verla, y me ha parecido que está en el completo goce de su razon; pero está muy triste; sufre mucho: el director me ha dicho que se la tendrá algun tiempo en observacion, y que si no recae, se me entregará.

—¡Oh! la dije; eso debe tenerla á usted muy contenta.

—Muy contenta no; yo no puedo estarlo; pero estoy más tranquila.

Habia en Enriqueta una gran languidez, una gran tristeza: pero por más que observé, no pude encontrar en ella nada que indicase que me amaba.

Parecia que sin haberse olvidado de mí, se habia olvidado completamente de lo que habiamos hablado el dia en que la encontré.

¿Habria olvidado Enriqueta lo que aconteció aquel dia?

¿Pero si se habia olvidado, cómo es que se acordaba de mí?

Este era un fenómeno que no podia explicarme.

Era que no conocia bien el carácter y el alma de Enriqueta.

Por desgracia, más tarde lo conocí.

CXXX.

Sobrevinieron la madre y la hermana de don Ginés, y la conversacion se hizo general, versando sobre cosas indiferentes.

A la media hora de visita me levanté, me despedí, y dije á don Ginés, que habia venido á acompañarme hasta la puerta.

—Necesito hablar largamente con usted.

—Yo tambien quiero que tengamos una conversacion muy grave.

—Pues bien, le dije, esta tarde espero á usted en el claustro de la catedral: ¿á qué hora?

—A las cuatro, me dijo don Ginés.

CXXXI.

Cuando salí de casa de don Ginés, me fuí en derechura á la fonda de Madrid.

Eran las doce del dia, y mi prima aún no se habia levantado; habia pasado muy mala noche; estaba enferma.

Ana me recibió, y me dijo poniéndome un dedo en la boca.

—¡Silencio! ¡duerme! ¿Cómo es que no ha venido usted hasta ahora?

—He estado en mi casa y he encontrado en ella algo que usted no puede presumir.

—¿Se han llevado los criados los muebles, han dejado la casa sola, y ha tenido usted que mandar echar abajo la puerta para entrar en ella?

—Eso no hubiera tenido nada de particular, la respondí: lo que he encontrado es una nueva cosa inverosímil.

—Extraordinaria, don Juan, extraordinaria: ya sabe usted que hemos convenido en que lo inverosímil no existe.

—En buen hora; no disputemos.

—¿Y qué cosa extraordinaria es esa que ha encontrado usted en su casa?

—El marqués de Puertoseco, está desde anoche al oscurecer encerrado en mi guarda-ropa.

Ana se levantó de un salto del sillon en que estaba sentada.

—¿Que él marqués de Puertoseco está encerrado en su guarda-ropa de usted?

—Sí.

—¿Y cómo há podido ser eso?

Entónces conté á Ana lo que mi mayordomo me habia contado.

CXXXII.

—Pues si mi padre está en tu casa, dijo resonando cerca á nosotros la voz de Sofía, es necesario que vayamos al momento á ella.

Alcé la cabeza, y ví á Sofía apoyada en el respaldo del sillon que ocupaba Ana.

—¿Qué es esto? dije: ¿no dormias?

—No dormia tan profundamente que no sintiese tu voz, contestó: he llegado sin que me sintais, y he oido lo que acabas de referir á Ana; y tu relacion me prueba que mi padre está verdaderamente loco: vamos, no podemos dejarle abandonado asi sin socorrerle: espera un momento mientras nos vestimos mútuamente Ana y yo.

Y asiendo á Ana de la mano, entró con ella por una puerta de cristales que cerró tras sí.

CXXXIII.

Un cuarto de hora despues salieron vestidas.

—Vamos, vamos cuanto ántes á tu casa, me dijo Sofía.

Me dominaba de tal modo y era tal la influencia que tenia sobre mí, que no la hice ninguna observacion, ni áun la pregunté qué era lo que pensaba hacer.

Y, sin embargo, yo sentia una viva inquietud.

La fiebre dominaba aún á Sofía.

Una fuerte excitacion nerviosa contraia su semblante, y en el foco de su mirada se veia algo que podia compararse á un fuego opaco.

Cuando llegamos á mi casa, Sofía subió rápidamente las escaleras, y se detuvo en la puerta de la antesala.

—Esta puerta está cerrada, dijo con impaciencia, y dentro se oye un golpe sordo repetido con insistencia: comprendo lo que es: es que mi padre llama á la puerta de la habitacion en que está encerrado.

—Ha sido necesario, Sofía, la dije; tu padre está en un estado tal, que debemos alegrarnos de que no sé encuentre libre, para hacer algo que pudiera ser funesto, tanto para él como para nosotros.

—¡Una noche pasada así ha debido ser horrible! dijo Sofía.

—Pero hija, ¿qué se habia de hacer, si tu padre se ha vuelto loco? dijo Ana.

—¡Que abran, que abran pronto esta puerta! exclamó con doble impaciencia Sofía.

—Al momento, al momento, señorita: dijo mi mayordomo, que al saber que estábamos en casa habia acudido con las llaves.

Abrió, y Sofía atravesó rápidamente la antesala, y se lanzó en la gran sala.

Ana y yo nos lanzamos tras ella.

Sofía se habia detenido en la puerta de escape del salon que correspondia á mi cuarto.

Desde allí se oian, no sólo más distintamente los golpes que el marqués daba á la puerta del aposento donde estaba encerrado, sino que tambien sus imprecaciones.

Don Anselmo abrió la puerta de escape, y entramos en mi cuarto.

En mi mismo cuarto estaba la puerta que golpeaba el marqués: es decir; la puerta del guarda-ropa.

—Abra usted, dijo Sofía á don Anselmo.

—Perdone usted señorita, respondió don Anselmo poniéndose pálido: pero yo no abro esa puerta; no me atrevo: ¿no oye usted cómo ruge el señor marqués?

En efecto, parecia que una fiera estaba encerrada en mi guarda-ropa.

—Déme usted la llave, abriré yo, dijo Sofía.

—Tome usted, contestó don Anselmo dándola la llave: pero yo creo que no debia abrirse esa puerta sino cuando hubiera aquí á lo ménos una pareja de guardias civiles.

Sofía arrebato la llave á don Anselmo que vacilaba en dársela, y se lanzó á la puerta.

Ana y yo nos interpusimos.

—No, no; yo soy quien debo abrir, dije á Sofía, mientras Ana le estorbaba el paso.

—No reconozco en nadie el derecho de impedirme que yo ponga en libertad á mi padre, dijo Sofía con

un acento, con una expresion tal, que Ana la dejó llegar á la puerta, y yo no me atreví á impedírselo.

Hacia algunos momentos que el marqués habia cesado de golpear la puerta y de rugir de la terrible manera que lo hacia poco ántes.

Sofía dió vuelta á la llave de una manera nerviosa, y empujó la puerta que se abrió por completo.

Sofía estaba delante de la puerta inmóvil, muda, terrible.

Su semblante, que yo veia porque estaba junto á ella preparado á salvarla, si era preciso, del furor del marqués, su semblante, repito, me aterró.

Prescindiendo de la demacracion del semblante del marqués, Sofía era en aquel momento el retrato completo de su padre.

Es decir; me explicaré mejor; el semblante de Sofía se parecia entónces completamente al semblante de su padre, no en la forma, sino en el espíritu.

Tenia la misma inmovilidad fria, terrible, glacial.

En su mirada fija é incontrastable, lucia el mismo fuego sombrío que brillaba en el fondo de la mirada del marqués.

Sofía, entónces, dejaba ver el alma entera del marqués en su expresion, en su mirada.

Pero era el alma del marqués vista por el lado de la indomable firmeza de carácter; no por el lado de la perversidad.

No he visto nada tan hermoso y tan terrible al

mismo tiempo, ni tan valiente como lo era entónces Sofía.

CXXXIV.

Para que todo lo que tuviese relacion conmigo llevase el sello de lo inverosímil, el marqués, en vez de lanzarse furioso del guarda-ropa, como era de esperar por las señales de furor que ántes habia dado, permaneció inmóvil despues de haber abierto Sofía la puerta, mirando á su hija de una manera extraordinariamente atenta y profunda.

—¿Por qué no me has mirado hasta ahora de ese modo? dijo el marqués á Sofía: yo me hubiera alegrado mucho de ello; porque te hubiera conocido como te conozco ahora. Abrázame.

Sofía lanzó un grito inmenso de alegría, de felicidad, y se arrojó en los brazos de su padre.

Yo no sabia si lo que sucedia era real y efectivo, ó hijo de una fascinacion, de un sueño.

Yo no sé qué semblante pondria Ana á este suceso, porque yo no veia nada; nada más que á Sofía en los brazos de su padre.

Yo no comprendí aquello.

El marqués se separó al fin de Sofía, pero reteniéndola asida de la mano, se acercó á un sillon y se sentó.

—He pasado una noche de perros, hija, exclamó;

tamente, procuraré luego que Aranda comprenda lo que yo soy, lo que yo valgo, lo que yo le amo; y cuando no pueda dudar de mí, respecto á lo pasado y respecto al porvenir, le llevaré un dia á un lugar junto á una cuna y le diré:

—«Ese es nuestro hijo.»

Inútiles fueron todos mis consejos. Verdad es que la situacion era tal y tan extraordinaria, que por más que se la daba vueltas, no se encontraba otra salida que la que habia encontrado Magdalena. Partió, pues, para Alcalá, y esto trajo otro inconveniente que no podia evitarse. Hubo un amigo indiscreto, ó malvado, que escribió á Aranda avisándole de todo, y una noche...

Don Ginés se detuvo, como si le costase un trabajo inmenso continuar, y luego prosiguió despues de un poderoso esfuerzo.

Una noche, estaba yo en la posada donde paraba cuando iba á Alcalá á visitar á Magdalena, á cumplir con una obligacion de amigo, de padre. Aquella tarde, Magdalena habia dado á luz á Sofía. Poco despues de cerrar la noche habia yo llegado á Alcalá, y habia pasado media hora visitando á Magdalena. Cuando salí, un hombre se acercó violentamente á mí, y me dijo:

—«Hé aquí, mi coronel, que entrambos estamos fuera del lugar donde nos manda estar la ordenanza. Usted ha dejado á Sevilla por venir al lado de una miserable, y yo he venido de Chiclana porque el honor

me llamaba al lugar donde esa miserable se encuentra.»

Inútilmente pretendí hacer conocer á Aranda su error: forzoso es confesar que las apariencias me condenaban; cometí la grave falta de irritarme, de batirme con Aranda, y lo que es imperdonable, con odio, con saña, con deseos horribles de matarle porque temia que si él me mataba mataria á Magdalena. Dios, sin embargo, no quiso que se consumase mi crímen: Aranda fué más diestro, ó más afortunado que yo: me atravesó de parte á parte de una estocada, y me dejó por muerto. Fuí recogido pasado mucho tiempo, porque el lugar en que nos batimos era solitario, y estuve muchos dias entre la vida y la muerte. De tal manera fatigó mi conciencia el recuerdo de que me habia batido por una causa injusta; de que además batiéndome con Aranda habia dado lugar, no ya á sospechas y murmuraciones, á la aseveracion de la deshonra de Magdalena; que hice voto solemne de abandonar el mundo, de consagrarme á la humildad, á la penitencia, á las buenas obras: guardé un profundo secreto acerca de Aranda, y nadie pudo saber que él me habia herido: pedí, convaleciente aún, mi retiro, que se me concedió inmediatamente, y me vine á Toledo, donde vivia mi madre con un pequeño resto de nuestra fortuna. Por esta razon, señor don Juan, soy sacerdote. Yo juro á usted por las órdenes sagradas que tengo, por Dios que nos escucha, que Sofía es hija legítima de don

tamente, procuraré luego que Aranda comprenda lo que yo soy, lo que yo valgo, lo que yo le amo; y cuando no pueda dudar de mí, respecto á lo pasado y respecto al porvenir, le llevaré un dia á un lugar junto á una cuna y le diré:

—«Ese es nuestro hijo.»

Inútiles fueron todos mis consejos. Verdad es que la situacion era tal y tan extraordinaria, que por más que se la daba vueltas, no se encontraba otra salida que la que habia encontrado Magdalena. Partió, pues, para Alcalá, y esto trajo otro inconveniente que no podia evitarse. Hubo un amigo indiscreto, ó malvado, que escribió á Aranda avisándole de todo, y una noche...

Don Ginés se detuvo, como si le costase un trabajo inmenso continuar, y luego prosiguió despues de un poderoso esfuerzo.

Una noche, estaba yo en la posada donde paraba cuando iba á Alcalá á visitar á Magdalena, á cumplir con una obligacion de amigo, de padre. Aquella tarde, Magdalena habia dado á luz á Sofía. Poco despues de cerrar la noche habia yo llegado á Alcalá, y habia pasado media hora visitando á Magdalena. Cuando salí, un hombre se acercó violentamente á mí, y me dijo:

—«Hé aquí, mi coronel, que entrambos estamos fuera del lugar donde nos manda estar la ordenanza. Usted ha dejado á Sevilla por venir al lado de una miserable, y yo he venido de Chiclana porque el honor

me llamaba al lugar donde esa miserable se encuentra. »

Inútilmente pretendí hacer conocer á Aranda su error: forzoso es confesar que las apariencias me condenaban; cometí la grave falta de irritarme, de batirme con Aranda, y lo que es imperdonable, con odio, con saña, con deseos horribles de matarle porque temia que si él me mataba mataria á Magdalena. Dios, sin embargo, no quiso que se consumase mi crímen: Aranda fué más diestro, ó más afortunado que yo: me atravesó de parte á parte de una estocada, y me dejó por muerto. Fuí recogido pasado mucho tiempo, porque el lugar en que nos batimos era solitario, y estuve muchos dias entre la vida y la muerte. De tal manera fatigó mi conciencia el recuerdo de que me habia batido por una causa injusta; de que además batiéndome con Aranda habia dado lugar, no ya á sospechas y murmuraciones, á la aseveracion de la deshonra de Magdalena; que hice voto solemne de abandonar el mundo, de consagrarme á la humildad, á la penitencia, á las buenas obras: guardé un profundo secreto acerca de Aranda, y nadie pudo saber que él me habia herido: pedí, convaleciente aún, mi retiro, que se me concedió inmediatamente, y me vine á Toledo, donde vivia mi madre con un pequeño resto de nuestra fortuna. Por esta razon, señor don Juan, soy sacerdote. Yo juro á usted por las órdenes sagradas que tengo, por Dios que nos escucha, que Sofía es hija legítima de don

usted ha visto en mí, no es la fuerza de voluntad indomable y fiera que ciega, desatentada, atropella por todo; no era la desesperacion: era la decision justa y necesaria de obtener de usted la explicacion de una sola línea que he leído de la carta que usted dejó para mí: aquella línea decia: «Tu madre fué una miserable, una infame, y tú no eres mi hija.» ¡Ah! perdone usted, padre mio, pero aquella sola línea me volvió loca; no pude leer más.

—¡Ah! ¿no has leido más que esa primera línea de mi carta? dijo con ánsia el marqués.

—Nó, contestó Sofía.

—¿Y dónde están las cartas que yo dejé para vosotros dos? exclamó el marqués creciendo en ansiedad.

—Las he quemado yo, respondí tomando la palabra, despues de haberlas leido, para que jamás pudiera leerlas Sofía.

—¡Todos son mejores que yo! dijo con abatimiento el marqués; has hecho bien, Juan, muy bien; pero áun te falta que quemar otro papel que no debe leer Sofía.

Y sacando su cartera, la abrió, tomó de ella un papel, y me lo entregó.

—Toma, y quémalo tambien, me dijo, pero ántes de quemarlo, míralo: tú no, añadió deteniendo á Sofía, que habia hecho un movimiento para acercarse á mí: ese papel es el resultado de uno de mis más horribles momentos de locura.

En efecto, el papel era el duplicado de la declaracion terrible hecha *in articulo mortis* por Magdalena, de que Sofía no era hija del marqués.

Saqué un fósforo, lo encendí y quemé con él aquel horrible documento.

Sofía miraba de una manera intensa el papel que se quemaba.

Cuando estuvo reducido á pavesas, el marqués respiró de una manera larga y fuerte, así como quien se ve libre de un peso enorme.

—Ya todo está hundido en lo pasado; que Dios me conceda un poco de tiempo de vida para hacer una justa reparacion, y despues, venga la muerte en buen hora.

—¡Padre! exclamó conmovida Sofía.

—Sí, dijo el marqués: me siento morir, y esto durará muy poco; pero no importa; mi muerte os deja en paz.

—¡Oh, no! yo quiero que usted viva, dijo Sofía: quiero que goce usted algunos años de felicidad sobre la tierra.

—Esto no es posible; al curarme de la locura de la venganza, caeria si no muriese, en la locura del remordimiento, y yo os daria muy malos ratos. Además, me habia acostumbrado de tal modo á vivir de la vida del odio, que al morir mi odio, muero con él. Es necesario que os diga lo que me resta que deciros, porque me estoy esforzando demasiado; estoy muy enfermo, herido de muerte. ¡Oye, Juan! en To-

ledo debe haber dos mujeres; las hay; la una en el hospital de locos; la otra en la calle del Sacramento, número 35: la que está en el hospital de locos, es la marquesa de Puertosceco; la que está en la casa número 35 de la calle del Sacramento, es su hija Enriqueta. Yo no puedo morir tranquilo sin su perdon, sin el perdon de Enriqueta, porque su pobre madre, á causa de su locura, no puede perdonarme.

—Tal vez, dije yo, haya buenas noticias acerca de la salud de Inés de Fálces.

—¡Oh! pues entónces mejor; exclamó el marqués á quien ya costaba sumo trabajo hablar: búscalas, Juan, y tráelas; tráelas con el jefe de esa buena familia á quien no conozco, que ha recibido á Enriqueta en su casa.

—Le conoce usted demasiado, tio, respondí, y creo que necesita usted su perdon.

—Sólo hay una persona cuyo perdon, además del de Inés y de Enriqueta necesite yo. Esa persona tal vez no exista, porque es mi antiguo jefe, el coronel del octavo de húsares.

—¡Don Ginés de Alvarez! dije yo.

—¡Cómo! ¡vive! exclamó con ansiedad el marqués.

—Era, dije yo, el eclesiástico que acompañó á Enriqueta durante algun tiempo el dia en que yo la ví por primera vez. Usted me siguió, y siguiéndome debió ver á aquel eclesiástico.

—Yo no veia nada; nada más que á Enriqueta y á

tí: pero no me asombro de que don Ginés haya venido á parar en clérigo, porque era para esto, más que para militar. Si por el lance que tuvo conmigo se convirtió, pidió su retiro y se metió á clérigo, no tengo por qué pedirle perdon, porque le hice un favor siendo la causa de que se convirtiese.

Yo sentí un estremecimiento frio.

El marqués iba tomando todas las apariencias de un loco: Sofía le miraba pálida y consternada.

Le amaba.

Le amaba como puede amar una buena hija al mejor de los padres.

—Vamos, Juan, me dijo el marqués; ayuda á Sofía á levantarme de este sillon, porque yo no puedo: llevadme, llevadme cuanto ántes á la cama: aquí, á tu cama, Juan, porque yo no podria ir más lejos.

Sofía y yo alzamos al marqués y le llevamos á mi lecho.

Sofía y Ana que tambien nos habia ayudado sosteniendo por detrás al marqués, salieron para que yo pudiera desnudarle.

CXXXV.

No he visto, ni pienso ver nada tan repugnante, tan horrible, tan inverosímil, como el cuerpo del marqués desde el momento en que le despojé de sus

ropas exteriores, que estaban rehenchidas, algodonadas.

Era tal su demacracion, que casi, casi, parecia un esqueleto.

Yo no comprendia cómo un hombre podia vivir en aquel estado.

Me espantaba además, el ver que el marqués desfallecia rápidamente.

—Esto se acaba, me dijo con la voz mucho más débil, y es necesario aprovechar el tiempo.

—Voy á mandar que busquen á mi médico al momento.

—¡No, no por Dios! dijo el marqués: no me traigas á ese asesino: eso estaria en su lugar, si tú fueras un malvado y hubieses de heredarme: porque si he de vivir algunas horas sin tu médico, con los auxilios de tu médico sólo viviria algunos instantes: no malgastemos la vida, Juan; en vez del médico, tráeme al padre Alvarez, á mi antiguo coronel, á ver si él logra ponerme bien con Dios, lo que creo difícil, porque hace más de veinte años que Dios y yo no nos tratamos.

Acabé de convencerme de que mi terrible tio, no habia salido de una locura sino para caer en otra.

—Además del padre Alvarez, tráeme tambien á mi mujer y á su hija; digo, si es que mi mujer puede salir del hospital, que creo que sí, porque toda su locura consiste en momentos de furor porque no me tiene á su lado, en que rompe todo lo que encuentra

á mano, despues de lo cual pasa tres dias de calentura, y se queda como si tal cosa, hasta que pasado largo tiempo vuelve á padecer otro acceso. La pobre está locamente enamorada de mí, y yo no la amo.

Decididamente: si Inés de Fálces estaba loca á intervalos, mi tio estaba loco de remate: yo al ménos lo creia así.

—Vé, vé Juan, me dijo el marqués: Sofía y su insufrible amiga doña Ana del Campo se quedarán cuidándome: llévate algunas onzas de oro para el médico y el director del hospital de locos, á fin de que prescindan de impertinencias y te entreguen al momento la marquesa, y tráetela con su hija: vé, vé, porque espero impaciente, porque siento que se me va la vida.

CXXXVI.

Cuando salí de casa eran las cuatro de la tarde, la hora en que debia estar esperándome en el claustro de la catedral el padre Alvarez.

Me dirigí, pues, á la catedral.

De tal manera me habia impresionado el cambio de mi tio, que habia perdido la conciencia de mí mismo; que temia no estar en mi cabal juicio.

Aquello de haber reconocido el marqués como hija suya á Sofía por una mirada, era cosa que me volvia loco.

Es verdad que yo habia notado un gran parecido moral entre Sofía y el marqués, en el momento en que Sofía abrió la puerta de mi guarda-ropas y se encontró frente á frente con su padre.

Pero dos personas pueden parecerse mucho moralmente; tanto más, si han vivido juntas veinte años, sin que nada haya de comun físicamente entre ellas.

Aquello de haber visto su alma el marqués en los ojos y en el semblante de Sofía, de haberse convencido por esto de que era su hija, y hasta el punto que se habia convencido, era cosa que no me cabia en la cabeza.

Aquello era la inverosimilitud de las inverosimilitudes; lo extraordinario de lo extraordinario.

El espiritualismo llevado hasta la extravagancia.

Lo repito; yo me volvia loco.

Yo dudaba de si existia ó nó.

Si la educacion constituye, como dicen, una segunda naturaleza, si además de esto es verdad que entre dos personas que viven juntas durante muchos años, bajo unas mismas costumbres, se establece una especie de relatividad, ¿qué tenia de extraño que hasta cierto punto se pareciese Sofía en el carácter al marqués? ¿Y cómo, durante tantos años, no habia encontrado nunca el marqués, su alma, como él decia, en los ojos, en el semblante de mi prima?

Todo esto era indeterminado, vago, fantástico.

Irremisiblemente el marqués estaba loco; y lo peor

era que yo temia que nos volviese locos á todos.

Por lo mismo, yo deseaba, perdóneme Dios el deseo, que el marqués se muriese cuanto ántes, persistiendo en llamar su hija á Sofía.

¿Y aquella declaracion extrema de Magdalena espirante en que afirmaba que Sofía no era hija de don Pedro de Aranda?

Acabé por sobreponerme á todo, por desechar de mi toda aquella balumba de cosas extrañas, y quedarme con el único pensamiento que me dilataba el alma.

Con el pensamiento del amor de Sofía.

CXXXVII.

Cuando llegué al claustro de la catedral, encontré ya á don Ginés que esperaba paseando.

—Dispénseme usted, le dije, si he tardado, pero han sucedido cosas extraordinarias: necesitamos ir á su casa de usted por Enriqueta, para ir con ella al hospital del Nuncio y sacar de allí á todo trance á su madre.

—¿Pues qué sucede? me preguntó el padre Alvarez.

—El marqués de Puertoseco, don Pedro de Aranda, está en mi casa, en mi cama, y se muere. Habla de restitucion, quiere ver á su mujer y á Enriqueta.

—¡Dios mio! dijo el padre Alvarez: Dios ha tocado el corazon de ese hombre.

—Yo creo que el marqués está ahora más loco que nunca.

—¿Y por qué pensar que está loco un hombre, que se arrepiente del mal que ha hecho y quiere repararle?

—Pues quiere aún más, el marqués: me ha dicho que en vez de llamar al médico le lleve á usted á su lado, para que le asista en su agonía.

—¡Cómo! dijo don Ginés poniéndose pálido: ¿sabe Aranda que yo vivo en Toledo?

—Lo sabe porque se lo he dicho yo.

—¿A propósito de qué?

—Sabia que Enriqueta estaba en la casa número 35 de la calle del Sacramento; deseaba expresar su gratitud al jefe de la familia que habia acogido á Enriqueta, y entónces le revelé el nombre de usted. Siento haber sido indiscreto y que esto contraríe á usted, padre Alvarez.

—De ninguna manera, yo no tengo odio para nadie; por el contrario: me alegro mucho de que Aranda me llame, porque esto prueba que tampoco me odia y que al fin ha resplandecido para él la luz de la verdad. Andemos, andemos un poco más de prisa; la pobre Enriqueta se va á alegrar mucho. ¡Oh! ¡cuánto ha sufrido y sufre la infeliz!

—¿En efecto, padre Alvarez, dije, Enriqueta no siente por mí más que un afecto de hermana?

—Ella pronuncia tranquilamente su nombre de usted: no esquiva la ocasion de hablar de usted, pero como se habla de un amigo á quien se deben grandes beneficios. Yo creo que afortunadamente no ama á usted: pero, sin embargo, sólo Dios lee en los corazones. Enriqueta á pesar de sus pocos años, es muy reflexiva y tiene un gran dominio sobre sí misma: pero de esto no debemos hablar; usted ama á Sofía y es amado de ella: las circunstancias en que se encuentra aconsejan el casamiento de usted con Sofía. No debe usted, pues, ocuparse de si le ama ó nó Enriqueta: los sucesos le han separado á usted de ella, y como entre Enriqueta y usted no hay un compromiso formal, y sí le hay entre Sofía y usted, no es posible dudar de lo que toca á usted hacer: no hablemos más de esto; estamos ya en la puerta de mi casa, y dentro de un momento estaremos delante de Enriqueta.

CXXXVIII.

Enriqueta se sorprendió cuando supo que el marqués la llamaba á ella y á su madre.

—Es extraño, dijo, este repentino cambio en el marqués: él obligó á mi madre á salir de Madrid, y cuando obedeciéndole mi madre nos vinimos á Toledo, nos abandonó enteramente.

—Pero, ¿por qué no se volvieron ustedes á Madrid? dije.

—Mi madre no queria irritarle, le temia: siempre ha sido su esclava: las órdenes del marqués, que no la ama, ni la ha amado nunca, son leyes para ella: inútilmente decia yo á mi madre que era necesario no ceder tanto; luchar: mi madre se irritaba. Cuando estuvimos en Toledo nos encontramos sin recursos, reducidas á vender nuestro equipaje. Sin embargo, y aunque no recibiamos noticia alguna, mi madre no consintió en moverse de Toledo, y pasaron dos horribles meses, hasta que al fin mi madre fué acometida de un acceso de locura más violento que nunca. Usted sabe lo demás, Acebedo; cuando me he restablecido de mi enfermedad, he escrito enérgicamente al marqués, y no he recibido contestacion. Por eso extraño el cambio del marqués.

—No comprendo, Enriqueta, cómo estando en el hospital de locos su madre de usted, no ha reclamado usted para que se la ponga en posesion de su fortuna.

—¿Y cuál es mi fortuna? dijo dolorosamente Enriqueta.

—¡Cómo! dije con extrañeza: ¿pues de quién es el título de marqués de Puertosecco?

—De Aranda, me contestó Enriqueta: yo no tengo derecho alguno á que el marqués me proteja, porque el marqués no es mi padre.

—Usted, si su madre no cura, es la marquesa de

Puertoseco, la dije: porque el título y el mayorazgo de Puertoseco, son de su madre de usted, heredados de don Luis de Fálces, teniente coronel del regimiento de húsares número 8.

—¡Ah! ¡no, no! usted se engaña: el título y el mayorazgo son de Aranda.

—Todo esto consiste, dijo el padre Alvarez, en que nosotros no hemos preguntado á Enriqueta más que su nombre para poder inscribirla en el padron municipal. Yo lo ignoraba todo; por eso para mí ha sido una sorpresa el saber que tenia en mi casa á la nieta del teniente coronel de mi regimiento. Yo no conocia al marido de su hija ni recordaba su nombre: sabia que la madre de Enriqueta se llamaba Inés de Fálces; pero como no se llamaba al mismo tiempo marquesa de Puertoseco, ni podia yo adivinar, porque no lo podia comprender, que la riquísima marquesa de Puertoseco se encontrase en una situacion tan terrible, de aquí todo: yo creí que se trataba de otros Fálces.

—Yo, dijo Enriqueta, por evitar lo ridículo de que una pobre enferma de un hospital se llamase marquesa, suprimí el título.

—¡Pero, señor! exclamé: esto es inverosímil hasta lo infinito; tanta coincidencia para justificar tanta equivocacion, parece buscada á propósito.

—Mi madre me habia dicho siempre que el título y el mayorazgo eran de Aranda, respondió Enriqueta.



—Pues bien, un amor del de la especie de su madre de usted con un hombre tal como Aranda, es una nueva inverosimilitud. El marqués es horrible en cuerpo y en alma, y no comprendo cómo puede amarle nadie.

—Pues mi madre le adora, dijo Enriqueta, y seria la más feliz de las mujeres si el marqués la amase.

—Pues bien; el marqués la llama, dije: puesto que ha recobrado la razon, ó que por mejor decir, no la ha perdido, vamos por ella al hospital de locos.

—¿No dice usted, que el marqués está muy malo, que peligra su vida? me dijo Enriqueta con sumo interés.

—Sí, la respondí: ó yo me engaño mucho, ó le quedan pocas horas de vida.

—¡Oh! entónces seria peor si mi madre le viese morir: ¡no, de ningun modo!

—Es preciso, necesario de todo punto, Enriqueta; dijo el padre Alvarez: no puede separarse por ninguna consideracion del mundo á dos esposos cuando el uno de ellos va á morir.

—¡Oh! si mi madre ve morir al marqués, exclamó Enriqueta poniéndose pálida de espanto, la locura de mi madre no tendria remedio.

—¡Oh! ¿quién sabe? dijo el padre Alvarez.

Costó, en fin, un trabajo inmenso el lograr que Enriqueta consintiese en ir al hospital por su madre.

En cambio, costó muy poco trabajo sacar á su madre del hospital.

El director y el médico al saber que se trataba de la marquesa de Puertoseco, grande de España de primera clase, se dejaron convencer, mediando además algunas buenas razones mejicanas, y la marquesa de Puertoseco, doña Inés de Fálces, se vió al fin libre al lado de su hija y de Genoveva, la hermana del padre Alvarez, que habia acompañado á Enriqueta, en el gran salon de mi casa, que era algo más bello y algo más cómodo, que el miserable aposento que habia ocupado en el hospital de locos.

El padre Alvarez nos acompañaba tambien.

CXXXIX.

Entré en mi cuarto y encontré al lado de la cama del marqués á Sofía y á Ana.

El marqués hablaba tranquilamente con ellas, pero con voz muy débil.

Se moria conversando, y sin dar la menor muestra de intranquilidad.

Cuando me vió me dijo:

—¿Las has traido?

—Sí, le contesté: están ahí.

—Pues llegan á buena hora; que entren, que entren al momento.

CXL.

Yo esperaba una escena fuertemente dramática; pero me engañé.

Inés de Fálces adelantó tranquila hácia el marqués, se acercó á él, y asió una mano que el marqués la tendia y le dijo:

—¿Te ha tocado ya Dios al corazon?

—Creo que sí, dijo tranquilamente el marqués.

—Pues á mí me ha tocado Dios á la cabeza y he recobrado el juicio que habia perdido desde el dia en que hace catorce años me arrojaste de tu lado sin razon alguna: he recobrado el juicio donde otros le pierden, en la casa de locos: he despertado de mi sueño en el fondo de un abismo, y no he podido comprender cómo durante catorce años he sufrido tanto, he hecho sufrir tanto á mi pobre hija, con un amor que sólo podia justificarse por la locura.

—¿Es decir... la preguntó tranquilamente el marqués, que ya no me amas?

—Tú no eres el hombre á quien yo amé: dijo la marquesa.

—Es verdad, dijo naturalmente mi tio: cuando yo me casé contigo, tenia más carne que la que tengo ahora, treinta años, y era un comandante de húsares muy buen mozo. Ahora, ¡qué diablo! el teniente

general, marqués de Puertoseco, es un espectro á quien no puede amarse, porque nadie ama á los esqueletos.

—No, no consiste en eso, dijo la marquesa: no amaba yo en tí el cuerpo; amaba el alma que habia soñado en tí: y si tuvieras esa alma, yo te amaria aunque fueses una sombra.

—Está visto, dijo el marqués, que el hombre no sabe quien le ama ni quien le aborrece: puede estar loco el que nos ama, y recobrar la razon y aborrecernos, ó viceversa: pues mira Inés, me alegro: porque ya que te he hecho sufrir tanto en vida, me voy al otro lado con el consuelo de que no sufrirás por mi muerte.

—Sentiré tus desgracias, porque lo que he sufrido por tí no ha hecho quo te aborrezca cuando he recobrado la razon, porque he visto que tú estabas más loco que yo: lloraré por tí, porque eres un desgraciado que has vivido cometiendo el crímen para el que no hay ley: el crímen moral.

—Pero si los hombres no tienen leyes para ese género de crímenes, las tiene Dios, dijo algo conmovido el marqués.

—¡Ah, no, porque yo te perdono! dijo la marquesa con la voz trémula, los ojos arrasados en lágrimas y tendiendo los brazos hácia su marido.

—¡Ah! pues si tú me perdonas, Inés, si me perdonais tambien vosotras, Sofía, Enriqueta...

Las dos jóvenes se acercaron al marqués, le estre-



charon las manos, y le dejaron oir conmovidas su perdon.

—Gracias, gracias, hijas mias: dijo repuesto ya de su conmocion el marqués: no esperaba ménos de vosotras: ya sabia yo que erais unas buenas muchachas: amaos mucho, hijas mias, y acordaos alguna vez de mí: no llores Sofía; y tú, Enriqueta, no me mires de esa manera espantada: soy casi feliz y no estoy loco: pero veo allá en un rincon sobre una sotana un rostro muy conocido, junto al estúpido de mi sobrino que no sabe lo que le sucede. Acérquese usted, mi coronel, y venga esa mano, si no quiere usted que crea en este momento en que me voy acabando, que no se ha olvidado usted de nuestra última entrevista.

—Sí, Aranda, sí, dijo el padre Alvarez acercándose y asiéndole la descarnada mano que el marqués le presentaba.

—Yo creo, dijo mi tio, que hay algo de terrible y de misterioso en la vida, y que Calderon dijo muy bien, cuando dijo: *La vida es sueño:* Yo por mi parte, he estado soñando veintidos años, dominado por una horrible pesadilla: pero ¡bah! he despertado al fin: me veo perdonado del mal que he hecho, y el ángel que está en los cielos que ve cuanto siento por ella, me perdonará tambien. Por lo mismo, me alegro de morir; porque despues de haber recobrado el juicio, de haber perdido mi odio, me voy á parecer horrible á mí mismo, y me alegro además, porque

en el nicho donde me metan, donde me archiven, no me dolerá el estómago, ni me veré obligado á tomar dos veces al dia la insoportable fécula. Yo he nacido para vivir soñando: he soñado veinticinco años, lo bello, lo puro, lo embriagador, y otros veintiuno lo horrible: las dos cosas, por lo que veo, eran mentira, y como no podria saber en adelante lo que era verdad, me alegro de que mis ojos se vayan cerrando para ese sueño del que no se despierta, en que nada se siente, cuyo profundo reposo nada turba: yo veo ya la muerte que se acerca á mí, encantadora, riente, hermosa, coronada de flores de adormidera, y soy feliz.

El marqués dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

CXLI.

Amigo lector, te aseguro que aquella inverosímil, aquella extraordinaria manera de morirse del marqués, era mil veces más horrible, mil veces más espantosa que si aquella escena originalísima hubiera sido fuertemente dramática en la forma; y digo en la forma, porque era ya bastante dramática en el fondo.

charon las manos, y le dejaron oir conmovidas su perdon.

—Gracias, gracias, hijas mias: dijo repuesto ya de su conmocion el marqués: no esperaba ménos de vosotras: ya sabia yo que erais unas buenas muchachas: amaos mucho, hijas mias, y acordaos alguna vez de mí: no llores Sofía; y tú, Enriqueta, no me mires de esa manera espantada: soy casi feliz y no estoy loco: pero veo allá en un rincon sobre una sotana un rostro muy conocido, junto al estúpido de mi sobrino que no sabe lo que le sucede. Acérquese usted, mi coronel, y venga esa mano, si no quiere usted que crea en este momento en que me voy acabando, que no se ha olvidado usted de nuestra última entrevista.

—Sí, Aranda, sí, dijo el padre Alvarez acercándose y asiéndole la descarnada mano que el marqués le presentaba.

—Yo creo, dijo mi tio, que hay algo de terrible y de misterioso en la vida, y que Calderon dijo muy bien, cuando dijo: *La vida es sueño:* Yo por mi parte, he estado soñando veintidos años, dominado por una horrible pesadilla: pero ¡bah! he despertado al fin: me veo perdonado del mal que he hecho, y el ángel que está en los cielos que ve cuanto siento por ella, me perdonará tambien. Por lo mismo, me alegro de morir; porque despues de haber recobrado el juicio, de haber perdido mi odio, me voy á parecer horrible á mí mismo, y me alegro además, porque

en el nicho donde me metan, donde me archiven, no me dolerá el estómago, ni me veré obligado á tomar dos veces al dia la insoportable fécula. Yo he nacido para vivir soñando: he soñado veinticinco años, lo bello, lo puro, lo embriagador, y otros veintiuno lo horrible: las dos cosas, por lo que veo, eran mentira, y como no podria saber en adelante lo que era verdad, me alegro de que mis ojos se vayan cerrando para ese sueño del que no se despierta, en que nada se siente, cuyo profundo reposo nada turba: yo veo ya la muerte que se acerca á mí, encantadora, riente, hermosa, coronada de flores de adormidera, y soy feliz.

El marqués dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

CXLI.

Amigo lector, te aseguro que aquella inverosímil, aquella extraordinaria manera de morirse del marqués, era mil veces más horrible, mil veces más espantosa que si aquella escena originalísima hubiera sido fuertemente dramática en la forma; y digo en la forma, porque era ya bastante dramática en el fondo.

CXLII.

Habia allí algo de frio; algo de terrible.

Aquellas tres mujeres asombradas, por lo que veian, por lo que oian; el padre Alvarez compungido; yo asustado, porque la cabeza se me iba y se me venia, y me sonaba algo en los oidos, semejante al zumbido del ruido de un mosquito de trompetilla.

Yo me palpaba y resollaba recio, para convencerme de que no era una sombra que se encontraba entre otras sombras.

Un sudor se me iba y otro se me venia.

Yo agonizaba.

CXLIII.

—Es necesario avisar á un médico, dijo el padre Alvarez.

Aquella palabra fué para mi inmóvil tio lo que será para los muertos la trompeta del juicio final.

—¿Quién habla aquí de médicos, exclamó: quién se acuerda de ellos; á quién le pesa que no me haya muerto ya? ¡Ah! ¿es usted Alvarez, el que necesita para mí de un médico? Yo he creido de buena fe que usted me habia perdonado.

—Pero papá, en el estado en que te encuentras... dijo Sofía.

—Nada, nada, exclamó el marqués: ¡léjos, léjos de mí los asesinos! dejadme sólo con mi antiguo coronel, y que vayan al momento á buscar un escribano.

El padre Alvarez se quedó solo con el marqués, y yo envié á llamar á un escribano, y aburrido, desesperado, necesitando respirar el aire libre, me salí á corretear por los vericuetos de Toledo.

CXLIV.

¿Quién comprende el corazon humano?

Yo sentia un tormento, semejante al de aquel de quien tirasen asiéndole de las manos dos fuerzas violentas y opuestas.

Sofía y Enriqueta tiraban cada una de ellas de mí, atrayéndome á sí con una fuerza irresistible.

No podia tenerlas á las dos, y las dos me impresionaban de una manera terrible.

Mientras tenia á mi lado á Sofía, me olvidaba de Enriqueta.

Cuando aquella tarde estuve al lado de Enriqueta, me olvidé completamente de Sofía.

Cuando las dos juntas estuvieron á mi lado, las refundí en un mismo pensamiento de amor.

CXLII.

Habia allí algo de frio; algo de terrible.

Aquellas tres mujeres asombradas, por lo que veian, por lo que oian; el padre Alvarez compungido; yo asustado, porque la cabeza se me iba y se me venia, y me sonaba algo en los oidos, semejante al zumbido del ruido de un mosquito de trompetilla.

Yo me palpaba y resollaba recio, para convencerme de que no era una sombra que se encontraba entre otras sombras.

Un sudor se me iba y otro se me venia.

Yo agonizaba.

CXLIII.

—Es necesario avisar á un médico, dijo el padre Alvarez.

Aquella palabra fué para mi inmóvil tio lo que será para los muertos la trompeta del juicio final.

—¿Quién habla aquí de médicos, exclamó: quién se acuerda de ellos; á quién le pesa que no me haya muerto ya? ¡Ah! ¿es usted Alvarez, el que necesita para mí de un médico? Yo he creido de buena fe que usted me habia perdonado.

—Pero papá, en el estado en que te encuentras... dijo Sofía.

—Nada, nada, exclamó el marqués: ¡léjos, léjos de mí los asesinos! dejadme sólo con mi antiguo coronel, y que vayan al momento á buscar un escribano.

El padre Alvarez se quedó solo con el marqués, y yo envié á llamar á un escribano, y aburrido, desesperado, necesitando respirar el aire libre, me salí á corretear por los vericuetos de Toledo.

CXLIV.

¿Quién comprende el corazon humano?

Yo sentia un tormento, semejante al de aquel de quien tirasen asiéndole de las manos dos fuerzas violentas y opuestas.

Sofía y Enriqueta tiraban cada una de ellas de mí, atrayéndome á sí con una fuerza irresistible.

No podia tenerlas á las dos, y las dos me impresionaban de una manera terrible.

Miéntras tenia á mi lado á Sofía, me olvidaba de Enriqueta.

Cuando aquella tarde estuve al lado de Enriqueta, me olvidé completamente de Sofía.

Cuando las dos juntas estuvieron á mi lado, las refundí en un mismo pensamiento de amor.

¡Mentira! ¡él hombre no sabe lo que es!

Yo si sé lo que es el hombre.

Una continua *anima bilis*, en que la fatalidad hace á ciegas un contínuo y doloroso experimento.

Dicen que el amor hace feliz al que lo siente de veras, y yo soy infeliz, porque le he sentido demasiado, ó por mejor decir, no tengo feliz más que la mitad del alma.

La otra mitad la tengo á oscuras y enferma.

Porque el sér completo que yo amo se compone de dos mujeres, y no tengo más que una.

La otra vive como un alma en pena cerca de mí, atormentándome con su amor silencioso, haciéndome comprender con su tranquilidad horrible, con la careta de hermana puesta sobre el corazon, que me es imposible alcanzar la otra mitad de la felicidad que me falta.

¿Por qué no se ha ido léjos de mí?

¿Por qué está ejerciendo sobre mí su mortal influencia?

¿Por qué está haciendo que yo encuentre un sabor amarguísimo en la mitad de la felicidad que poseo?

¡Y se aman las dos, como si fueran un solo sér partido en dos mitades!

Y la que no es mi mujer, no ama á nadie; trata con dureza, con crueldad, á los que locos de amor por ella la rodean.

Parece que se consuela haciéndolos sufrir de lo que ella misma sufre.

Porque aunque ella está siempre alegre, siempre riente, y se pasa la mitad del dia cantando al piano, debe sufrir mucho.

A mí no me engaña.

¡Y está cada dia más hermosa!

Es verdad, tambien, que cada dia me parece más hermosa mi mujer..

¡Oh, Dios mio, Dios mio! yo tengo una hacha clavada en el corazon.

Lo que me sucede es absurdamente inverosímil.

Alguno de mis abuelos debió cometer un gran pecado estupendo, espantoso, extraordinario, y yo lo estoy purgando de la manera más original del mundo.

CXLV.

Mi paseo, ó por mejor decir, mi andancia, fué muy corta.

Una atraccion irresistible me llevó de nuevo á mi casa.

En el salon, sentadas en el sofá, estaban Sofía, Inés y Enriqueta.

En los sillones, la una frente á la otra, Genoveva y Ana.

Yo asomé la cabeza á la puerta, ví que todas estaban inmóviles y silenciosas, y me retiré.

Dí la vuelta y me acerqué á la puerta de escape de mi dormitorio donde estaba el marqués.

Se oia dentro, á veces, un murmullo débil; sin duda cuando el marqués hablaba.

A veces, una voz tranquila, perfectamente perceptible, que preguntaba para esclarecer y fijar disposiciones testamentarias.

Era sin duda un escribano.

Aquello olia á muerto.

Escapé tambien, y sin saber cómo me encontré en la gran alcoba nupcial de mi familia.

En la alcoba donde yo habia nacido.

CXLVI.

El magnífico tálamo, la gran cama de bronce dorado y cincelado que allí se habia puesto, se mostraba bajo sus colgaduras, perfectamente hecha.

Allí estaban todos los muebles de dormitorio, que mi prima habia hecho llevar.

Se me partia la cabeza, se me nublaban los ojos.

Nunca habia yo dormido en aquella alcoba.

Ni mi padre ni mis abuelos habian dormido en ella hasta la noche de sus bodas.

Yo necesitaba descanso.

Vencí mi repugnancia á romper la tradicion de mi familia, y me acosté en aquel lecho.



El mio estaba ocupado por el marqués.

No tenia donde elegir, como no me decidiese por la cama de un criado, y esto me repugnaba.

Dormí al fin soltero en una alcoba donde mi padre y mis abuelos no habian dormido sino casados.

Un año despues, debia yo dormir allí, casado tambien.

CXLVII.

Me acometió un letargo pesado.

Me despertó, al fin, una mano que me movió dulcemente.

Abrí los ojos, y me encontré á mi mayordomo con una luz en la mano, y junto á él, el padre Alvarez.

—Levántese usted, levántese usted al momento, me dijo don Ginés: el marqués se muere, y desea ardientemente hablar con usted.

Me puse en pié de un salto, y entré en el salon que estaba tétricamente alumbrado por una sola bujía, y á causa de su extension y de los retratos de cuerpo entero que pendian de sus paredes, tenia un fuerte aspecto fantástico.

Ó era que el estado de mi cabeza me lo hacia ver fantástico todo.

Nadie habia en el salon.

carnada: acércate, acércate más, dijo el marqués.

Yo acerqué mi oido á su boca.

Apenas se sentia la respiracion del marqués.

Su mano temblaba de una manera leve, pero continua.

—Cuando dejé herido á Alvarez, fuera de las tapias de Alcalá, continuó el marqués, fuí á la casa donde estaba tu tia.

—¡Silencio! la dije: bautiza esa niña como si fuera mi hija: ahorremos un escándalo inútil.

—Si me crees culpada, si no has de dar oidos á la verdad, me respondió; mátame: yo no puedo vivir apareciendo infame á tus ojos.

—¡Silencio! la dije: ¡silencio! repetí: que nadie sepa que me has visto en Alcalá.

Y sin escucharla, salí de la casa y me volví á Chiclana, donde estuve muchos dias enfermo, entre la vida y la muerte.

Cuando convalecí, estaba ya loco de celós, de desesperacion, de vergüenza.

Habia contraido esta horrible sed de venganza que me ha aquejado durante veinte años.

El marqués se detuvo, y le oí gemir.

CL.

—Volví del destacamento, continuó el marqués, y me reuní con Magdalena.

La infeliz no pudo sufrir más que un año el tormento de mi desprecio.

Delante de las gentes, yo aparecia el marido más feliz, más confiado.

Los que pretendian saber mi deshonra, reian de mí.

Les parecia yo el imbécil más perfecto del mundo.

Pero cuando estábamos solos, Magdalena sufria los tratamientos más horribles, más degradantes.

Al año, enfermó de muerte.

Yo no fui bastante generoso, bastante sereno é inteligente, para comprender en el doloroso estado de Magdalena, ó su arrepentimiento, ó su inocencia, ó para perdonarla, ó para darla todo mi amor, todo mi respeto.

Yo estaba loco.

Y mi locura me hizo incurrir en un crímen, para el cual parece imposible haya perdon.

Vi que Magdalena se escapaba á mi venganza por las puertas de la muerte, y quise continuar mi venganza sobre Sofía, sobre mi hija, que yo creia hija del crímen.

Detúvose un momento mi tio, no sé si por descansar, ó por temor á lo que me iba á decir.

Al fin continuó.

CLI.

—Una noche... estaba ya Magdalena sacramentada como yo... era sobre poco más ó ménos la misma hora... la misma estacion.

Habia pedido que la llevasen su hija, la tenia entre sus brazos, y la besaba llorando.

Yo hice salir al sacerdote y á la sirvienta que allí estaba.

Los llevé léjos de allí, y cerré las puertas.

Tomé papel y tintero y me acerqué al lecho.

—Puedes escribir, la dije: ¡escribe!

Y la presentaba con la una mano el papel, y con la otra la pluma.

—¿Y qué he de escribir? me dijo dejándome ver una mirada que no he podido olvidar nunca: una mirada ansiosa, suplicante, desesperada, inmensa, á través de la cual se veia un profundo amor hácia mí, envuelto en un terror frio.

—Vas á declarar por escrito, que tu hija no es mi hija, la respondí.

—¡Tio! ¡Tio! exclamé: yo no tengo valor para seguir escuchando eso: adivino, veo un horror inexplicable: una situacion que parece inverosímil: concluyamos... lo comprendo todo... no dudo... no puedo dudar.

—¡Escucha! ¡escucha! me dijo el marqués con su

horrible voz cavernosa: Magdalena, dió un grito que áun resuena en mis oidos, tembló, abrazó á su hija, y ocultó contra ella su semblante, como defendiéndose con ella.

—¡Tio, por compasion, no más!

—¡Oye, oye! yo dejé el papel y el tintero sobre una silla, y la arranqué de los brazos su hija.

—Escribe, la dije, ó todo concluye esta noche; la ahogo, y me levanto despues la tapa de los sesos.

—Escribiré... escribiré lo que quieras... pero dame mi hija... dámela... ¡nuestra hija!... ¡sí! ¡por que yo soy inocente!

Y alzando al cielo los brazos trémulos, exclamó:

—¡Señor! ¡señor! ¡si no quieres que muera desesperada y me condene, desciende y toca su corazon, Dios mio!

—Y sin embargo, pregunté temblando; ¿Magdalena escribió?

—¡Escribió! dijo lúgubremente el marqués.

—¡Miserable! exclamé levantándome olvidado de todo, deshaciendo casi la helada mano del marqués.

El marqués lanzó un gemido.

—Miserable, sí, exclamó; porque no hay locura que disculpe aquellos momentos horribles, en que Magdalena escribia llorando lo que la dictaba: ¡su deshonra! ¡el desheredamiento de nuestra hija!

CLII.

Yo caí desplomado sobre el sillon.

El marqués continuó.

—¡Yo te perdono! dijo Magdalena espirante: que mi perdon haga, que esos horribles escritos no hieran jamás el corazon de nuestra hija.

Y la estrechó débilmente entre sus brazos, estampó un beso frio en su boca, y murió.

Dieron entónces las doce de la noche.

La hora en que las brujas montan en su escoba, para ir al aquelarre.

En aquella hora, subió una mártir al cielo.

Yo... moriré á las doce en punto... siento la muerte sobre mí... el remordimiento me corroe las entrañas... yo no podré resistir á la vibracion de esa hora.

CLIII.

—Voy á mandar que se lleven de aquí ese reló, exclamé.

—¡No, no! áun tenemos tiempo, y yo no quiero vivir más que el tiempo necesario.

Aprovechémoslo.

Dios ha oido las últimas palabras de Magdalena.

Sofía no ha visto los terribles escritos de su madre.

Los has destruido tú.

Ya sé que no dudas, ni tengo que encargarte que hagas feliz á mi hija.

Habeis nacido el uno para el otro.

Pero oye, Juan; un reptil puede ponerse entre vosotros y emponzoñaros con su inmundo veneno.

Cree más á tu corazon que á tu cabeza.

La cabeza se engaña casi siempre, y el corazon no se engaña nunca.

¡Oh! ¡si yo hubiera tenido corazon!

El marqués calló de nuevo.

Yo no podia hablar.

—Tira, tira de la campanilla, dijo despues de algunos segundos de silencio mi tio: que venga Sofía, Sofía sola: con los demás ya he concluido. Mientras viene, déjame reposar.

CLIV.

Diez minutos despues, llegó Sofía.

El marqués la sintió.

—Enciende, enciende una luz, Juan, quiero verla por última vez; quiero morir viéndola; porque en ella veo á su madre.

Salí, encendí una bujia, y cuando volví á entrar

en la alcoba, encontré á Sofía arrojada en los brazos de su padre y llorando.

—Es necesario, dijo el marqués retirándola suavemente, que mi muerte no te cause demasiado dolor, Sofía; porque al fin, yo voy á descansar: yo no podia vivir; mi vida no tenia razon de sér: vamos, vamos, no llores; que no tenga más valor el que se va que el que se queda.

Sofía no contestó: la ahogaba el llanto.

—Acércate, acércate, acércate más, Sofía; yo no sé qué diablos tengo en los ojos: parece que hay aquí una densa niebla.

Sofía se acercó, y puso su semblante pálido muy cerca del de su padre.

—Tu mano, tu mano derecha, Juan, exclamó el marqués con voz muy débil extendiendo hácia mí un brazo trémulo.

Yo puse mi mano en aquella mano vacilante.

El marqués buscó la mano derecha de Sofía, y la unió á mi mano.

—Yo os uno, dijo el marqués: ratificad solemnemente esta union, ante Dios y ante la sociedad, en cuanto llegue la dispensa, sin esperar á que se cumpla el luto por mi muerte.

Los dos nos arrodillamos.

El marqués tenia entre sus manos débiles y heladas nuestras dos manos unidas, y apoyándose trabajosamente en un brazo, se inclinaba hácia nosotros.

—No dilateis por Dios vuestra union, nos dijo, porque yo no dormiré tranquilo en mi tumba hasta que esteis completamente unidos.

La voz del marqués se apagaba rápidamente.

De instante en instante, sus manos se helaban más y más, y las sentiamos más débiles, más temblorosas.

—No olvideis nunca, dijo el marqués esforzándose, que la mútua lealtad, la confianza mútua, la fe del uno en el amor del otro, son la paz, el contento, la felicidad de dos que se han unido... arrojad de vuestro lado á todo el que... pretenda haceros desconfiar al uno del otro... el corazon... el amor... esos deben ser... vuestros guias... amaos siempre como os amais ahora...

De repente, las manos del marqués se crisparon, se inundaron de un sudor frio, tembló poderosamente, y fijó sus ojos con una ansiedad infinita en el semblante de Sofía, que le miraba aterrada, pálida, temblorosa, muda.

En aquel momento se oyó la vibracion del reló, que empezó á dar lentamente las doce de la noche.

Yo me helé de espanto.

El marqués se habia incorporado rigido, terrible.

Absorbia con toda la vida que le quedaba el semblante de Sofía.

—La eternidad me llama, exclamó con voz ronca: perdóname Magdalena, quiero... entrar perdonado por tí... en la eternidad... yo te amo... yo te he

—¿Y ellas? pregunté al padre Alvarez.

—Las he obligado á que se recojan.

—¿Y dónde? ¿cómo?

—Se han habilitado camas en el salon pequeño, respondió don Anselmo.

Yo seguí en silencio hasta la puerta de escape, por donde se comunicaba el salon con mi cuarto.

La abrí, y entré solo.

Me estremeció el ruido de la puerta, que tenia contrapeso, al cerrarse por sí sola.

Un ruido sordo, opaco, mezclado al leve y áspero crujir del pestillo.

Una lámpara de noche puesta sobre mi mesa y cubierta por una pantalla verde, apenas dejaba ver ténuemente los objetos.

Entré en la alcoba, y allí apenas se veia.

CXLVIII.

—¿Eres tú, Juan? dijo una voz apagada saliendo del lecho.

—Sí, yo soy, tio, respondí.

En aquel momento, el reló de mi cuarto dejó oir su opaca y sonora vibracion.

—Las once, dijo el marqués cuando el reló hubo acabado de marcar la hora; y hoy es sábado.

—¿Por qué esa observacion, tio?

—Indudablemente me queda una hora de vida ménos algunos segundos: estoy seguro de que me acabo á la hora en que las brujas montan en la escoba para ir al aquelarre.

Se me pusieron los cabellos de punta.

—¡Jesus mil veces! y qué ocurrencia tan extraña, tio, exclamé.

—Eso no quiere decir, ni que las brujas se me lleven, ni que yo haya de asistir con ellas á su sábado. El padre Alvarez, que debe entenderlo, como que es su oficio, dice que yo estoy perfectamente preparado para morir, y ya te habrán dicho con cuánta devocion he tomado el Viático.

—¡Cómo! ¿han sacramentado ya á usted?

—Sí, hombre, si, ¿pero dónde has estado? el Viático ha venido con demasiado lujo, con granaderos de escolta, que se han quedado á la puerta de la alcoba con el arma presentada. Yo oia desde aqui la música militar que tocaba en la calle una alegre marcha, mientras á mí me daban el pasaporte: como que quien va á morir es un teniente general, y por ello, va á dar un estiron toda una escala. De resultas, van á ascender diez ó doce individuos, incluso un soldado á quien harán cabo segundo.

—¡Por el amor de Dios, tio!

—¿Pero dónde has estado tú, Juan?

—Acostado, aletargado.

—Sin duda allá en las profundidades de la casa, cuando no te ha despertado el ruido.

—No, tio; en el dormitorio principal.

—¡Ah! en el dormitorio temporal de mi hija: bueno, bien: hé aquí un augurio que me tranquiliza: porque la amo tanto, tanto, con tal efusion del alma, desde que no la aborrezco, que me parece que se ha agolpado sobre mi corazon, en las pocas horas que han pasado desde que la he conocido, todo el amor que ha debido dividirse en veinte años. Háblame francamente, Juan: ¿la amas?

—No debiera usted preguntármelo.

—Sí, hombre, sí; han variado las circunstancias, y todo contribuye al amor. Ayer la creias marquesa de Puertoseco, grande de España y millonaria: hoy, es pobre, sin título, con necesidades de rica y de aristócrata, y sin más que la escasa pension de huérfana de un teniente general, que perderá el dia en que se case contigo si tú la quieres.

Si yo hubiese vacilado entre Enriqueta y Sofía, la situacion en que debia quedar esta y la duda de su padre, me hubieran decidido por ella.

—Yo soy rico, tio, dije: y aunque fuera pobre, me uniria á mi prima.

—Gracias, hijo, gracias; pero áun queda algo que hablar. ¿Estás tú seguro de que Sofía es mi hija?

—Sí.

—¿Y con qué pruebas? me dijo con acento singular el marqués: ¿no puede ser que yo me haya engañado, que yo haya visto mi alma en los ojos de Sofía

de una manera falsa, por el estado de excitacion en que me encontraba?

—¿Duda usted, tio?

—Quien pregunta soy yo; y una pregunta no es una respuesta.

—Tio, siendo su hija de usted, como no siéndolo, es mi prima: la amo, y me casaré con ella.

—¡Ah! ¡tú dudas! exclamó con acento ronco y concentrado el marqués: tú te acuerdas de aquella declaracion duplicada de Magdalena, bañada con sus lágrimas. Tu duda es mi más terrible acusacion: tú no puedes comprender, no puede caberte en la cabeza, que haya habido un hombre tan loco ó tan malvado, que haya arrancado por violencia una declaracion tal, á una pobre madre moribunda, que llamaba á Dios y al cielo, para que atestiguasen su inocencia.

Me helé de espanto.

Hubo un momento de silencio lúgubre entre mi tio y yo.

CXLIX.

—¡Acércate! ¡acércate más! dijo el marqués: quisiera, que ni el silencio oyese lo que te voy á decir.

Me acerqué temblando.

Me senté en el sillon que estaba junto al lecho, y mi tio asió una de mis manos con su mano fria y des-

MADRID, IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.


3 2044 013 014 899

